Universidad Nacional de San Martín
Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales
Instituto de Desarrollo Económico y Social

Tesis para optar por el título de Maestría en Antropología Social (IDAES-IDES)

"Mis decisiones me trajeron acá"

Una etnografía sobre las experiencias de mujeres en situación de calle en un barrio del sur de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Florencia Pelagagge

Directora: Dra. Evangelina Caravaca

Co-directora: Dra. Paula Estrella

Junio 2024

ÍNDICE

Resumen de la tesis: ... 3
Agradecimientos ... 5
Introducción ... 6
Mujeres de la calle ... 6
Neoliberalismo y género ... 14
El fenómeno de la calle: ... 18
El campo en primera persona: ... 31
Estructura de la tesis ... 38
Capítulo 1: "La que quiere salir, sale" ... 41
"Entrás como querés" ... 41
Rescatarse: "Salís si vos podés" ... 52
Calle y familia ¿Asuntos separados? ... 54
La calle como campo ... 58
El gusto por la calle ... 62
Capítulo 2: "La calle te llama" ... 70
Saber manejarse ... 70
Fama y respeto ... 73
Cotidiano en la calle ... 80
Consumos ... 85
Riesgos ... 89
Capítulo 3: "Malas mujeres" ... 97
Provocadoras, mentirosas y manipuladoras: ... 97
Dispositivo de control familia-pareja: ... 104
La triple sospecha: ... 107
La mala víctima: ... 111
Conclusiones: Lo extraordinario y sus recurrencias ... 121
Bibliografía ... 130

Resumen de la tesis:

La existencia de población en situación de calle es una expresión de injusticia social. En América Latina se trata de un fenómeno urbano, de principios del siglo XX, asociado a los procesos socioeconómicos ocurridos en la región.

En Argentina, las políticas neoliberales iniciadas a mediados de los años setenta, y profundizadas durante la última dictadura cívico militar y los años noventa, trajeron como consecuencias los procesos de privatización y achicamiento del estado. Así mismo, la caída de algunas instituciones que cohesionaban a la sociedad, tales como el pleno empleo, la escuela pública y la posibilidad de movilidad social.

En términos generales, los estudios realizados desde las ciencias sociales sobre población en situación de calle se han caracterizado por invisibilizar las experiencias de las mujeres en este contexto. Esto se refleja en las instituciones de asistencia y en las políticas públicas destinadas a ellas. En estos casos, sumado a los procesos socioeconómicos mencionados, el género, en tanto dimensión estructural, se materializa y deja su huella en las experiencias de la población.

La siguiente tesis aborda las experiencias de un grupo de mujeres en situación de calle en un barrio del sur de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En ella se realiza un análisis de sus experiencias por las que han *"decidido"* participar de este campo masculino por excelencia, las dinámicas que establecen en él, las características particulares que adquiere el campo cuando se trata de mujeres, y el modo en que los otros con quienes establecen vínculos afectivos ambiguos se vuelven actores fundamentales para garantizar su participación segura allí.

Desde una perspectiva de economía feminista, el análisis de las experiencias narradas por las mujeres en situación de calle da cuenta de las intersecciones entre las prácticas de los sujetos con agencia y las estructuras, los modos en que ambas se construyen, transforman y, en simultáneo, se condicionan. El recorrido etnográfico por sus experiencias encuentra aspectos que se reiteran en cada una de sus narrativas y las amalgaman como parte de una historia común. Es aquí donde el neoliberalismo y el género, en tanto dimensiones estructurales, se materializan de forma particular en un contexto de extrema vulnerabilidad como es la calle.

En este sentido, las condiciones estructurales no logran explicar de forma exhaustiva el fenómeno de las personas en situación de calle en general, ni el de las mujeres en esa situación en particular. Sin embargo, los procesos socioeconómicos actuales otorgan un matiz particular al fenómeno. De esta forma, el campo de la calle para estas mujeres no se presenta como un espacio de excepción. Por el contrario, se trata de una posibilidad más en un contexto de crisis instalada como régimen, dando cuenta así de uno de los modos en que se materializan los procesos neoliberales desde abajo y los márgenes, en interjuego con el género.

Palabras claves: neoliberalismo, género, situación de calle.

Agradecimientos

A las mujeres que me brindaron parte de su historia y me dejaron, aunque sea por un rato, formar parte de la calle.

A mis amigas y amigos que siempre estuvieron pendientes, dándome aliento y acompañando en los momentos más duros.

A mi familia ampliada que logra quererme con toda mi complejidad.

A todas y todos quienes compartieron horas, tardes, mates y sus hogares para que pueda dar continuidad a la escritura ante mi propia vulnerabilidad habitacional.

A Eva y Pau que me acompañaron todo el proceso con mucha dedicación y ternura.

Introducción

Mujeres de la calle:

Me bajé del colectivo en la esquina indicada, la intersección de una de las avenidas que marcan la frontera del barrio con el resto de la ciudad y la calle donde quedaba la salita. Esa mañana era mi primer día allí. De un lado, algunos comercios que ya comenzaban a abrir sus puertas, edificios bajos, casas y un polideportivo que se perdía en una curva. Del otro, el paisaje era un poco más confuso, puestos de comida improvisados con banquetas y mesas, una feria con productos de lo más diversos acomodados de forma heterogénea sobre el piso, containers de basura, espacios cercados de forma artesanal sobre la vereda, linderos a casas, pero incorporados de alguna forma a ellas. De fondo un complejo habitacional de un piso con locales en la planta baja, todos cerrados. Intenté orientarme sin estar mucho tiempo parada en el mismo lugar ni que se me notara la cara de perdida. Tampoco saqué el celular ya que me habían advertido de "los peligros de la zona". Caminé por la cuadra donde se suponía que estaba la salita, hacia el sur, sin estar muy segura de encontrarme en el camino correcto. Entré en un kiosco donde pregunté por mi lugar de destino. Para mi sorpresa la persona que trabajaba allí no tenía idea de lo que le estaba hablando. Luego de darle más detalles, como la altura y lo que hacía el lugar, me dijo que creía que se trataba de un local que se encontraba en frente, en la galería, antes de llegar a la esquina. Aún tenía las persianas bajas.

Desde la vereda, frente a la salita, podía divisar varios montículos de frazadas y colchones. Entre ellos, personas. Esperé unos minutos hasta que vi a una chica que, al igual que yo, no parecía ser de allí. Fue hasta la persiana y golpeó la pequeña puerta. Ésta se abrió y ella entró agachándose. Decidí cruzar e imitarla tratando de no despertar a quienes seguían durmiendo.

Golpeé y la puerta se abrió, me presenté con Oscar, personal de seguridad de la salita, quien me dejó pasar. Al ingresar me encontré con un espacio

> *oscuro y húmedo que oficiaba de sala de espera. Se trataba de una habitación amplia, sin ventanas, con tubos de luz blanca como única fuente lumínica. Cercano a la puerta se encontraba el escritorio donde permanecía Oscar. A continuación, a un metro de ahí, había una mesa rectangular de madera con estructura de metal y varias sillas de similares características a su alrededor. Contra las paredes, a los costados de la mesa había bancos plásticos largos de cuatro asientos, muchos de los cuales estaban rotos. Al fondo de la sala de espera había un mostrador y del otro lado Mel, administrativa de la salita y vecina, al igual que Oscar, del barrio La Estrella*[1].
>
> *Mientras me presentaba con Mel y parte del equipo de salud, Oscar levantó la persiana y dejó abierta la puerta. Comenzaron a entrar quienes se encontraban durmiendo en la entrada y otras personas más, en su mayoría varones. Saludaban, algunos esperaban para entrar al baño o la ducha, otros se sentaron alrededor de la mesa.*

Desde mi llegada al campo, las mujeres que circulaban por las calles de La Estrella llamaron mi atención. Si bien no eran mayoría dentro del colectivo de personas en situación de calle[2][3], me preguntaba una y otra vez por ellas. Quiénes eran estas mujeres que sí se atrevían a participar de las dinámicas que la calle proponía. Particularmente me preguntaba por qué decidían hacerlo en La Estrella, por qué permanecían allí.

Un día charlando con Javi, quien me contaba sobre un enfrentamiento que había tenido con un *"ñeri"*[4] con quien paraba y el miedo que había sentido, pude entender que me encontraba frente a un universo del que era completamente ajena. Podía observarlo, escuchar, interpretarlo, pero difícilmente lo experimentaría del modo que él lo relataba. Javi me explicaba que en la calle tenés miedo todo el tiempo, pero *"aprendes a manejarlo"*, que si querés *"ser de la calle"* tenés que aprender a *"manejarte"*, saber cómo hablar, cómo moverte, estar siempre alerta, que *"no te duerman ni te caguen a*

[1] A los fines de este trabajo se denominará "La Estrella" al territorio en cuestión.

[2] "La categoría "persona en situación de calle" no se refiere a una persona individual, sino a las personas en situación de calle como una clase de persona, en tanto clasificación y en una matriz dentro de la cual funciona la clasificación: el sistema de asistencia" (Biaggio, 2007, p. 9).

[3] Diferentes investigaciones coinciden con la menor presencia de mujeres en situación de calle (Borges da Silva, (s/f); Gentile, 2008; Boy, 2010; Camarotti y Romo-Avilés, 2015; Tortosa, 2015; Patini Lancellotti, 2016; Johnon, Ribar y Zhu, 2017; Sarmento y Pedroni, 2017; Silveira Sarmento, 2017; Di Iorio, 2019; Rossal et al., 2019; Díez et al., 2020; Tortosa, 2020).

[4] Término lunfardo para decir compañero.

palos. Miedo tenés siempre, nunca estás tranquilo". Sin embargo, él también me aclaraba que este *"saber manejarse"* en la calle no era lo mismo para varones y mujeres. Ante mi comentario de *"yo no duraría ni un segundo"*, Javi me respondió: *"Naaa, sí, durás… Sos mujer, es distinto. Los hombres tienen que hacer otras cosas. Las mujeres es distinto, no sé, creo yo… bah, sí sé, pero no te quiero decir…"*. Desde ese momento comenzó a resonar en mí con intensidad la pregunta sobre cómo era ser mujer en las calles de La Estrella: ¿Cómo eran las experiencias de estas mujeres? ¿Por qué eran distintas? ¿A qué se debía eso?

El barrio La Estrella se encuentra ubicado en el sur de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA). De acuerdo con un informe realizado por el IVC[5] en el año 2018, junto a vecinos y vecinas del barrio, en el proceso de conformación del mismo podían identificarse con claridad dos momentos. El primero previo a 1955 en el marco de las primeras políticas de erradicación tendientes a resolver la problemática habitacional de las personas que vivían en asentamientos del Área Metropolitana de Buenos Aires. Esta instancia consistió en la construcción de viviendas sociales. Sin embargo, durante la dictadura militar La Estrella, al igual que muchos otros barrios, sufrió un proceso de erradicación, donde pocas familias lograron permanecer en el territorio[6].

Posteriormente, en un segundo momento, con la vuelta a la democracia y durante los ´90, de la mano de políticas neoliberales, se comenzó a repoblar la zona (IVC, 2018). A lo largo de este segundo momento, en el año 2010, debido a una serie de conflictos habitacionales en la zona sur de la CABA, se produjo una fuerte transformación en el territorio de La Estrella. Se extendió el barrio a nuevos terrenos y aumentó la densificación de otros que anteriormente tenían un bajo nivel de ocupación. Esto propició una acelerada verticalización y avance de la construcción y ampliación de viviendas sobre el espacio público (IVC, 2018).

Por otra parte, desde la década del 70 hasta la actualidad, América Latina ha sido un lugar de experimentación para las políticas neoliberales. Impulsadas *"desde arriba"* por organismos financieros internacionales, corporaciones y gobiernos, las políticas en cuestión han ido modificando la fisonomía de la región. Así se llevaron a cabo medidas

[5] Instituto de Vivienda de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
[6] Sobre el tópico de la erradicación de villas miseria durante la última dictadura militar ver "Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano" de Oscar Oszlak.

como privatizaciones, reducción de protecciones sociales, desregulación financiera, flexibilización laboral, etc. De esta forma, el neoliberalismo se constituyó como un régimen de existencia de lo social y un modo de gobernar instalado regionalmente a partir de las dictaduras cívico-militares (Gago, 2014).

A partir de lo anterior, es posible correlacionar los procesos de transformación de La Estrella con los procesos socioeconómicos ocurridos tanto en el país, como específicamente en la CABA. El aumento del desempleo, las crisis socioeconómicas y las problemáticas habitacionales han dejado su huella en las dinámicas y movimientos poblacionales de este territorio (Torrado, 2010).

Actualmente, en La Estrella viven al menos 60.000 personas. Se estima que existe un crecimiento sostenido de la población debido, entre otras cuestiones, al tránsito vinculado con la venta y consumo de sustancias psicoactivas, entre ellas la pasta base de cocaína (Paco)[7]. Así mismo, los robos y hurtos ocurridos allí también se asocian a este mercado y, por ende, a quienes realizan prácticas asociadas a él, sobre todo quienes consumen y permanecen en el barrio de diversos modos (IVC, 2018).

Según Mansilla (2017), durante fines de los ’90 y posterior a la crisis del año 2001, la Argentina pasó a ser no sólo un lugar de tránsito de sustancias psicoactivas hacia el mercado europeo, sino también, un lugar de comercialización, tráfico y consumo emergente de paco. Particularmente en La Estrella esto se materializó en la constitución de espacios concretos de circulación de personas que acuden a comprar o consumir y luego, algunos de ellos, permanecen en las calles. Así se originaron las denominadas *“ranchadas”*.

Inicialmente, las *“las ranchadas”* consistían en la construcción de pequeñas viviendas de materiales desechados y reutilizados, muy precarias (los ranchos), donde vivían algunas personas y otras permanecían gran parte del día (o los días). Con el paso del tiempo, los diversos conflictos vecinales y el actuar de las fuerzas de seguridad[8], las *“ranchadas”*

[7] “El paco o base de cocaína, conocida como “basuco” en Colombia, “pitillo” en Bolivia, “baserolo” en Ecuador, “pasta de coca” en Perú, “pasta base” o “base” en Chile y Uruguay, es cocaína fumable que constituye uno de los pasos intermedios en el proceso de obtención del clorhidrato de cocaína (la cocaína que se esnifa) a partir de las hojas de coca. Por lo tanto, el paco es un producto con menos pureza que la cocaína, más fácil de elaborar y que los narcotraficantes pueden producir más rápido y vender más barato” (Arrieta, Damin y Prieto, 2017).

[8] Con respecto a las fuerzas de seguridad, a mediados del 2011, se puso en marcha el Plan Unidad Cinturón Sur. Este operativo de seguridad establece la intervención de Gendarmería Nacional y Prefectura Naval en territorios delimitados del sur de la ciudad de Buenos Aires, *“caracterizados por ser zonas pobres con altos*

fueron variando en sus formas. Actualmente, muy pocas se ajustan a esta descripción, ubicándose en lugares específicos de La Estrella. El resto se trata de autos abandonados que ofician de vivienda, y puntos estratégicos (playas de estacionamiento/playones y esquinas) donde se permanece y se desarrollan actividades cotidianas, no siempre vinculadas con este mercado.

Por mi parte, desde octubre del 2017 comencé a conocer, charlar y acompañar a aquellas personas que se encontraban tanto en las ranchadas como circulando por La Estrella, habitando las calles, pasillos, galerías, plazas, ferias y playones. Personas "de y en la calle"[9] que permanecían largas horas, e incluso días allí.

Inicialmente, mi inserción en La Estrella fue a través del equipo de salud de una de las salitas del barrio. En un informe[10] realizado en el año 2022 por parte de uno de los equipos de los que formé parte, registramos la cantidad de personas en situación de calle con quienes conversábamos durante las recorridas en vía pública, durante el período 2019-2022. La metodología de trabajo consistía en una recorrida semanal y la posterior confección de un registro interno dando cuenta de la primera vez que veíamos a las personas, el género, la frecuencia con la que las encontrábamos las veces posteriores, las problemáticas presentadas y las intervenciones de salud realizadas. A continuación, mostraré algunos de los datos obtenidos[11]:

niveles de violencia, acumulación de privaciones y violaciones de derecho" (Perelman y Trufo, 2015; Raspal, 2012). El objetivo principal era bajar mediante intervenciones de *"mano dura"* los niveles de conflictividad y delito-, y luego *"retirarse"* (Zajac, 2012). De este modo, se intentaba contrarrestar el incremento del delito, el sentimiento de inseguridad y responder a la demanda de mayor seguridad por parte de los habitantes de la ciudad (Raspal, 2017).
La Estrella era uno de estos territorios. La puesta en marcha del Operativo Cinturón Sur se vio materializada con diversas prácticas: *"Antes, al fondo por atrás del cementerio, era donde se ranchaba. Era un ranchito al lado del otro. Armado con lo que había. Y en la calle veías a las pibas prostituyéndose, pasaban los autos o camiones. Ellas trabajaban ahí. Cuando entra la gendarmería al barrio hace limpieza. Empiezan a cagar a palos los ranchos. También tenían problemas con vecinos y les prendían fuego. Así se fueron desarmando las ranchadas. Pasaban a la mañana los camiones hidrantes y mojaban todo y a todos. Empezaron a dormir más afuera (fuera de los límites de La Estrella), perdimos contacto con muchos" (Profesional de salud. Registro realizado en febrero del 2019).*

[9] Las mujeres que participan de este estudio se autodenominan como personas de la calle o personas en la calle. En ocasiones cuando dialogan con agentes estatales utilizan la categoría en situación de calle. Según Biaggio (2007) quienes consideran *ser una persona de la calle*, lo hacen construyendo sus vidas diarias en las calles. Se trata del aprendizaje de ciertos circuitos y códigos comunes. Por otra parte, el *estar en la calle* hace referencia a las circunstancias, nos habla de la transitoriedad de la situación y la distancia con ciertas identificaciones.

[10] Delville, M., Pelagagge, F. y Rall, P. (2022). "Proyecto calle": una experiencia de abordaje territorial e interdisciplinario.

[11] Según el relevamiento oficial realizado por el Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en el 2017 se registraron 1066 personas adultas en situación de calle efectiva, y 1146 en el 2019. Sin embargo,

- Número de personas contactadas por primera vez en recorridas del equipo en la vía pública, 2019-2022:

	Año de primer contacto				
Género	2019	2020	2021	2022	Total
Mujer	51	20	8	7	86
Varón	83	26	48	20	177
Disidencias sexuales			1		1
Total	134	46	57	27	264

Fuente: registro propio del equipo del "Proyecto Calle"

- Número de personas contactadas, según frecuencia del contacto, en recorridas del equipo del "Proyecto Calle" en la vía pública, 2019-2022:

	Frecuencia del contacto		
Género	Frecuente	Una sola vez	Total
Mujer	50	36	86
Varón	51	126	177
Disidencias sexuales	1		1
Total	102	162	264

Fuente: registro propio del equipo del "Proyecto Calle"

Como parte de los resultados del análisis de estos datos observamos la predominancia de población masculina en las calles (67% de los contactos de primera vez). Por su parte las mujeres representaban el 32% de las personas contactadas. En el caso de los varones eran más frecuentes los contactos únicos (71%), siendo, del total del universo de varones, los

por parte de organizaciones sociales, políticas y vecinales que trabajan en el tema, ese número era mucho mayor. Así se llevó a cabo un relevamiento de amplio alcance que registró en el 2017 un total de 4413 personas en situación de calle efectiva. De esta cifra 3789 son adultos y 624 niños y adolescentes. En el 2019 se registró un total de 5412, de las cuales 4541 son adultos y 871 niños y adolescentes. Sumado a eso, el relevamiento agrega que en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires 1.478 se encuentran en albergues transitorios y hogares, además de 20.000 que estarían en riesgo de situación de calle. Es decir, existen más de 25.000 personas encuadradas en lo que la Ley 3706 de "Protección y garantía integral de los derechos de las personas en situación de calle y en riesgo a la situación de calle". En ella se define personas en situación de calle como aquellas que "habiten en la calle o espacios públicos de la Ciudad Autónoma de en forma transitoria o permanente y/ o que utilicen o no la red de alojamiento nocturno". A su vez también delimita lo que se considera "riesgo a la situación de calle", incluyendo en ese conjunto a personas que se encuentren en alguna de las siguientes situaciones: por egresar de alguna institución y estén en condiciones de vulnerabilidad habitacional, que hayan recibido notificación de desalojo, que habiten en estructuras temporales, en asentamientos, sin acceso a los servicios o en forma hacinada (Informe 1er. Censo Popular 2017; Informe Ejecutivo 2do. Censo Popular, 2019).

contactos frecuentes (28,8%), significativamente menores en comparación con las mujeres. En la población femenina predominaban los contactos frecuentes (58%) sobre el total de las mujeres contactadas por el equipo durante el período mencionado.

Estos datos cuantitativos acompañaban la observación de un modo de transitar la calle también diferencial. Mayoritariamente los varones no permanecían por largos periodos en La Estrella, recorrían diferentes barrios y zonas. Por el contrario, las mujeres permanecían de forma más estable en el mismo territorio, generando redes y desempeñando diversas tareas dentro de la economía informal.

De esta manera, poco a poco pude observar cómo sus prácticas y cotidianos se construían de forma particular. Las problemáticas y riesgos asociados a la situación de calle y consumo tomaban diversos matices al introducir dimensiones como el género en el análisis. Sin embargo, tanto para ellas como para los varones que las acompañan, vecinos, familiares y agentes estatales, las personas en situación de calle y consumo se presentan como una figura estereotipada con características homogéneas y predecibles, donde, por momentos, la dimensión de género parece no tener relevancia alguna.

Aquel estereotipo habla de un varón, joven, consumidor, enfermo y criminal. Un individuo que tomó decisiones y, por tanto, responsable de estar donde está o, por el contrario, una persona enferma que debe ser tutelada. De esta forma, al igual que indica la bibliografía, la problemática de las mujeres en este contexto aparece invisibilizada, tanto por la academia, como por las instituciones de asistencia y las políticas públicas. De esta forma, las mujeres *"de y en la calle"* dan cuenta de una de las máximas expresiones de la desigualdad y exclusión social (Di Iorio et al., 2016; Tortosa, 2020).

En correlación con lo anterior, en nuestro país, existen pocas investigaciones[12] que mencionen las problemáticas asociadas a la situación de calle de las mujeres. Por lo tanto, cabe preguntarse sobre las particularidades de este fenómeno señalando como eje estructurador la *dimensión sexuada de las experiencias*[13]. Así, indagar sobre las experiencias de estas mujeres nos permite develar el punto nodal de interjuego dinámico entre subjetividad y estructura.

[12] Gentile, 2008; Maffia 2011; Castilla y Lorenzo, 2012; Camarotti y Romo Avilés, 2015; Tortosa, 2015; Di Iorio, 2019; Díez et al., 2020; Tortosa, 2020.
[13] Gentile, 2008.

En este sentido, la experiencia, en tanto categoría analítica, se presenta como un elemento clave. La experiencia es parte del sujeto y al mismo tiempo nos habla de la correlación entre los campos del saber, los tipos de normatividad y las formas de subjetividad en una cultura particular. Requiere de un sujeto integrado, con capacidad de percibir, reflexivo, que pueda otorgarle significado. De esta manera, la experiencia no es ni verdadera ni falsa; es siempre una ficción, algo construido que existe solo después de haber sido hecha (Foucault, 1979).

Al mismo tiempo, según Ortner (2016), la experiencia nos habla de un sujeto con la capacidad de actuar en el mundo, mediante prácticas y acciones que forman parte de la experiencia humana; es decir, sujetos con agencia. Sin embargo, como la subjetividad[14] es la base de la agencia, ésta última, adopta la forma de deseos e intenciones específicas dentro de una matriz de subjetividad, de pensamientos, de sentimientos y significados culturalmente constituidos. La agencia nos habla del grado de reflexividad de los sujetos sobre sí mismos y sus deseos, y de la capacidad de penetrar de alguna manera los modos en que son formados por las circunstancias.

De esta manera, la experiencia humana da cuenta de la subjetividad, en tanto conciencia específicamente cultural-histórico, y su capacidad de transformarla mediante la puesta en juego de su propia agencia. En este sentido, la experiencia trasciende la interioridad del yo, cuenta con una dimensión comunal, su carácter también es relacional, nos habla de un sujeto en interdependencia con otros y con el mundo, de formas compartidas de estar en el mundo (Gadamer, 1993). Los grupos dominados comparten aspectos de la agencia y la resistencia, al mismo tiempo que comparten sufrimientos, temores y los diversos modos de superar esos estados subjetivos (Ortner, 2016).

Esto último afirma que la experiencia humana también presenta una dimensión estructural. Allí se materializa la forma en que el género, la clase social, la edad y las interacciones sociales estructuran las prácticas y acciones de los sujetos; a la vez que mediante la experiencia y su hacer, entendida como la capacidad de agencia, los sujetos construyen, reproducen y transforman socialmente la estructura que los condiciona (Cabral, 2020).

[14] Se trata de modos de percepción, afecto, pensamiento, deseo y temor de los sujetos actuantes, es la base de la agencia. Estos modos son, al mismo tiempo, generados y organizados por formaciones culturales y sociales.

De esta forma, la experiencia es una descripción de los sistemas de dominación y opresión. Nos permite analizar la relación con las instituciones y los discursos dominantes, las formas de respuesta mental y emocional de los sujetos en determinadas circunstancias (Jay, 2009; Cruz Santana, 2017).

Así, cuando hacemos referencia a lo estructural debemos poner el foco en la (re)creación social del poder. Debemos preguntarnos cómo el sistema socioeconómico establece distintos niveles jerarquizados en los que hay vidas que merecen la pena ser vividas y otras que no. En ese sentido, tanto el género como la clase, entre otras, son marcas de subordinación que interactúan entre sí en el establecimiento de esas jerarquías (Pérez Orozco, 2021).

A los fines de esta tesis, el análisis de las experiencias narradas por las mujeres en situación de calle da cuenta de las intersecciones entre las prácticas de los sujetos con agencia y las estructuras, los modos en que ambas se construyen, transforman y, en simultáneo, se condicionan. El recorrido etnográfico por sus experiencias encuentra aspectos que se reiteran en cada una de sus narrativas y las amalgaman como parte de una historia común. Es aquí donde el neoliberalismo y el género, en tanto dimensiones estructurales, se materializan de forma particular en un contexto de extrema vulnerabilidad como es la calle.

Neoliberalismo y género:

En relación a lo mencionado anteriormente, una de las categorías fundamentales a abordar en esta tesis es la de "neoliberalismo"[15]. Para su desarrollo tomaremos aportes del campo de las teorías feministas en general y, en particular, desde la denominada economía feminista[16].

[15] Según Murillo (2018), "neoliberalismo" no fue una unidad, sino una tendencia del gran capital. Para la autora, el neoliberalismo es una mutación en el orden social capitalista. Se trata de una tendencia que se renueva constantemente a sí misma, nutriéndose, a través de diversos cálculos acerca de sus propios fallos, de los movimientos de sus opositores y de los obstáculos que se le oponen. El neoliberalismo implica un alto nivel de violencia que se conjuga con una incesante interpelación a las subjetividades a aceptar el presunto fin de todo horizonte y buscar una completud imaginaria que eluda la presencia de la muerte agazapada en diversas formas de amenaza física, social o simbólica.

[16] Las miradas feministas sobre la economía parten del descubrimiento del otro oculto en los procesos económicos. Al introducir la dimensión de género en el análisis, se vinculan los procesos económicos con los postulados del sistema sexo-género. Así, se pregunta por cómo las desigualdades de género, como

Gago (2014), define al neoliberalismo como un conjunto de saberes, tecnologías y prácticas que despliegan una racionalidad de nuevo tipo impulsada "desde arriba". Sin embargo, y como innovación principal del mismo, esta forma de gobierno por medio del impulso de las libertades individuales logra instalarse también "desde abajo"; e incluso, podríamos agregar, desde los márgenes (neoliberalismo marginal).

Es decir, el neoliberalismo como fenómeno conjuga poderes que vienen de arriba y operan simultáneamente desde abajo:

> *"Desde arriba, el neoliberalismo da cuenta de una modificación del régimen de acumulación global –nuevas estrategias de corporaciones, agencias y gobiernos– que induce a una mutación en las instituciones estatal-nacionales. Y desde abajo, el neoliberalismo es la proliferación de modos de vida que reorganizan las nociones de libertad, cálculo y obediencia, proyectando una nueva racionalidad y afectividad colectiva" (Gago, 2014, pp. 10).*

El neoliberalismo se caracteriza por su rasgo "polimórfico", que se evidencia en las prácticas desde abajo y en los márgenes. Allí, es posible ver la articulación con formas comunitarias, con estrategias populares de resolución de la vida, con emprendimientos que alimentan las redes informales (cada quien empresa de sí) y con formas de negociación de derechos. Por lo tanto, el neoliberalismo tiene la complejidad de no poder definirse de manera homogénea, sino que depende de sus aterrizajes y ensambles con situaciones y territorios concretos (Gago, 2014).

En la actualidad, el neoliberalismo como fase del capitalismo tardío, ha instalado la crisis como régimen, como nuevo contexto inevitable, *"como simple medio ambiente en el que desplegar nuestras estrategias cotidianas de vida individualizadas y retóricamente meritocráticas"*. Se trata de una crisis de reproducción social a nivel mundial, multidimensional y profunda, caracterizada por la proliferación y agudización de la precariedad de la vida (Pérez Orozco, 2021).

Es decir, para mantener en pie un sistema como el actual: neoliberal y heteropratiarcal[17], la crisis es necesaria para consolidar la existencia de esferas socioeconómicas ocultas.

constructo social y producto de la construcción ideológica, impactan en la estructura económica. (Gago, 2014; Pérez Orozco, 2021).

[17] Las sociedades actuales preforman como natural la existencia de identidades femeninas y masculinas. La hegemonía masculina se encuentra inscripta en un orden patriarcal que constituye un sistema de relaciones desiguales. Este sistema asegura la primacía de los hombres y lo masculino, e instituye formas de opresión y dominación principalmente dirigidas hacia las mujeres y lo femenino, que aparecen como subalternas (Lagarde, 1996).

Así, la economía se representa como un Iceberg. Por lo tanto, la crisis como herramienta reproductora de un sistema que ataca la vida es obligadamente necesaria (Pérez Orozco, 2021).

Así, neoliberalismo y patriarcado se presentan íntimamente imbricados, generando procesos de mayor desigualdad, feminización de la pobreza y del trabajo, sobre todo en las economías informales. Esto ha incrementado la presencia pública de las mujeres, ubicándolas como un actor económico relevante, feminizando tareas desarrolladas tradicionalmente por varones en la economía informal y trasladando a lo público características propias de la economía del hogar y los cuidados.

De esta manera, los impactos de esta tendencia del capital en nuestra región se traducen en un entramado de informalización creciente materializado en diversas dinámicas emprendedoras, feminizadas, en un contexto de flexibilización, desposesión de derechos y precarización de la vida (Gago, 2014).

Con este fin, el neoliberalismo plantea una forma compleja de enhebrar, de manera íntima e institucional, tecnologías, procedimientos y afectos que impulsan la iniciativa libre, la autoempresarialidad, la autogestión y, también, la responsabilidad sobre sí. De esta forma, se instala una racionalidad, no sólo abstracta ni macropolítica, sino puesta en juego por las subjetividades y las prácticas de la vida cotidiana (Gago, 2014).

Parte del triunfo de las sociedades neoliberales se vincula con imponer por medio de sus valores una disciplina que deja de ser coercitiva y pasa a ser, más bien, voluntaria donde los sujetos son gestores de su devenir y autorresponsables de sus comportamientos (Sáez Francisco, 2018). A su vez, se instala la competencia como norma general de la existencia individual y colectiva. Se reproduce un ethos neoliberal que construye subjetividades contables y financieras, fiel a la empresa como modelo de subjetivación (Alabarce, s/f).

Como estrategias para performar subjetividades coherentes con este ethos neoliberal actual, se evidencian dos procesos: la desterritorialización y la ciudadanía por consumo[18]. En el primero la soberanía parece reterritorializarse[19] en el cuerpo de cada quien,

[18] La idea de "ciudadanía por consumo" hace referencia al lugar preponderante del consumo dentro del sistema capitalista actual como presión para nuevas modalidades de creación de valor y como la vía de democratización de las sociedades latinoamericanas (Gago, 2014).

[19] La soberanía es redefinida como la relación consigo mismo/a; como control, organización y producción de un territorio que es el propio cuerpo (Gago, 2014; Segato, 2014).

responsabilizando de su destino a cada sujeto. En el segundo el consumo se convierte en la forma principal de garantía de la inclusión social.

Sumado a lo anterior, para pensar el neoliberalismo desde abajo, y en particular el neoliberalismo marginal, es necesario incluir en el análisis el cálculo de motivos y acciones como expresión de una subjetividad performada por estos procesos neoliberales. Una subjetividad que no acepta morir, o ver reducida la vida al mínimo de sus posibilidades. Así, la aprehensión del cálculo y el oportunismo viene íntimamente aparejada a un movimiento de producción de subjetividad, de "querer", "emprender", "arreglárselas", "salvarse" (Gago, 2014).

Por lo tanto, la pragmática vitalista actual, entendida como forma de existir en el mundo y crear experiencias que no se resignen a morir o aceptar lo que toca, no coincide con premisas anti-capitalistas. Al contrario, se reproducen subjetividades obligadas justamente a ser oportunistas respecto a la contingencia y cínicas para poder sobrevivir y prosperar.

En el marco de esta tesis, la pragmática vitalista de estas mujeres: "sus decisiones", agregan un matiz particular: el género. Ellas construyen experiencias heterogéneas, que, si bien les permiten tomar el espacio público, a su vez, deben pagar altos costos por desafiar aquello esperable de acuerdo al género socialmente asignado.

Por lo tanto, el análisis de sus experiencias y estrategias: la pragmática vitalista, podrá dar cuenta del impacto de los procesos neoliberales y la dimensión de género en sus relatos individuales, que al mismo tiempo se constituyen como expresiones de una narrativa colectiva desde los márgenes.

Teniendo en cuenta lo anterior, esta etnografía buscará abordar aquellos interrogantes sobre las experiencias de un grupo de mujeres en situación de calle en el barrio La Estrella, desde sus perspectivas: ¿Cómo construyen sus experiencias en un espacio masculinizado? ¿Qué categorías usan para darles sentido? ¿Cómo es su vida cotidiana? ¿Qué dinámicas y relaciones establecen? ¿Cuáles son sus prácticas y qué sentidos tienen para ellas? ¿De qué forma se materializan las construcciones sexogenéricas y neoliberales en aquellas experiencias vividas en la calle?

A través de estos interrogantes me propongo reconstruir sus experiencias y prácticas cotidianas como medios reproductores y generadores de las estructuras en las que ellas toman sus *"decisiones"* a la hora de sortear las condiciones de desigualdad en las que

viven. Para, en última instancia, dar cuenta de una de las formas que toma para las mujeres el neoliberalismo desde abajo y en los márgenes.

El fenómeno de la calle:

Los estudios realizados desde las ciencias sociales sobre población en situación de calle[20] se han caracterizado históricamente por invisibilizar las experiencias de las mujeres y otras minorías[21]. Si bien se ha intentado dar cuenta de esta situación como una de las máximas expresiones de la injusticia social, en ese proceso las problemáticas de las mujeres, al igual que las de niños, niñas y adolescentes, no han tenido lugar. Esta cuestión también se refleja en las instituciones de asistencia y en las políticas públicas destinadas a esta población (Di Iorio, 2019; Diez, 2020; Tortosa, 2020).

Se produce la combinación de diferentes niveles de silencio[22] a causa de tres motivos principales. Por un lado, existe una fuerte prevalencia histórica de los varones en dicha situación que construye, como figura emblemática de los procesos de empobrecimiento y desigualdad social de las sociedades latinoamericanas, una imagen neutra y masculina, que llevó a percibir cualquier interés en las dinámicas de género como algo marginal en la constitución del fenómeno. A su vez, el primado de los determinantes de clase, seguido posteriormente por el primado de la pobreza, ponen el eje en aquellas dimensiones como únicos factores explicativos válidos de los fenómenos sociales, concibiendo como menos legítimas las dinámicas de género en poblaciones con experiencias de extrema desigualdad. Por último, la naturalización de la división sexual de los espacios sociales, que atribuye a los hombres a la esfera pública (en el caso de esta tesis, la calle) y de las

[20] Existen múltiples formas de denominar a esta población, de acuerdo a los marcos teóricos utilizados y los contextos socio-históricos de producción. Algunas de ellas son los sin techo, sin hogar, homeless, situación de calle, errantes, nómades urbanos, indigentes, desafiliados, situación de vulnerabilidad social, de/en riesgo, parias urbanas, habitantes de calle, atorrantes, linyeras, callejeros, crotos, entre otras (Anderson, 1923; Gaboriau, 1993; Castel, 1995; Wacquant, 2001; Biaggio 2007; Boy, 2009; Bachiller, 2010; Biaggio, 2010; Di iorio, 2015; Campari y Paiva, 2019; Tortosa, 2020).

[21] Hago referencia a minorías en tanto poblaciones desjerarquizadas dentro de un sistema androcéntrico que toma al varón, blanco y cis como posición de primacía.

[22] "La expresión corresponde a Michelle Perrot (2001), al describir la ausencia de las mujeres y de la problemática de género en los estudios historiográficos como producto de "múltiples niveles de silencio" (Gentile, 2008, p. 1).

mujeres a la esfera privada (familiar), se reproduce como lo natural quitándole interés a la problemática (Gentile, 2008).

Por otra parte, la existencia de la población que pernocta en las calles se remite a principio de siglo XX como fenómeno particular en algunas ciudades del mundo. La nueva cuestión social que plantea la problemática de las personas en situación de calle está asociada al proceso de exclusión social (Simmel, 1977; Castel, 1995; Boy, 2009) de carácter transversal y no sincrónico. Se trata de un proceso relacional y cultural que implica la negación de derechos de ciudadanía a una parte significativa de la población. De este modo, se expulsa a los sujetos de la esfera pública y se los despoja de derechos, con lo que se generan procesos de desubjetivación como modos de exterminio, condenando a estas poblaciones a desarrollar prácticas de pura supervivencia (Simmel, 1977; Fleury, 2007).

Desde las ciencias sociales, puntualmente la antropología, una de las principales corrientes de investigación sobre la temática proviene de la Escuela de Chicago, asociada a la investigación de problemáticas urbanas vinculadas con el crecimiento poblacional y el aumento de la delincuencia en esa ciudad estadounidense (Azpurúa, 2005).

En este sentido, el trabajo etnográfico de Anderson (1923) es uno de los pioneros. En "The Hobo. The sociology of the homeless man" el autor relata la vida del vagabundo, basándose en su propia experiencia en las calles de Chicago y analiza la sociabilidad de un grupo de personas en situación de calle. Anderson da cuenta de la gran historia social donde se estructuran biografías: el vagabundaje, la des-localización permanente, los trabajos temporarios y la autopercepción de los hobos de su condición de trabajadores. Finalmente, se concentra en desmitificar la imagen del vagabundo como hombre sin hogar o perezoso, para mostrar la centralidad de la fuerza de trabajo que funciona como mano de obra circulante de una economía en expansión. Así, muestra que este fenómeno responde a un tipo de cultura específica que tiene sus formas de reproducción y cambio, sus códigos, su lenguaje, su ética. Los hobos son presentados como parte de un capítulo en la historia social del trabajo y la cultura de las clases trabajadoras (Viotti, 2008).

Posteriormente, con la caída del Estado de Bienestar a partir de los años setenta, surgieron diversos aportes de esta misma corriente sobre los homelessness y la marginalidad urbana. Howard Bahr (1973), aborda la situación de exclusión en términos de

desafiliación con una orientación individualista. Spradley (1988) realiza una descripción densa de las distintas prácticas de subsistencia de la población, considerándolos nómades urbanos poseedores de una subcultura caracterizada por la movilidad, la alienación, la pobreza y un conjunto de estrategias de subsistencia. De este modo, la tradición de estudios sobre la temática focalizó su análisis en el carácter nomádico y el aislamiento social de esta población, supuesto que continúa en muchas investigaciones actuales (Bachiller, 2010).

El sociólogo francés Loic Wacquant (2001), en su libro "Parias Urbanos" analiza lo que denomina *nuevo régimen de marginalidad urbana* como fenómeno común en todas las sociedades avanzadas del occidente capitalista. A lo largo de su análisis, identifica similitudes y diferencias respecto de las modalidades de nueva pobreza que se desprenden de la caída del Estado de Bienestar y sus políticas. Wacquant distingue cuatro lógicas que alimentan la marginalidad. La macrosocial, donde el mayor crecimiento económico en las ciudades supone un declive para una parte de la población. La económica, relacionada con la mutación en las formas de trabajo asalariado y el desempleo. La política, asociada con el achicamiento y desarticulación del Estado de Bienestar. Por último, la espacial, donde se produce la segregación racial de una parte de la población dentro de los espacios de las ciudades. El autor describe las problemáticas que atraviesan las minorías al vivir en territorios que experimentan una caída del sentido de comunidad (Di Iorio, 2019; Tortosa, 2020).

Los aportes contemporáneos de la Antropología Social destacan que la situación de calle no debe ser equiparada en su totalidad con la situación de pobreza y aislamiento relacional. De ser así, se corre el riesgo de silenciar e invisibilizar los procesos de recomposición de las redes sociales (Bachiller, 2010). Desde esta perspectiva, se plantea una reformulación de los modos de interpretar la problemática, haciendo foco en el abordaje de las relaciones y redes que se establecen en los territorios que habitan. (Biaggio, 2007). De este modo, se observan procesos de reafiliación social y recomposición de las redes territoriales. Los vínculos sociales se constituyen en recursos esenciales para la adaptación cotidiana y subsistencia, material, simbólica y emocional.

Sin embargo, no solo los procesos de reafiliación se constituyen como parte de las estrategias de mayor relevancia, también la utilización del espacio urbano se convierte en un recurso más. Así, Saizar (2002) distingue tres grupos: los que desarrollan estrategias

individuales de supervivencia, los que optan por la estrategia de agrupación y los que aún no han desarrollado estrategias.

Por otra parte, se desarrollan líneas de investigación del fenómeno que retoman la experiencia de vida en calle, desde la perspectiva de los actores, dando cuenta del dinamismo y heterogeneidad del campo y sus trayectorias. En este aspecto, los estudios sobre las infancias en situación de vulnerabilidad dan cuenta del dinamismo en relación a la estadía en la calle caracterizada por períodos de diferente duración (Llorens, 2005; Gentile, 2008; Pasamonik, 2009; García Silva, 2014; Gentile, 2017).

En cuanto a la situación en Latinoamérica, los trabajos realizados refieren que se trata de una problemática creciente debido a las políticas neoliberales implementadas que han desencadenado procesos cada vez más exacerbados de exclusión, expulsión y exterminio social de una parte de la población (Breilh 2010). En la actualidad, los países latinoamericanos presentan una gran desigualdad social, que se expresa en indicadores socioeconómicos (CEPAL, 2016) y se visibiliza en las grandes ciudades, donde conviven edificios de lujo junto a asentamientos precarios y gran cantidad de personas que pernoctan en las calles (Di Iorio, 2019).

En Argentina específicamente, las políticas neoliberales trajeron aparejadas como consecuencias no solo los procesos de privatización y achicamiento del estado, sino también, la caída de algunas instituciones que cohesionaban a la sociedad, tales como el pleno empleo, la escuela pública y la posibilidad de movilidad social (Boy, 2009; Lindenboim, 2010; Kessler, 2014; Tortosa, 2020). Las políticas sociales en el marco de las políticas neoliberales tuvieron en común medidas de combate contra la pobreza mediante una individualización del riesgo. Generando el terreno propicio para profundizar el debilitamiento de los lazos y la exclusión social (Fleury, 2007), con alto impacto en la producción de subjetividades.

Se destacan diversas investigaciones en la región en países como Brasil, México, Colombia, Chile, Uruguay y Argentina. Los entramados en los que se presenta la problemática dan cuenta de las particularidades propias de cada uno de los países, según la coyuntura política, económica y social (Borges da Silva, (s/f); Gentile, 2008; Boy, 2009; Bachiller, 2010; Biaggio, 2010; Camarotti y Romo-Avilés, 2015; Tortosa, 2015;

Patini Lancellotti, 2016; Sarmento y Pedroni, 2017; Silveira Sarmento, 2017; Di Iorio, 2019; Rossal et al., 2019; Diez et al., 2020; Tortosa, 2020).

En Argentina se destacan estudios realizados desde la Antropología, el Trabajo Social y la Psicología Social[23]. Los antecedentes se remontan a 1920 y dan cuenta de un pasaje, a lo largo del tiempo, de los términos utilizados para hacer referencia al fenómeno: de linyeras a personas en situación de calle. Inicialmente, se denominaba "crotos y linyeras" a varones que se definían como propios de una cultura itinerante y dueños de su propia fortuna, viviendo a los márgenes de la sociedad. Se trataba sobre todo de trabajadores golondrinas. Salvando las distancias, al igual que señalaba Anderson, se creaba en torno a ellos la construcción de un individualismo romántico basado en una visión del hombre libre. A estas personas también se los asociaba con rasgos personales socialmente condenados, como ser vagos, sucios, delincuentes, alcohólicos o locos. Ya hacia fines de los noventa, en un contexto de crisis socio-económica y desempleo masivo, comienza a cobrar relevancia como nuevo fenómeno social, el de las personas en situación de calle. Si bien se establecía cierta distancia con las caracterizaciones del linyera, algunas de las construcciones respecto a ellos continuaron operando en el imaginario social (Simmel, 1977; Boy, 2009; Biaggio, 2010).

Según Boy (2009), en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires es posible observar una nueva cuestión social: el incremento de la exclusión social y la vulnerabilidad de algunos de sus habitantes, a partir de la caída de instituciones que cohesionaban a la sociedad. De esta forma, a partir de 1997, el incremento cuantitativo de la población en situación de calle impulsó un conjunto de políticas sociales orientadas a su atención. Situación similar ocurre en ciudades del Gran Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Chaco y Mendoza.

En ese sentido, y para focalizar aún más en el territorio de la CABA, Auyero (2001) señala que a pesar de tratarse del territorio donde se encuentra la mayor concentración demográfica y de riqueza del país, a partir de las últimas dos décadas del siglo XX, se observó un aumento de las desigualdades y un acrecentamiento de los extremos de pobreza y riqueza similar al de otros grandes centros urbanos. Tortosa (2020) refiere que

[23] (Di Iorio et al, 2014; Lenta, 2013; Boy, 2009; Biaggio, 2006; Biaggio y Verón, 2010 Palleres, 2004; Rubinich, 2008; Saizar, 2002).

una de las manifestaciones de esta polarización la constituye el aumento cuantitativo de personas que se encuentran viviendo en la calle.

En 2010 Médicos del Mundo realizó un relevamiento sobre las personas adultas, niños, niñas y adolescentes que sobreviven en la calle en la CABA: personas alojadas en hoteles o albergues por medio de subsidios habitacionales, personas en hogares o paradores de tránsito, personas que pernoctan en la calle, población afectada por desalojos y personas en asentamientos precarios y viviendas ocupadas. El relevamiento indicó que se trataba de un total de 15.253 personas. En 2014 esa cifra ascendía a 16.353 según la misma entidad (Tortosa, 2020). A pesar de la diferencia numérica de lo relevado por el GCBA, quien estimó esta cifra en 876 personas, ambas entidades observaban patrones comunes. Se trataba mayoritariamente de hombres adultos, solos. Sin embargo, habían detectado un aumento en la cantidad de mujeres y grupos familiares desde los primeros registros.

De esta forma existe una gran heterogeneidad en la población en situación de calle en la CABA. Se trata de personas que:

> *"atravesaron situaciones de encierro en instituciones penales o en hospitales monovalentes psiquiátricos, chicos y chicas con experiencia de vida en la calle, víctimas de la política de desalojo del Gobierno de CABA y sobrevivientes de situaciones de violencia. Además de quienes duermen diariamente en la calle, en ranchadas o solas, hay recolectores/as de materiales con pernocte esporádico en la calle. Asimismo, hay personas alojadas en paradores y hogares del gobierno, otras que perciben un subsidio habitacional transitorio otorgado por el GCBA para alquilar un cuarto de hotel y las que se encuentran en riesgo de situación de calle habitando viviendas ocupadas y asentamientos precarios" (Tortosa, 2020, p. 47).*

Hasta aquí hemos descrito parte del material bibliográfico e investigaciones en materia del fenómeno de población en calle. Para continuar abordaré el campo de los estudios de género, particularmente en aquellos que analizan la desigualdad, la feminización de la pobreza y la población de mujeres en situación de calle.

Durante las últimas décadas del siglo XX hasta la actualidad han ido cobrando mayor relevancia los estudios que desarrollan como categoría central el género, como estructurante de desigualdades, imaginarios, estereotipos y prácticas. Este desarrollo se vio acompañado en la práctica con las luchas de los movimientos feministas a nivel mundial.

En nuestro país en los últimos años, el movimiento feminista ha ido cobrando una particular masividad, sobre todo a partir del 2015 con el Ni Una Menos. A partir de ese hito comenzaron a visibilizarse cuestiones relativas a problemáticas de género. Aquello se vio reflejado también en las ciencias sociales que ha ido desarrollando perspectivas que incorporan los géneros como categoría analítica central y buscan desnaturalizar las cristalizaciones en relación a los roles estereotipados (Tortosa, 2020).

Judith Butler (2006), desde una perspectiva crítica, señala que el género es el aparato a través del cual tiene lugar la producción y la normalización de lo masculino y lo femenino. Así, Butler (2006) introduce la dimensión de la performatividad para pensar los géneros de forma dinámica y en proceso de construcción permanente. En las sociedades occidentales contemporáneas esta performatividad se encuentra atravesada por un modelo heteronormativo que instituye un orden de poder legitimado en la división sexual del trabajo. De esta forma, las diferencias anatómicas son interpretadas a partir de las desigualdades sociales, atribuyendo cualidades femeninas o masculinas que aparecen como formas naturales, dicotómicas y jerárquicas (Butler, 2006; Esteban, 2006). Las diferencias sexuales naturalizadas mediante diversos dispositivos de control de los cuerpos definen aquello considerado como conductas y roles apropiados.

Uno de los ejes abordados por el campo de los estudios de género, se vincula con los diferentes procesos y dimensiones que se interrelacionan creando realidades particulares, sobre todo para las mujeres pobres. Aquellas sufren un proceso de doble exclusión que se cristaliza en el concepto de feminización de la pobreza, surgido en Estados Unidos en la década de los setenta e introducido luego en América Latina (Aguilar, 2011). Este constructo remite al continuo y creciente empobrecimiento de las mujeres, el empeoramiento de sus condiciones de vida y la vulneración de sus derechos. En el contexto actual, esta idea implica que las mujeres presentan desventajas respecto a los otros actores sociales en términos de ingresos económicos que se expresan en la denegación de oportunidades y opciones (Chant, 2003). Estos procesos de inequidades en términos de género deben ser comprendidos en su carácter relacional, y también respecto de la violencia estructural instituida por el sistema patriarcal y las lógicas neoliberales. En esa intersección se profundizan los sistemas de explotación, opresión y dominación (Aguilar, 2011; Medeiros y Costa, 2008; Tortosa, 2015; Zaldúa, 2011).

Recapitulando, en el marco de la relevancia que cobran los movimientos feministas, dentro de las ciencias sociales, también comienzan a visibilizarse las problemáticas de las mujeres y su intersección con otras dimensiones. Aunque de forma incipiente, comienzan a desarrollarse estudios sobre mujeres en situación de calle. Gentile (2008) refiere que este análisis, al igual que en el caso de chicos y chicas en situación de calle, nos obliga a cuestionar los procesos sociales que constituyen la calle como un territorio predominantemente masculino en términos numéricos. De esta forma, es necesario interesarnos por la experiencia de aquellas mujeres que se deciden a atravesarla. Así mismo, la autora manifiesta la necesidad de interrogarnos sobre la articulación entre la esfera pública en la que aparece el fenómeno (la calle), con la esfera privada (familiar) y las relaciones entre los sexos en una y otra.

Uno de los antecedentes a destacar en nuestro país es el trabajo realizado por Paula Tortosa, "Trayectorias de atención y cuidado de la salud de mujeres en situación de calle en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires". La autora aborda las historias personales de un grupo de mujeres en situación de calle, dando cuenta de los diversos procesos de vulneración de derechos que han atravesado. Así mismo, rescata que, a pesar del escenario desfavorecedor en el que desarrollan su vida, *"ellas despliegan estrategias para intentar resolver sus padecimientos y cuidar de su salud, y crean condiciones de posibilidad para formular prácticas de restitución de derechos y ampliación de ciudadanía"* (Tortosa, 2020, p. 19).

La autora refiere que las problemáticas asociadas a la situación de calle de mujeres han sido poco estudiadas en Argentina. Sin embargo, da cuenta de la existencia de material a nivel internacional. En ese sentido, en los estudios que la autora menciona, se repiten una serie de características sobre el fenómeno (Johnon, Ribar y Zhu, 2017, como se citó en Tortosa, 2020).

Uno de los documentos mencionados: "Women's Homelessness: International Evidence on Causes, Consequences, Coping and Policies"[24], describe el estado de la situación de las mujeres sin hogar en el mundo. Allí se analiza la evidencia internacional de las causas, consecuencias, formas de afrontamiento y políticas públicas para abordar la problemática. A su vez, se hace mención de la estrategia de doubling up que utilizan muchas mujeres

[24] Johnon, Ribar y Zhu, (2017).

que no tienen dónde dormir y, en vez de pernoctar en la calle o un parador de emergencia, comparten habitación/hospedaje con otras personas mediante lazos de solidaridad y reciprocidad. El nombre que recibe esta población es el de hidden homeless (personas sin hogar ocultas). De esta forma quedan por fuera de los registros cuantitativos de personas en situación de calle, haciendo difícil el poder establecer un número real de mujeres (Johnon, Ribar y Zhu, 2017, como se citó en Tortosa, 2020).

En la mayoría de los países del mundo la incidencia de mujeres en situación de calle es menor que la de los varones en la misma situación. Entre las principales causas de situación de calle en mujeres se distinguen tres aspectos: cuestiones estructurales, vulnerabilidades personales y causas aleatorias. En relación a las segundas, se trata de las características individuales que pueden interferir en encontrar o mantener un hospedaje: aspectos relacionados con la historia personal de la mujer, como haber sufrido abusos en el pasado o también atravesar problemas de salud tanto física como mental. El tercer aspecto se refiere a eventos que no se pueden anticipar, tales como episodios de violencia o situaciones inesperadas (Johnon, Ribar y Zhu, 2017, como se citó en Tortosa, 2020).

Las causas estructurales son el principal motivo de la situación de calle en la población en general. Sin embargo, en el caso de las mujeres los otros dos factores cobran particular relevancia, sobre todo las situaciones de violencia doméstica, ya que sientan las condiciones de posibilidad para el acercamiento a la situación de calle. Lo mismo ocurre con el hecho de haber sufrido un abuso sexual. Es decir, cuestiones vinculadas con las relaciones estructurales de desigualdad entre los géneros (Johnon, Ribar y Zhu, 2017, como se citó en Tortosa, 2020).

Respecto de las consecuencias, el documento menciona los impactos en el grupo familiar, principalmente los hijos, y las consecuencias materiales, y psicológicas, que afectan la salud y el bienestar emocional. Se mencionan las situaciones de abuso físico y sexual, problemáticas relacionadas con el consumo de sustancias psicoactivas, mayor inestabilidad laboral y gran susceptibilidad de contraer enfermedades de transmisión sexual (Johnon, Ribar y Zhu, 2017, como se citó en Tortosa, 2020).

Por último, las estrategias de afrontamiento más utilizadas por las mujeres frente a la pérdida de vivienda generalmente incluyen recurrir a su red de soporte o contención. Aquello generalmente implica la estrategia doubling up anteriormente mencionada, lo

cual es señalado como el último eslabón del proceso antes de pernoctar en el espacio público (Johnon, Ribar y Zhu, 2017, como se citó en Tortosa, 2020).

Otro de los antecedentes a destacar es el estudio realizado por Florencia Gentile en un centro de día para niños, niñas y adolescentes, dependiente del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Allí reconstruye y analiza las trayectorias de chicas en situación de calle. A lo largo del desarrollo, la autora coincide con la menor incidencia de niñas y adolescentes mujeres en comparación con los varones, dato que también arrojan investigaciones realizadas en otras grandes urbes de Argentina y América Latina. Para las niñas y adolescentes mujeres de los sectores populares latinoamericanos, atravesar la calle resulta una alternativa menos probable en comparación con los varones. Aun así, quienes la atraviesan permanecen más ligadas al hogar familiar que los varones que se encuentran en la calle. De este modo, se produce una mayor atracción hacia el hogar familiar que se traduce con salidas más tardías y un vínculo asiduo con sus familias incluso en la calle. De esta forma, la autora cuestiona el estereotipo del chico de la calle como figura asocial, que ha roto los vínculos previos, y muestra que la situación de calle es más bien un proceso alternante entre la calle, la casa y las instituciones (Gentile, 2008).

En los sectores populares latinoamericanos, la calle es percibida como un lugar propicio para el intercambio, lo abierto, el lugar de lo inesperado y lo no previsto. También de lo no controlado, lo amoral e ilegal, pudiendo construirse como un posible espacio de inserción informal de actividad económica. Al contrario, la casa se asocia a lo ordenado, lo cerrado, controlado, lo rutinario y previsible, lo que preserva, lo que protege. Por lo tanto, aquellos considerados más vulnerables, como los niños y las mujeres, estarán asignados a este espacio. Mientras tanto, la calle se construye como un espacio que demanda capacidades personales relacionadas con lo masculino y la adultez (Lucchini, 1993; Da Matta, 1998; Rizzini y Fonseca, 2002 en Gentile, 2008).

Lo anterior podría dar cuenta de por qué existen menos chicas en la calle y por qué se encuentran ellas más vinculadas al hogar familiar. Desde muy temprana edad, mujeres y varones adquieren habilidades, capacidades, hábitos corporales y formas de comportamiento para manejarse en el espacio de la calle o la casa. En este sentido, las niñas y adolescentes mujeres desempeñan roles de cuidado. Es decir, tienen dentro del hogar un espacio de obligaciones. Como contrapartida, se les otorga un lugar de reconocimiento social propio, diferencial al de los varones y que resulta entonces menos

expulsivo. Esto ocurre incluso en situaciones de pobreza, hacinamiento, violencia y alta conflictividad (Gentile, 2008)

Tanto Gentile (2008) como Tortosa (2020) describen y analizan los riesgos que implica la situación de calle para las mujeres. En este sentido, allí son más susceptibles que los varones a experimentar situaciones de violencia, que, sumado a la invisibilización de la problemática, profundizan aún más la exclusión social. De esta forma, las problemáticas y situaciones de vulnerabilidad social se encuentran profundizadas para ellas.

En esta línea, Camarotti y Romo-Avilés (2015) coinciden con lo anterior y agregan que el consumo de pasta base en contextos de calle también implica mayores riesgos para las mujeres de sufrir situaciones de violencia física o sexual. Así mismo, señalan dentro de las experiencias de esta población actividades como el robo, la prostitución y la violencia. El ejercicio de la prostitución, si bien afecta a varones y a mujeres, ellas *"continúan siendo mayoritarias en la actividad, al mantenerse vigentes las representaciones que asocian a la mujer en la calle con la disponibilidad pública de su cuerpo y de su sexualidad, representación que rige aun tratándose de niñas"* (Gentile, 2008, p. 17).

En cuanto a las estrategias que utilizan las mujeres en situación de calle, Tortosa (2020) indica que las mujeres utilizan mayoritariamente recursos institucionales. Así, menciona la existencia de políticas sociales y sanitarias, tanto nacionales como locales, enfocadas a sectores populares, empobrecidos, dirigidas principalmente a mujeres con hijos. Aquello se relaciona con mandatos socioculturales que asocian a las mujeres con seres tuteladas y dependientes de otro, a diferencia de los varones que se presentan como proveedores. A pesar de estos estereotipos, la autora menciona una serie de estudios que dan cuenta de la capacidad de las mujeres de generar sus propias estrategias para subsistir y configurar nuevos lazos afectivos significativos. Estas redes sociales funcionan como sostén emocional y socio-económico.

Otro eje de análisis en la academia, asociado a la situación de calle de las mujeres, es el consumo de sustancias psicoactivas, sobre todo la pasta base de cocaína. En este sentido, Camarotti y Romo-Avilés (2015) refieren que en este campo también se encuentra invisivilizada la problemática de las mujeres. En su estudio "Haciendo género en un mundo de varones: el consumo de pasta base de cocaína entre las mujeres de la ciudad de Buenos Aires", las autoras refieren que las investigaciones realizadas previamente solo

abordan poblaciones masculinas. Agregan que el imaginario social predominante construye la imagen de un consumidor joven, varón, pobre y delincuente. Sin embargo, los datos epidemiológicos dan cuenta de la existencia de consumidoras mujeres.

De este modo, partiendo de la idea de que las prácticas de consumo son parte constitutiva del modo en que las personas construyen género, las autoras se preguntan sobre cómo estas mujeres construyen su identidad de género en un contexto de consumo de drogas eminentemente masculinizado.

Al igual que el resto de los estudios mencionados hasta aquí, Camarotti y Romo-Avilés (2015) señalan que las mujeres históricamente son más pobres, viven en hogares con peores condiciones básicas de vida y tienen menos control sobre sus cuerpos y sus vidas. De esta forma, a lo largo del análisis, surgen narrativas atravesadas por la violencia y exclusión en contextos de marginalización, donde la vida cotidiana se establece alrededor del consumo. Así las mujeres relatan sus experiencias de exclusión y vida en la calle como una *"cuesta descendente e inevitable de malos momentos"* (P. 230).

Por otro lado, las mujeres no hablaban de género, o diferencias y similitudes entre varones y mujeres. Sin embargo, a través de la sustancia y su impacto surgían aspectos sobre la construcción de sus identidades y roles de género, sobre todo en relación a sus cuerpos como *"lugar de resistencia de la femineidad"* (P. 233). Así, el cuerpo aparece como forma de lucha contra la adicción y el deterioro, donde los preceptos de género se hacen fuertes y se visibilizan. El mantener actividades como la depilación, higiene y buen aspecto se vuelven fundamentales para adherir a las imágenes estereotipadas socialmente apropiadas para las mujeres. De esta forma, las mujeres negocian y construyen su identidad femenina a través de su preocupación por la belleza, los efectos sobre el cuerpo y/o la maternidad[25].

Por último, con respecto al tratamiento social, las políticas e instituciones destinadas a esta población, la red de servicios para personas en situación de calle en la CABA incluye organizaciones religiosas, organizaciones no gubernamentales no confesionales,

[25] Diversos estudios realizados sobre mujeres que consumen sustancias psicoactivas hacen foco en su rol de madre. Existe una vasta bibliografía que aborda población embarazada o puérpera (Castilla y Lorenzo, 2012; Diez, 2020).

organizaciones político-partidarias, dispositivos gubernamentales y grupos comunitarios autoconvocados (Di Iorio, 2019).

Tortosa (2020) en su análisis sobre los dispositivos de asistencia de la CABA, refiere que las prestaciones sociales están destinadas mayoritariamente a varones en situación de calle. Las mujeres en situación de calle forman parte de un sector poblacional donde las políticas sociales no logran revertir la situación de extrema vulneración de derechos. La autora refiere que, si bien se encuentran en un contexto que las re-victimiza, culpabiliza y patologiza, logran generar estrategias que les permiten sobrevivir y ejercer formas de ciudadanía.

Gentile (2008), por su parte, indica que se brinda un tratamiento social diferencial en tanto chico o chica. El desarrollo de cierto tipo de tareas de subsistencia y no otro, así como en las respuestas institucionales de represión, tutela, protección y cuidado se despliegan en la medida que puedan adecuarse o no a los comportamientos atribuidos a los roles de género tradicionales.

Hasta aquí queda en evidencia la vacancia teórica en relación a las mujeres en situación de calle. Gran parte de los estudios mencionados hacen referencia a esta cuestión y a la necesidad de continuar profundizando en las características y problemáticas particulares que presenta esta población, desde una perspectiva de género.

Las mujeres en situación de calle parecieran formar parte, dentro del campo académico, de un universo aún mayor: el de las personas en situación de calle. Esta pertenencia homogeniza y resalta estereotipos dominantes de subjetividades masculinizadas, adictas y criminales. Si bien las mujeres quedan subsumidas e invisibilizadas a aquello, continúan pagando el costo social y moral que conllevan las vidas que *"han elegido"*.

Estas mujeres consideradas por varones, vecinos y agentes estatales como *"malas madres", "putas", "paqueras", "fisuras", "chorras"* y *"negras"*, tienen experiencias particulares atravesadas fuertemente por la dimensión de género. Sin embargo, tanto dentro de la academia, como en las instituciones y dispositivos orientados en su atención, esta dimensión pierde consistencia. El foco apunta a sus prácticas de consumo de forma patologizada, o en todo caso, a sus procesos vitales como el embarazo, el puerperio, y la no adecuación a sus roles *"naturales"* de madres y cuidadoras.

Por lo tanto, a partir de esta etnografía buscaré reconstruir las propias experiencias de las mujeres en situación de calle en La Estrella dentro del contexto en el que las desarrollan. Recuperar la heterogeneidad hacia el interior de la población en situación de calle permitirá observar los modos en que se (re)construye el capitalismo desde abajo y los márgenes para, en última instancia, generar insumos útiles a la hora de pensar prácticas y políticas públicas situadas.

El campo en primera persona:

Ana, de 27 años, había empezado a venir hacía algunos meses a la salita. En general venía con Jony, su pareja. Usaban el baño, la ducha, a veces el teléfono, sin permanecer demasiado tiempo allí. En un momento Jony y Ana comenzaron a tener algunas discusiones que terminaban con fuertes golpizas de él hacia ella. En esas situaciones Ana acudía a la salita sola y muy angustiada. Desde el equipo de salud se le ofrecían espacios para poder conversar sobre lo sucedido y pensar junto a ella estrategias de cuidado. En el relato de Ana escuchaba la angustia y las contradicciones de su "amor", motivo por el cual evitaba separarse o denunciarlo. También me contaba la preocupación que tenía en relación a su situación judicial. Había salido hacía dos meses de estar presa y no había cumplimentado una serie de medidas que le habían impuesto al momento de otorgarle la libertad, por lo tanto, temía estar presa nuevamente o que la detuvieran las fuerzas de seguridad, con gran despliegue en el lugar. Ante esto último le ofrecí acompañarla a las oficinas que se encontraban dentro del barrio y podían brindarnos esa información. Luego de repetir varias veces la oferta, que me respondiera "más tarde vamos" y luego no volviera, un día aceptó. Fuimos caminando juntas por las calles de La Estrella. Mientras caminábamos me preguntó de dónde era. Le conté que, si bien había nacido en un barrio de la zona norte de Capital Federal, había vivido en muchos barrios. Ella me contó que había nacido en ese mismo lugar también, a unas cuadras de donde yo había indicado. Sin embargo, no se orientaba mucho allí, ya que cuando era

> *muy chica su tío desalojó a sus hermanos y su madre y de ahí fueron a vivir "de un lado para el otro". Vivieron un tiempo en La Estrella y luego se instalaron en otro barrio popular ubicado en la Provincia de Buenos Aires.*
>
> *También me contó que había vuelto con Jony, que él le advirtió que era "la última oportunidad que le daba". Le pregunté por qué él tenía que darle una oportunidad cuando la había golpeado. Sin embargo, ella aseguraba que Jony tenía razón, que "ella era terrible", que la había "cagado" y que en la calle "todos te quieren coger". Luego de que pudieran averiguarnos cuál era su situación, volvimos juntas caminando por las mismas calles. Para mi sorpresa, al pasar junto a un grupo de personal de las fuerzas de seguridad de la ciudad, Ana comenzó a recibir una serie de saludos, piropos y miradas que generaron en mí mucha incomodidad, además de mi peor cara. Ana se rió, los saludó y continuó caminando. Cuando nos alejamos un poco me atreví a preguntarle qué estaba pasando, a lo que ella respondió: "Son unos pajeros, me invitan a salir todo el tiempo. A todas. Nos dicen por dónde no tenemos que andar. Como estoy en rebeldía…".*

Según Fernandez Unsain (2018) el objetivo de las investigaciones cualitativas es conocer las maneras en que los diferentes sujetos viven sus condiciones objetivas de clase, género, salud, etc. Para tal fin, la etnografía y el trabajo de campo son herramientas fundamentales para describir y explicar los problemas construidos.

Por su parte, Guber (2016) se refiere a la etnografía tanto como enfoque, método y texto. La primera de sus acepciones se vincula con el objetivo de comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de los sujetos, es decir, a través del conocimiento de los marcos conceptuales con los que las personas actúan. En tanto método de investigación implica el uso de diversas técnicas: entrevistas, encuestas, observaciones participantes y no participantes. En ese sentido, la autora refiere que la etnografía abarca un conjunto de actividades que generalmente se definen como trabajo de campo y cuyo resultado se utiliza como evidencia para la descripción de los fenómenos sociales. Por último, la etnografía como texto tiene que ver con tratarse de una descripción textual del comportamiento de una cultura en particular a partir del trabajo de campo.

Realicé mi trabajo de campo en una salita en el barrio La Estrella. Se había instalado allí diez años atrás, con el objetivo de favorecer el acceso al sistema de salud de las personas que permanecían en calle consumiendo sustancias psicoactivas, principalmente paco. Mi inserción en dicho campo ha tenido que ver con mi práctica profesional como Terapista Ocupacional en ese dispositivo.

Desde mi llegada en octubre del año 2017 comencé a construir registros de campo, utilizando la observación participante y no participante[26] como mi herramienta principal. Tanto La Estrella, como la salita y las personas en situación de calle eran un universo nuevo para mí. Por lo tanto, en el marco de la Maestría en Antropología Social, comencé lentamente a construir el tema de esta investigación: las experiencias de las mujeres en situación de calle.

Durante el primer año allí, los vínculos que establecí fueron principalmente con varones. Conversaba con ellos y compartía algunos momentos tanto dentro como fuera de la salita. Charlas mientras mirábamos televisión o escuchábamos música. Generalmente, y a diferencia de las mujeres, los varones permanecían más tiempo dentro de la salita. La circulación de las mujeres dentro del dispositivo se caracterizaba por ser fugaz, disruptiva, muchas veces generaba tensiones e incomodidad. En ocasiones, la permanencia de ellas concluía con algún conflicto o discusión. Incluso, sentía una incomodidad amenazante, un mayor nivel de alerta en mi cuerpo, cada vez que intentaba conversar con alguna de ellas, cosa que, a su vez, me generaba miedo e inseguridad. Ante comentarios o saludos, recibía respuestas cortantes, incluso con tonos de enojo o amenazantes. Por lo tanto, desde mi inclusión en el campo hasta que comencé a dialogar y pasar más tiempo con las mujeres, pasó un año.

El vínculo con estas mujeres fue construyéndose luego del episodio junto a Ana. A partir de ese entonces se fueron sumando otros episodios donde de algún modo *"ayudé"* a algunas de las mujeres a ser atendidas en instituciones de salud o a hacer gestiones burocráticas, lo que generó, poco a poco, que podamos establecer vínculos más próximos entre nosotras. Empecé a sentir que ya no evitaban tanto mi presencia, pasaba más tiempo

[26] Según Fernandez Unsain (2018), la observación participante se basa en la interacción social entre el investigador y los informantes con el objetivo de recoger datos de una manera sistemática y poco intrusiva. Por su parte, la observación no participante propone un posicionamiento más distante, intentando interferir lo menos posible en las actividades cotidianas de los sujetos.

con ellas, conversábamos. Incluso algunas, como Azul, me comentaban que venían a buscarme porque les habían dicho que yo podía ayudarlas. En otros casos, le contaban a algún familiar que yo *"la cuidaba un montón, que cómo me preocupaba por ella"*. A su vez, comencé a visitarlas donde se encontraban *"parando"*.

Poco a poco fui, de alguna manera, formando parte de la configuración social de la calle, como visitante o extranjera en menor o mayor medida, como agente estatal o como *"amiga"*, pero en muchas oportunidades siendo la destinataria de cuidados y recomendaciones. No han sido pocas las veces que me han *"sacado"* de alguna situación, sugerido no circular por determinados lugares o dicho *"esta vez mejor no, no me la quiero agarrar con vos"*, ante la invitación a charlar un rato.

Por lo tanto, mis encuentros con estas mujeres se desarrollaron en su mayoría en la calle. Durante mis recorridas por La Estrella o acompañándolas a diferentes lugares. También pudimos encontrarnos en algún consultorio de la salita, cuando se acercaban espontáneamente a charlar, cuando venían a desayunar o usar el baño.

Desde mi inserción en La Estrella hasta marzo del 2020, cuando finalicé el trabajo de campo a causa de la pandemia por COVID 19[27], concurrí a aquella salita entre tres y cuatro veces por semana. A lo largo de aquellas jornadas que duraban entre 6 u 8 horas los encuentros con las mujeres, erráticos en su mayoría, me permitieron ir conociéndolas, conocer las narrativas de sus experiencias y sus modos de habitar las calles.

Durante el periodo de tiempo mencionado comencé a observar dinámicas diferenciales entre varones y mujeres. Así mismo, el hecho de ser mujer, joven y nueva en La Estrella me exponía a ciertas situaciones donde los varones en situación de calle intentaban seducirme o pensaban que yo podía estar *"provocándolos"*. Esto, sumado a los vínculos establecidos con las mujeres y mi experiencia como militante feminista, fue construyendo mi interés por indagar sobre las experiencias de las mujeres y las tensiones que me generaba la distancia de sus prácticas con *"lo esperado"* en una mujer víctima de un sistema de opresiones. Estas mujeres no solo no se consideraban parte de un colectivo, ni

[27] A causa de la modificación tanto en la modalidad de mi trabajo por la emergencia sanitaria, tanto como por las medidas de ASPO y su impacto en las dinámicas de calle, decidí que era momento oportuno para finalizar el trabajo etnográfico. En el contexto epidemiológico mencionado, el impacto en la participación dentro del campo de la calle también parecía ser diferencial si se tiene en cuenta la dimensión de género. Sin embargo, este aspecto excede el objetivo de la investigación.

víctimas de violencias generizadas, por el contrario, se consideraban responsables de sus decisiones, las cuales respondían a sus deseos y a la evaluación que hacían de las situaciones que atravesaban. Por otra parte, escuchaba relatos de vida complejos, desarrollados en condiciones de pobreza y desigualdad, que interpelaban los discursos institucionales dominantes sobre la reducción de todas las dimensiones, incluidas el género, a las problemáticas de consumo.

Si bien mi vínculo con estas mujeres está mediatizado por mi rol como profesional y trabajadora de salud y mucha de la información que me brindaron se relaciona con aquello, pude en diversas ocasiones dialogar sobre mi trabajo de campo y mi tema de investigación. Sus respuestas siempre heterogéneas me sorprendían una y otra vez: *"Sos rara eh" "¿Eso te interesa?" "¿Vas a poner mi nombre? Yo quiero que pongas mi nombre y apellido, que cuentes mi historia".*

A medida que pasó el tiempo fui adoptando un rol de observadora-participante y participación-observante, de acuerdo al momento. En aquellas instancias entablábamos conversaciones acerca de sus experiencias, sus vivencias y prácticas cotidianas, intentando dar respuesta a mi propio interrogante sobre qué significaba para ellas ser mujer y estar en calle en La Estrella. En ocasiones, sobre todo cuando *"se rescataban"* y ya no permanecían en la calle, venían a la salita o nos comunicábamos telefónicamente. Allí manteníamos largas conversaciones y entrevistas[28] no estructuradas o semiestructuradas sobre sus cotidianos en la calle.

Hasta aquí he descrito cómo ha sido mi llegada al campo y el modo en que fui construyendo mi problema de investigación y el vínculo con ellas. En este punto quisiera dar cuenta de algunos aspectos que atravesaron todo el proceso desde mi inserción en el campo hasta el momento de elaboración de esta tesis y para lo cual antecedentes de otros procesos etnográficos[29] me han brindado importantes herramientas.

Tal como mencioné páginas anteriores mi llegada a La Estrella no era casual, había ganado un cargo como terapista ocupacional en la salita en cuestión, lo cual consideré como una oportunidad para llevar adelante mi trabajo de campo. Sin embargo, mi rol

[28] Según Fernández Unsain (2018) se denomina entrevista a la comunicación personal surgida con la finalidad de obtener información.
[29] Quisiera resaltar sobre todo la tesis de maestría de Flavia Álvarez: ¿Qué estoy haciendo acá? Una etnografía con estudiantes "primera generación" en una Universidad del Gran Buenos Aires.

profesional y mis esfuerzos por llevar a cabo una investigación etnográfica en simultáneo me presentaban con frecuencia dilemas éticos y metodológicos, *¿Cómo podría escindir mi lugar como trabajadora de la salud de mi intención de investigar? ¿De qué modo incluir aquellas observaciones donde aún mi lugar en el campo no estaba del todo claro para mis nativas e incluso para mí? ¿Era esto posible?*

Por un lado, la simultaneidad de mis roles en coincidencia con el arribo a la salita me permitía descubrir con cierta sorpresa el campo en general y poder registrar de primera mano aquello. En aquel entonces mi tema de tesis no se encontraba definido del todo, por lo que mis registros eran sumamente extensos, abordando múltiples aspectos que fueron fundamentales a la hora de precisar con cierta sensibilidad las dinámicas diferenciales.

Por el otro, nueva o no allí, yo ocupaba un rol en el campo como agente estatal, como trabajadora de salud y terapista ocupacional; esto no era menor. Si bien, como mencioné, tuve la oportunidad de contar sobre mi investigación etnográfica y mi trabajo de campo, la información volcada en la mayoría de los registros era obtenida en el marco de mi desempeño profesional. En este punto, pude apoyarme en los antecedentes que han logrado precisar otros colegas en sus propios procesos etnográficos. De esta forma, intenté sistematizar y contextualizar lo más exhaustivamente que pude los registros de campo, llevar a cabo la observación participante como herramienta privilegiada durante el desarrollo de los momentos cotidianos tanto dentro de la salita como en la calle. Por último, intenté a lo largo de todo el proceso poner en práctica la reflexividad como uno de los principios fundamentales de la investigación en ciencias sociales.

La reflexividad supone que quien investiga juega un rol activo en la producción de conocimiento y que por tanto no puede ser considerado como un observador neutral ni objetivo. Por el contrario, su rol es el de interpretar los fenómenos y producir explicaciones por medio, tanto de las herramientas de investigación, como de las relaciones sociales que se ponen en juego en el campo (Guber 2011). De esta manera,

> "*la reflexividad está asociada a la capacidad de los investigadores de reflexionar sobre su lugar en el campo y su incidencia en el mismo. Y esto implica no solamente tener en cuenta las condiciones personales (clase, género, etnia) del científico sino también la posición del investigador en el campus académico y el logocentrismo que supone tomar lo social como un espectáculo" (Álvarez, 2020).*

En este sentido, ser agente del estado y profesional de esa salita en particular era el primer elemento a tener en cuenta. Quienes asistían allí, varones y mujeres, esperaban obtener algo: recursos materiales, simbólicos, escucha, asistencia, etc. Es decir, concurrían con alguna demanda o sabiendo de antemano qué narrativas construir para que sus necesidades puedan ser satisfechas. Por otra parte, ser la primera terapista ocupacional allí y el desconocimiento sobre la disciplina tensionaba aquellas narrativas habituales: *"¿Qué hace una terapista ocupacional? ¿En qué me podés ayudar?"*. Como terapista ocupacional en un primer nivel de atención mi función era la de brindar una mirada sobre el quehacer cotidiano de la población y co-construir cuidados de salud integral, teniendo un rol profesional de articuladora social. En este sentido, mi labor incorporaba una dimensión nueva al desarrollo de las actividades diarias en el campo de la calle y los circuitos que establecían, tanto para el equipo de profesionales como para los y las usuarias, facilitando las conversaciones en torno a los cotidianos dentro del campo.

Por otra parte, tener generalmente una edad similar a la de muchas de las mujeres en situación de calle y ser de otra procedencia social generaba, por un lado, cercanía sobre algunos procesos vitales o tópicos de conversación. Por el otro, me ponía en una situación de desigualdad sobre la falta de capital necesario para participar del campo de la calle incluso como observadora. Si bien, yo sí contaba con otro tipo de capital para desenvolverme en las instituciones y sus burocracias, que por los vínculos de confianza que pude ir estableciendo, era una de las cosas que ellas me demandaban y yo podía brindarles. Ellas a su vez, retribuían aquello con ofrecerme parte del capital para moverme de forma segura en las calles de La Estrella, con ciertos códigos y lenguajes compartidos allí. En este sentido, yo también era parte de las estrategias que ellas utilizaban para crear sus oportunidades mediante los circuitos institucionales en la calle.

Kohn (2011) señala que la antropología implica una reflexión sobre la manera en que los investigadores somos impactados por nuestra convivencia profunda con los seres que habitan el terreno en que trabajamos. De esta manera, es necesario detenernos, escuchar nuevamente, y reflexionar sobre lo que hemos aprendido al escuchar de esta manera. El encuentro con estas mujeres ha impactado en mí de un modo particular, interpelando mis propios saberes, resignificando mis experiencias, transformando mis perspectivas no solo profesionales, sino como mujer y militante.

Cuando inicié mi trabajo de campo lo hice atravesada por una serie de ideas sobre aquello que podía encontrar. Esperaba sujetos, varones y mujeres, arrasados subjetivamente, víctimas de las violencias estructurales, personas puramente padecientes, sin lazos sociales. Sin embargo, aquellas perspectivas más victimistas con las que llegué fueron puestas en tensión y transformadas por estas mujeres quienes afirmaban que sus arribos a la calle eran a causa de *"sus propias decisiones"*. La incomodidad por no encontrar las *"víctimas esperadas"* y el temor porque aquello que yo pudiera decir sobre ellas justificara aún más las perspectivas individualistas en que se apoyan las violencias, fue convirtiéndose en la necesidad de que mi aporte pueda ser: qué hay por detrás. Más allá de si realmente son víctimas o no, y en qué medida lo son, a lo largo de esta tesis intenté develar qué hay detrás de esas decisiones, qué las guia, qué las construye como una elección legitima y con valor, una decisión de la que quieren hacerse cargo.

Por último, mi propia experiencia con estas mujeres me brindó la posibilidad de comprender formas particulares y legítimas de alteridad. Los saberes de la calle y las estrategias vitales que compartieron conmigo generaron un aprendizaje en mí al punto de poder interpretar mis propias señales corporales sobre los potenciales peligros de la calle y el abanico inmenso del lenguaje no verbal allí. En el encuentro con cada una de ellas fui transformándome yo misma.

Estructura de la tesis:

Antes de introducir la estructura de la tesis, considero necesario realizar la siguiente aclaración. He tenido algunos reparos al momento de la escritura evitando relatos que recreen la extrema crudeza en detalle o la densidad con la que hice los registros. Así mismo, intenté evitar describir gestos y corporalidades que reproduzcan estereotipos que forman parte del sentido común y están teñidos de un fuerte estigma sobre la pobreza, la marginalidad y la población en calle que usa sustancias psicoactivas. Aquello responde a una posición ética y política, como una decisión propia por no responder a lo que Bourgois (2005) denomina pornografía de la violencia.

Teniendo en cuenta esta aclaración, el recorrido para responder a los interrogantes planteados anteriormente consta de tres capítulos. Inicialmente, en el capítulo uno buscaré realizar una descripción de estas mujeres: de dónde provienen, qué aspectos se han

repetido en sus infancias y juventudes, qué motivos reconstruyen al momento de optar por la calle, cuáles al momento de salir de ella y, de qué forma establecen dentro de sus experiencias, puentes y dinámicas entre los campos[30] en los que participan (calle/hogar familiar). De esta manera, buscaré poner de relieve los aspectos estructurales en que desarrollan sus vidas, el impacto de estos en términos de las opresiones vividas por parte del colectivo en cuestión y cómo se interrelacionan con el desarrollo de la propia agencia de las mujeres.

En el capítulo dos, reconstruiré las experiencias en calle, rescatando las estrategias que desarrollan y aquello que muestran/ocultan al momento de ponerlas en juego, dando cuenta una pragmática vitalista atravesada por la matriz de pensamiento propia del neoliberalismo, el cálculo, y como aquel ethos neoliberal performa subjetividades. Así mismo, veremos cómo el género matiza estas estrategias, generando la posibilidad de desarrollar "otros recursos" por parte de ellas, pero exponiéndolas también a grandes riesgos generizados.

A lo largo del capítulo tres se abordarán los vínculos significativos para estas mujeres y el rol que cumplen en el campo de la calle a la hora de afirmar que la calle no es un estado de excepción marginal. Estas relaciones no siempre tienen su origen allí, sin embargo, logran trascender los espacios en los que participan las mujeres, adoptando características de forma situacional, permitiendo acceder a los medios necesarios para garantizar la reproducción de la vida, brindando cuidados o como mecanismo de control y violencia. En este sentido, las experiencias de las mujeres dan cuenta de la calle como espacio cotidiano, no de excepción, donde los vínculos permanecen y se amplían, donde las dimensiones estructurales como el género y los sistemas de poder se reactualizan a la luz de las reglas que impone el neoliberalismo, construyendo formas diversas desde abajo y los márgenes, formas de anclaje particular en el territorio en cuestión.

El recorrido por los tres capítulos permite construir la calle como un espacio más de integración donde, de acuerdo a los márgenes permeables que condiciona la estructura, la

[30] "Bourdieu define el concepto de campo como un conjunto de relaciones de fuerza entre agentes o instituciones, en la lucha por formas específicas de dominio y monopolio de un tipo de capital eficiente en él (Gutiérrez, 1997). Este espacio se caracteriza por relaciones de alianza entre los miembros, en una búsqueda por obtener mayor beneficio e imponer como legítimo aquello que los define como grupo; así como por la confrontación de grupos y sujetos en la búsqueda por mejorar posiciones o excluir grupos. La posición depende del tipo, el volumen y la legitimidad del capital y del habitus que adquieren los sujetos a lo largo de su trayectoria, y de la manera que varía con el tiempo" (Sanchez Dromundo, 2007).

agencia de estas mujeres logra negociar, ceder, imponerse, construir fama y respeto, mostrar u ocultar sus estrategias generizadas en pos de garantizarse sus propias oportunidades, tomar sus decisiones y constituirse en un eslabón más dentro de las formas que adopta el capitalismo desde abajo y los márgenes.

Capítulo 1: "La que quiere salir, sale".

El siguiente capítulo busca reconstruir los inicios de las experiencias de estas mujeres en la calle a partir de indagar sobre los contextos en que han tomado cada una sus decisiones. Por este motivo, reconstruiré aspectos relacionados a los lugares y familias donde se han criado, las instituciones que han aparecido a lo largo de sus vidas, los hechos que han desencadenado la calle como posibilidad vital y la construcción de la misma como campo legítimo en el que desarrollar sus vidas.

"Entrás como querés"

> *"Mi mamá está re loca. Por momentos está todo bien y de repente, me echa de la casa, después me llama. La última vez estábamos tomando mate y de pronto me miró y me dijo a vos no te puedo ni ver, no te quiero ver… me lo dijo con un odio… y me echó de la casa. Con mis hermanos no es así. Yo jamás le toqué nada y siempre el fantasma que se lleva todo soy yo. Cuando era chica, iba al colegio y mis hermanos iban de punta en blanco, y a mí me mandaba con unas zapatillas 37, yo tenía un piecito así (me muestra con las manos), parecía un payaso, y no tenía mochila, llevaba las cosas en una bolsa, los chicos se reían de mí. ¿Cómo podía mandarme así? Todos me burlaban… Mi hermana consumía también, pero dejó. Se fue a vivir lejos. Mi otro hermano es antitodo, vive más lejos. Lo llamé y a los días vino para acá, se dio cuenta que estaba mal sin que le dijera nada. Me dijo que saliera de eso, que soy fuerte… Mi papá también está muy enfermo, me dijo por qué no me pego un tiro. Quiero salir de esto… Estoy parando en la casa del papá de mi hijo… Mi hijo vive ahí, no vive conmigo. Prefiero que esté en un ambiente sano. Pero me quiero ir porque no entiende que no soy su mujer, quiere que haga lo que él quiere. El ambiente es lo que me mata. ¿Qué pensás? ¿Te parece que estoy loca?" (Lara, 21 años).*

Lara vino por primera vez a la salita al poco tiempo de mi llegada al barrio, tenía 21 años y había tenido a su primer hijo a los 14 años. Hace diez meses, cuando se enteró que su mamá también fumaba, había vuelto a consumir pasta base. Siempre había consumido

cocaína. Previamente, Lara había estado internada en una comunidad terapéutica, pero refería haberse ido enseguida por discusiones con el resto de las personas que se encontraban allí. También circulaba por distintas iglesias del barrio donde le indicaron que sus problemas eran *"espirituales"*, cosa que le generaba gran preocupación. La búsqueda por comprender el malestar que sentía consistía en transitar, en simultáneo, distintos espacios que pudieran alojarla de alguna manera y darle sentido a lo que sucedía.

En ese sentido, la salita era un lugar más. A diferencia del resto de los centros de salud de La Estrella este dispositivo, perteneciente también al sistema de salud público del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, se constituyó como una propuesta de abordaje territorial, intersectorial e interdisciplinario. Particularmente, se caracteriza por trabajar en el acompañamiento de personas en situación de extrema vulnerabilidad psicosocial, atravesadas frecuentemente por problemáticas de consumo y situación de calle.

Según el equipo profesional que allí se desempeñaba, las intervenciones -desde el modelo de reducción de riesgos y daños[31], la Ley Nacional de Salud Mental N° 26.657 y la ley N° 26.934 que establece el plan IACOP[32]- se orientan al re-anudamiento del lazo social y a la construcción de ciudadanía de quienes allí concurren, acompañando procesos que les permitan apropiarse progresivamente de sus derechos. El objetivo del equipo consistía en ser una puerta de entrada al sistema de salud y prevenir los riesgos y daños asociados al consumo de sustancias en el contexto de la calle.

Cabe destacar que a diferencia del resto de los centros de salud que se encuentran en el barrio, esta salita se había conformado de forma autogestiva por interés de un grupo de profesionales en trabajar con las personas en situación de calle en La Estrella. De esta forma, nunca contó con estructura burocrática, presupuesto ni recurso humano propio, lo cual ponía en riesgo su continuidad constantemente.

[31] Este enfoque sobre la problemática de consumo de sustancias trata sobre la implementación de medidas sociosanitarias, individuales o colectivas que pretenden disminuir los efectos negativos asociados al consumo de drogas. Es decir, intenta incidir sobre los riesgos físicos, psíquicos, sociales, económicos y simbólicos a los que potencialmente puede exponerse la persona que consume sustancias psicoactivas legales e ilegales. Esta perspectiva pone el énfasis en lo psicosocial y en la intervención comunitaria (Bogliano, 2021).

[32] Ambas leyes de los años 2010 y 2014 establecen los consumos problemáticos dentro del campo de las problemáticas de salud mental. Garantizan los derechos de personas con padecimientos de salud mental y adicciones regulando las alternativas de tratamiento, los profesionales idóneos y los dispositivos correspondientes. Sin embargo, en la actualidad no se ha logrado la plena implementación de ambas.

Desde mi incorporación como terapista ocupacional en el equipo hasta el año 2020, el dispositivo logró sostener una modalidad de atención con espacios comunitarios, grupales, atención individual, entrevistas de recepción interdisciplinarias, baños, duchas, ropería, espacios de desayuno y almuerzo. La propuesta consistía en poder permanecer y circular por el espacio sin una modalidad preestablecida, por el contrario, pudiendo hacerlo de acuerdo a las necesidades particulares de cada situación. Es decir, se ofrecía un lugar donde se puede permanecer, participar de los espacios y propuestas o simplemente descansar y tomar algo. Así mismo, se realizaban recorridas por las calles de La Estrella y visitas a diferentes instituciones cercanas.

En los encuentros compartidos muchas de las mujeres me brindaron parte de su historia, contándome de dónde venían, dónde se habían criado, cómo habían llegado al barrio, por qué decidieron permanecer allí y cómo lo hacían. De las 30 mujeres en situación de calle con las que conversé, solo tres se habían criado en La Estrella o habían vivido alguna vez allí durante su niñez o adolescencia. Cuatro provenían de otros barrios de la CABA próximos a La Estrella. Las veintitrés restantes, en su mayoría, habían migrado de barrios vulnerables de la Provincia de Buenos Aires, principalmente del oeste y sur de los dos primeros cordones del conurbano[33]. Aquellos territorios se caracterizan por contar con los índices de Hogares con Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), las tasas de maternidad adolescente y de mortalidad infantil más altas de los 24 partidos del Conurbano.

En su mayoría, habían migrado de sus lugares de origen, saliendo del hogar familiar, entre los 13 y 16 años. Sin embargo, su llegada a La Estrella había sido generalmente varios años después. En los inicios de sus trayectorias referían haberse instalado en las inmediaciones de centros de trasbordo más accesibles a sus zonas de origen, estaciones de tren o parques. Eran pocas las que iniciaban su trayectoria de calle en la Estrella.

Los estudios[34] realizados en niños, niñas, adolescentes y mujeres en situación de calle coinciden en que se trata de una población numéricamente inferior en comparación a la de los varones, quienes se encuentran de forma prevalente en dicha situación. Sin embargo, al igual que las mujeres de esta investigación, ellos provienen de los barrios más empobrecidos del conurbano bonaerense, viven en viviendas precarias, sufren la

[33] Una de ellas provenía de la provincia de Jujuy, habiendo migrado durante su juventud a Buenos Aires, para, luego de unos años, llegar a las calles de La Estrella.
[34] García Silva 2014; Gentile 2017; Tortosa, 2019; Boy, 2009; Silverira Sarmento y Pedroni, 2017.

carencia de servicios básicos y condiciones de hacinamiento. En la mayoría de los casos registrados por los autores, sobre todo cuando se trataba de varones, la llegada a la calle se producía a muy temprana edad, siendo aún niños, incluso infantes. Allí establecían y desarrollaban sus actividades callejeras en las zonas más céntricas de ciudades con mayor concentración de recursos. Las migraciones ocurrían principalmente desde las periferias al centro de la CABA, pero también registraban movimientos entre territorios desiguales dentro del propio conurbano.

Otro aspecto a destacar se relaciona con las familias de origen. Muchas de ellas se habían criado dentro de familias numerosas (de 4 o más hermanos) donde, en los contextos socioeconómicos mencionados, caracterizados por la pobreza y marginalidad, el acceso a algunos derechos durante los años previos al inicio de sus experiencias de calle no había sido nada sencillo. Así lo indicaba Azul:

> *"Mi papá tomaba y le pegaba a mi vieja, por eso prefería estar en la calle. Nosotros somos 12 hermanos. Ninguno teníamos partida de nacimiento. Después a ellos se la hicieron. Pero yo estaba viviendo en capital y no me la hicieron a mí. Nunca tuve documento y eso que estuve presa" (Azul, 30 años).*

García Silva (2014) y Gentile (2017) refieren en sus investigaciones que los niños, niñas y adolescentes en situación de calle, en la mayoría de los casos, provenían de familias numerosas. Al igual que lo relatado por muchas de las mujeres de esta tesis, estas familias contaban con grandes dificultades para desarrollar las funciones de cuidado y atención de un elevado número de miembros, en su mayoría chicos, con condiciones materiales adversas, escasos recursos y oferta insuficiente de servicios educativos y de cuidado para las infancias en los barrios pobres.

En este sentido, las mujeres con las que conversé, sobre todo en el caso de ser las hermanas mayores, referían haber desarrollado desde muy temprana edad, dentro de sus familias, el rol de cuidadoras de otros más pequeños mientras los adultos trabajaban. Así también, relataban haber desempeñado otras formas de trabajo infantil ante la necesidad de proveer parte de los bienes materiales básicos en sus hogares.

> *"Mi vieja es re fisura, siempre dije que no quería terminar como ella, por eso vine a internarme a la iglesia. Mi papá acaba de salir de estar preso, estuvo muchos años. Después de que cayó mi viejo, cayó mi vieja. Me quedé sola con mis*

hermanos. Yo soy la mayor, tenía 12. Soy como la mamá de ellos… durante un tiempo tiramos porque mi viejo había dejado plata, pero después, cuando la plata se terminó, algún vecino nos convidaba con mate cocido, otro nos lavaba la ropa. Solo tenía que llevar jabón a veces… empezamos a vender algunas cosas que teníamos y yo salí a trabajar a la calle. Mis hermanos se quedaban con la vecina…pero después nos separaron y nos llevaron a todos a hogares. Yo me escapé y tomé muchas malas decisiones. Hace tres años que no sé nada de ellos, me pone muy triste, quiero saber cómo están" (Violeta, 16 años).

"Somos 4 hermanos, 2 mellizas de 19, el de 24 y yo de 30. Crié a mis dos hermanas y a mis primos" (Rosa, 30 años).

En este punto cabe destacar que, si bien a temprana edad, la llegada de estas mujeres a la calle se produce a una edad mayor que en el caso de los varones en los estudios mencionados: como se mencionó anteriormente, entre los 13 y 16 años, más cercana al fin de la niñez y principios de la adolescencia. Este aspecto puede vincularse con lo que ellas mencionan aquí, al igual que lo hace Gentile (2017) y Gago (2017), en relación al desempeño de tareas de cuidado del hogar y de los más pequeños de la familia. Este rol social asignado clásicamente a las mujeres y, como vemos aquí, en particular a muchas de las niñas de las clases populares de Buenos Aires, permite comprender, según las autoras, la menor presencia de mujeres en situación de calle.

Históricamente, la función del cuidado de otros descansó en las mujeres, como parte de una labor doméstica y no remunerada. El cuidado es un componente central para el bienestar de la población, ya que nadie puede sobrevivir sin recibir los cuidados adecuados a lo largo de su vida. Sin embargo, aunque todos los necesitamos, no todos los proveemos con la misma intensidad ni dedicación. Esta asignación diferencial se basa en pautas culturales, es decir, las mujeres hemos sido socializadas desde pequeñas para esa tarea (Faur y Pereyra, 2018).

En la actualidad, el aumento de la autonomía y la participación en el mercado laboral de las mujeres ha generado la disminución de personas con disponibilidad para ofrecer cuidados, generando así una mayor demanda y sobrecarga en la economía de los cuidados que se resuelve de forma diferencial de acuerdo con la variable clase social. En este sentido, *"en contextos en los que las desigualdades sociales son críticas, los mercados*

laborales resultan insuficientes para la provisión de bienestar y las instituciones del estado muestran una mayor debilidad, allí el papel de las familias y de las organizaciones de la sociedad civil cobra mayor relevancia" (Faur y Pereyra, 2018, PP. 498)

El desempeño de obligaciones dentro del hogar otorga a las mujeres un lugar de reconocimiento social propio que, si bien es subalterno, resulta menos expulsivo, aún en situaciones de pobreza, hacinamiento, violencia y alta conflictividad. De esta forma, los roles sociales al interior de sus hogares constituyen una herramienta de integración social que permite retenerlas allí hasta una edad mayor, por medio de la naturalización de mecanismos de control y violencia.

Por otra parte, los relatos de las mujeres en situación de calle coinciden en la ausencia (o presencia que no contiene ni genera un cambio cualitativo) de instituciones estatales que logren garantizar los derechos de esas niñas. Si bien, la mayoría de ellas había asistido alguna vez a la escuela, a una salita u hospital, en sus narraciones estos espacios de integración social no tenían un lugar preponderante. En muchos de los relatos no eran mencionadas o aparecían de forma anecdótica. En otras ocasiones, cuando las instituciones eran traídas como parte de sus experiencias, aparecían, como el caso de Violeta, de forma disruptiva, amenazante, incluso traumática. Sin embargo, en la mayoría de los casos, las instituciones mencionadas cumplían con la condición de ser instituciones de encierro, institutos de menores, hospitales monovalentes, comunidades terapéuticas y cárceles.

> *"De chica estuve en un instituto, estaba internada, quise tirar a una compañera desde el primer piso, no sé bien por qué. Me empezaron a dar medicación, y la necesito" (Soledad, 28 años).*

García Silva (2014) refiere que casi todos los chicos que se encuentran en la calle han pasado por la institución escolar, incluso algunos regresan a ella por períodos. Así mismo describe como la mitad de los chicos tienen causas judiciales y han vivido en instituciones de albergue: hogares o comunidades terapéuticas. Incluso han estado en cárceles o institutos. En este sentido, podría decirse que las instituciones y lazos comunitarios territoriales han existido a lo largo de sus vidas, pero, como vemos en el caso de Soledad, Azul, Lara y Violeta, no como una instancia de integración social que pueda brindar

cuidados y garantizar derechos. Por el contrario, sus experiencias las construyen con un matiz punitivo, como forma de control, violencia y castigo en contextos de gran vulnerabilidad.

Los aspectos mencionados hasta aquí en las experiencias de estas mujeres, previas a la calle, coinciden con las relatadas en los estudios sobre este fenómeno[35]. De esta forma, podría señalar que, en las experiencias y recorridos de estas mujeres, las condiciones estructurales adversas en que desarrollan sus infancias y niñeces en sus familias de origen, el número elevado de miembros dentro de ellas, sumado al desempeño obligatorio de roles coincidentes con los estereotipos clásicos de género y las dificultades para acceder a derechos y necesidades básicas, constituyen el telón de fondo en que ellas, tal como refieren, *"deciden"* participar en algún momento del campo que ofrece la calle. Es decir, si bien aparecen con frecuencia en sus relatos las condiciones materiales en que desarrollaron sus infancias y adolescencias, no lo hacen de forma determinante, ni siquiera las mencionan como motivos a la hora de reconstruir las salidas de sus hogares.

Por otra parte, al igual que en la bibliografía mencionada en la introducción, a lo largo de las últimas décadas se observa una mayor presencia de las mujeres en situación de calle. Este fenómeno creciente da cuenta de una posible modificación cualitativa de los procesos de reproducción neoliberales que se acompaña de una profundización en la precarización de la vida para algunos sectores. En este sentido, la existencia de un neoliberalismo, como condición estructural y desde abajo, produce experiencias y condiciona la agencia de los sujetos de formas particulares de acuerdo a los territorios donde se ancla.

Este condicionamiento no cercena la agencia, solo crea determinadas posibilidades coherentes con las dimensiones estructurales en cuestión. De esta manera, y en el caso de las mujeres de la calle en particular, la clase social y el género otorgan características particulares al fenómeno. Así la estructura aparece como telón de fondo de la problemática, dando margen de acción a la agencia de estas mujeres, pero sin determinarla ni constituirse como el principal motivo para las salidas de sus hogares.

[35](García Silva 2014; Gentile 2017; Gentile 2008; Tortosa, 2019; Boy, 2010; Silverira Sarmento y Pedroni, 2017; Lucchini, 1993)

Los motivos que mencionan al hablar del inicio de sus experiencias en la calle son diversos. Sin embargo, las formas en que los reconstruyen generalmente son dos: como un evento puntual/detonante o como procesos desarrollados de forma progresiva durante un tiempo. La mayoría de las mujeres en situación de calle con las que conversé asociaba la llegada a la calle a una decisión abrupta e identificaba un detonante puntual. Si bien en sus experiencias aquel evento desencadenante parecía constituir una excepción, un hito, las características del evento y su jerarquización como detonante principal se repetía en gran parte de las historias. En general se trataba del abuso sexual por parte de un familiar varón adulto, haber sido echadas por su familia, principalmente sus madres y/o el fallecimiento de algún referente afectivo. Estos episodios se ubican al construir las propias trayectorias, como parte de una cronología lineal y marcan un antes y un después, un desencadenante de lo que siguió: la calle.

> *"Vengo mal. Hace un mes y medio que no duermo. Desde que me dejé de drogar. Tengo pesadillas. Siempre las mismas. A mí me violaron de los 4 a los 16 años. Mi abuelastro. Ahí quedé embarazada. Sueño con eso y no puedo dormir. Cuando era chica mis papás cayeron presos y nos quedamos con mi abuela y la pareja. Él me violaba a mí y a mi hermana. Cuando quedé embarazada me querían hacer abortar. Me metían pastillas en la comida. Entonces me escapé. Me fui a vivir a la calle, cerca del tren. Ahí conocí a los padrinos de mi hijo. Son tres. Cortábamos celulares y eso. Entre los tres me pagaron una habitación a mí y a mi hijo. Él les decía papá y los llamaba por la ventana. Ellos le decían que les dijera tíos. Después cayeron presos y volví a la calle. Mi hijo sigue teniendo relación con ellos. Se siguen viendo, hablan por teléfono. Le preguntan por mí y le dicen que nunca me deje sola…hace unos años mi hermano está preso por matar a mi abuelastro, por lo que me hizo. Lo secuestró y lo torturó hasta matarlo. Me dice que somos de la misma sangre que como no lo iba a hacer… Yo amo a mi hijo, pero lo veo y es la cara de él…" (Samantha, 36 años).*

En este sentido, la calle aparece como una resolución al conflicto, un escape de un contexto asfixiante. La decisión de *"ir a la calle", "escaparse" o ser "echadas"* aparece como una respuesta que marca un corte abrupto con el conflicto ante la fragilidad o ausencia de otras redes y/o estrategias que puedan contenerlas.

Este aspecto se repite en la bibliografía sobre el tema. Lucchini (1993) identifica en su investigación con niños en situación de calle la construcción en el relato de *"una separación brusca y de un acontecimiento único"* como responsable. El autor refiere que el motivo mencionado opera más como desencadenante de un proceso que como causa de una verdadera ruptura, y que para comprender este alejamiento progresivo deben tenerse en cuenta múltiples causantes. Si bien gran parte de los detonantes identificados se repiten en las investigaciones mencionadas hasta aquí, la relevancia que toman, sobre todo en función del género, es un aspecto clave.

En el caso de los varones con los que trabaja García Silva (2014), los motivos que manifiestan como detonantes de la decisión de ir a la calle se vinculan con la pobreza, la violencia sufrida hacia el interior de sus familias, la percepción de desamor o desinterés y el *"aburrimiento o gusto por la calle"*.

Gentile (2008) en un estudio sobre niños, niñas y adolescentes en situación de calle en un dispositivo dependiente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, observó los mismos motivos señalados por García Silva (2014). Sin embargo, identificó diferencias en los motivos mencionados en función del género. En el caso de las chicas, la violencia familiar era referida como detonante en el 49,9% de los casos, cobrando especial relevancia los casos de abuso sexual. La autora indica que este último motivo es prácticamente inexistente en el caso de los varones (1,7%).[36]

Por otro lado, de forma minoritaria, las mujeres en situación de calle referenciadas en esta etnografía hacían mención a un proceso desarrollado en el tiempo, iniciado desde muy jóvenes, caracterizado por periodos de permanencia en la calle cada vez mayores y de modo intermitente. Generalmente asociaban aquellos procesos al consumo de sustancias psicoactivas y la construcción de lazos y vínculos afectivos en la calle.

> *"Desde piba empecé a juntarme con la barra del club de mi barrio (dentro de la capital), cada vez iba menos a mi casa. Y a los 16 tuve a mi hijo" (María, 35 años).*

[36] Diversos estudios sobre personas en situación de calle plantean motivos como: rupturas o conflictos familiares, falta de recursos económicos, desempleo, desalojos, problemas habitacionales o de salud, consumo problemático de sustancias, migraciones, situaciones de abuso/maltrato, políticas asistencialistas, vulneración de derechos (Saizar, 2002; Biaggio, 2006; Rosa, 2010; Médicos del Mundo, 2010 en Tortosa, 2017).

"Empecé a estar más tiempo en la calle, consumía y dejaba a mi hija más grande con mi mamá. Cada vez me iba más tiempo. Vine a comprar acá y me colgué. Ahora mi mamá no me deja ver a mis hijos. Quiero recuperarlos" (Soledad, 28 años).

"Estuve 4 años presa. Salí y empecé a laburar con mi cuñado que es transa, tenía que controlar a los que vendían y que me den la plata. Esto me pasa por escupir al aire. Yo veía a los demás que estaban re fisuras y ahora estoy yo así. En la semana me hago la anti. Pero el finde vengo para acá y me cuelgo… Quiero pertenecer" (Flavia, 24 años).

"De chica siempre me iba (de mi casa), me chupaba todo un huevo, no tenía marido, hijos. Estuve 6 años en situación de calle, acá en la villa. Pero esa vez fue por la droga, me gustaba la droga… Después me junté y me fui" (Rosa, 30 años).

En los testimonios no se mencionan la pobreza, el hambre o la falta de recursos entre sus motivos, tampoco la percepción de indiferencia o desamor. Por el contrario, motivos como las situaciones de violencia de las que eran víctimas o el gusto por la calle, *"querer estar, pertenecer"*, eran descritos con frecuencia.

En este sentido, los motivos que asocian con la llegada a la calle pueden, en parte, negar e invisibilizar aquellas condiciones materiales de vida en las que se inscribe y a las que hemos hecho referencia anteriormente. Sin embargo, la prevalencia en los relatos de situaciones de abuso sexual infantil y violencia por cuestiones de género no es un dato menor, por el contrario, otorga un matiz particular al fenómeno cuando se trata de mujeres.

Así, al relatar sus experiencias previas a llegar a La Estrella, la historia de cada una de las mujeres presenta entre ellas similitudes, incluso parecen repetirse. Sin duda la llegada a la calle se configura la mayoría de las veces como opción para huir de determinadas situaciones vinculadas principalmente con la dimensión de género:

"Cuando quise denunciar a mi padrastro porque me violaba mi mamá me echó. Tenía 13 años" (Lucrecia, 24 años).

"Mi mamá me pegaba y me hacía trabajar. Me escapé a los 14 porque quería irme con mi papá, pero no podía vivir con él. Y me fui a vivir a la calle. Me hicieron de

todo, me cagaron a palos, me violaron y me dejaron pensando que estaba muerta. Ahí nació mi hija más grande. Mis hijos viven con mi mamá" (Calu, 27 años).

A su vez, en sus relatos muchos inicios de los abusos de los que habían sido víctimas eran ubicados a partir del fallecimiento o ausencia de algún referente familiar o afectivo.

"Cuando era chica vivía con mi abuela y mi tío, mi mamá me había dejado. Después de que se me murió mi abuela mi tío me empezó a hacer de todo. Me fui a vivir a la calle, en la plaza" (Camila, 20 años).

"Desde los 13 años vivo en la calle. Vivía con mi mamá de calle que se murió. Mi mamá se murió cuando yo era muy chica y me quedé viviendo con mis tíos. Me pegaban, me violaban. Me escapé" (Sol, 25 años).

Lo mencionado anteriormente coincide con un estudio realizado por Tortosa (2019) con mujeres en situación de calle. Según la autora, en los relatos de las mujeres entrevistadas que habían atravesado situaciones de violencia en el ámbito doméstico, la calle aparecía como una respuesta posible, en ocasiones, la única opción posible.

En este sentido, el género aparece como dimensión jerarquizada con respecto a otras. Para estas mujeres, el hecho de serlo ha marcado sus experiencias dentro del ámbito doméstico, formando parte de los motivos principales a la hora de *"decidir"* ir a la calle. Según Segato (2018) la violencia de género es la incubadora de todas las otras formas de violencia. Así mismo, el modo en que es aprendida y reproducida después, marca un recorrido común que traza sobre la familia, la casa, el hogar. En el campo doméstico es donde primero se vive la pedagogía opresiva y violenta que luego se replica en otras escalas.

Por otro lado, iniciar la experiencia en calle no significa la participación exclusiva en ese espacio vital o el abandono de los otros espacios vitales. Pausar o modificar las formas en que participan en cada espacio, incluso en la calle, es siempre una opción posible en sus experiencias. A continuación, abordaré aquellos motivos que refieren en los momentos donde *"deciden"* salir de la calle, *"rescatarse".*

Rescatarse: "Salís si vos podés"

> *Celeste y su hermana, Gabriela, llegaron por la mañana a la salita. Si bien no era la primera vez que estaban en las calles de La Estrella, esta vez hacía muchos días que no dormían y habían tenido una pelea con un tranza del barrio quien las acusaba de haber robado un celular. Habían sido golpeadas, tenían miedo de volver a la calle y habían perdido todas sus pertenencias. Como Celeste no podía mantenerse despierta, Gabriela emprendió la tarea de gestionar el retorno a la casa donde vivían ambas junto a su mamá y hermanos. Contactó a su familia por el teléfono de la salita y rogó que pudieran pagarle el remís una vez que llegaran allá. Ante la respuesta negativa de su madre, quien no contaba con el dinero, comenzaron a contactar a distintas personas, amigos y conocidos que pudieran llevarlas o brindarles alojamiento por esa noche. Finalmente, un amigo que vivía allí y que las vió cuando pasaba por la puerta del dispositivo pudo ayudarlas, recibirlas esa noche y, al día siguiente cuando ambas se sintieran mejor, darles dinero para que pudieran volver a su casa.*

Al historizar sobre sus experiencias, los recorridos que cada una de las mujeres ha ido estableciendo en la calle, procesos complejos, dinámicos e intermitentes, da cuenta de que se trata de una población siempre en movimiento. El *"rescate"* en este sentido, implica una serie de saberes y prácticas heterogéneas que permiten regular/disminuir los momentos de participación en el campo de la calle y, por ende, los riesgos que implica permanecer allí[37]. Aquellos momentos que se constituyen como salidas, *"rescates"* de la calle se vinculan con diferentes situaciones. Por un lado, los conflictos, peleas en el barrio, *"mandarse algún bardo"*, pueden significar momentos donde es necesario *"guardarse"* aunque sea un tiempo. En muchas ocasiones significa retornar al hogar de sus familias de origen, a la de algún amigo o acceder a un alquiler. En otras oportunidades, *"rescatarse"* implicaba ingresar, no necesariamente por decisión propia, en instituciones tales como cárceles, hospitales, comunidades terapéuticas y parroquiales.

[37] Según Epele (2010) el rescate implica prácticas orientadas a regular o disminuir el consumo. En este sentido, es posible transpolar la categoría nativa de rescate a los riesgos propios del campo de la calle y el uso que hacen las mujeres del término cuando *"deciden"* irse de allí.

> *Una mañana Nora llegó a la salita muy angustiada, llorando y con las manos lastimadas. Le habían prendido fuego el auto donde dormía estando ella en su interior. Hacía dos días que estaba sola porque su pareja estaba preso. Intentando salir del auto se había quemado ambas manos, además de haber perdido todas sus pertenencias. Decía tener mucha bronca y sentirse mal porque él había pasado el cumpleaños en la cárcel. Luego de que la curaran llamó a su mamá por teléfono y acordó quedarse un tiempo en su casa. Luego de unas semanas volvimos a encontrarnos en el playón, su lugar de trabajo. Me contó que después de haber ido a lo de su mamá, pudo continuar trabajando allí y empezar a alquilar en las cercanías. Se sentía bien, sólo fumaba marihuana. Sin embargo, días más tarde se quedó dormida en la calle y le robaron $8000 en mercadería, evento que desencadenó su internación en una comunidad terapéutica perteneciente a la parroquia de La Estrella: "me tuve que ir. Me dijeron que si me encontraban me iban a pegar un tiro en la pierna o en la cabeza. Y mejor no, así que me fui a la parroquia. Estoy bien ahí" (Nora, 33 años).*

En ocasiones, la salida de la calle se relacionaba con la construcción de un proyecto de deseo. Deseo de *"estar mejor o hacer un tratamiento"*, formar una familia, tener un hijo, vincularse o recuperar los ya tenidos. Todos aquellos deseos motorizaban estrategias que disminuían o evitaban la permanencia en la calle y las alejaban de las prácticas propias de ese campo social.

> *Después de más de un año de no verla por La Estrella, Aye vino a la salita a saludarnos. Se la veía más gordita, con el pelo largo. Se acercó con un chico que nos presentó como su marido y el hijo de ambos de dos meses de edad. Nos abrazamos. Nos contó que ya no venía para La Estrella, que estaban viviendo en provincia con la familia de él. Durante la despedida refirió: "Y viste que un hijo te acomoda la cabeza".*

En coincidencia con lo anterior, Gentile (2017) vincula el egreso de la calle a lo que refiere como *"pasajes de estatus etarios"*. La autora identifica un pasaje pendular entre condiciones juveniles (una normativa, otra callejera), y otro pasaje vertical, como transición entre la juventud y la entrada a la adultez. A su vez, identifica la existencia de un *"egreso deseable, comprendido como producto del esfuerzo personal y moral de rescatarse: conseguir un buen trabajo, acceder a una vivienda, conformar una familia,*

como condiciones de posibilidad de llevar una vida menos expuesta a riesgos". Y otro egreso *"a través de la interrupción forzada relacionada con acontecimientos no deseables e incluso temidos, pero reconocidos a su vez como altamente probables: la caída en prisión o la muerte"*. Sin embargo, las desigualdades que se perpetúan, las dificultades en el acceso a soportes institucionales y/o materiales y como refieren las mujeres de esta etnografía, aquello que la calle les ofrece y no logran obtener en otros espacios, dan lugar a procesos alternantes y reversibles, que no garantizan protecciones ni cambios permanentes de estatus.

En este sentido, en contextos de extrema vulnerabilidad y pobreza estructural, la calle se configura como un espacio de integración posible entre otros, como un campo legítimo, un espacio donde construir posibilidades que no consiguen en otros lugares. Sin embargo, se trata de un espacio más que puede convivir en simultáneo con otros.

Calle y familia ¿Asuntos separados?:

Sus familias de origen en tanto espacio de integración aparecen una y otra vez. Tanto como lugar del que han huido, como lugar al que vuelven con intermitencia. Sus familias configuran vínculos significativos y a la vez conflictivos, atravesados por el dolor y el afecto. Sin embargo, se trata de vínculos que sostienen a lo largo del tiempo con distintas estrategias.

Durante mi inserción en el campo diversos aspectos en relación a estos vínculos han llamado mi atención. Lejos de aquello que pensé inicialmente, en base también a la bibliografía existente[38], las personas en situación de calle, particularmente las mujeres, no se encontraban desancladas de sus redes familiares, no estaban solas en el mundo.

[38] Castel (1995) se refiere a la población en situación de calle como personas que se encuentran en zona de desafiliación. Aquello implica un doble desenganche: ausencia de trabajo y aislamiento relacional. Según el autor, se trata de un sujeto desvinculado de todo soporte relacional, no reconocido por nadie y por ello rechazado en todos lados. En consecuencia, caen sobre él medidas represivas crueles. El autor ubica la vulnerabilidad social como una zona intermedia que combina la precariedad laboral con los soportes sociales frágiles. Estos procesos de exclusión social se encuentran ligados también a sufrimientos mentales (Galende, 2008). Diversos autores sostienen en la figura de la persona en situación de calle la ausencia de vínculos, refieren que se trata de una población en movimiento y asocial (Boy, 2009)

A diferencia de los varones quienes mantenían vínculos esporádicos y distantes con sus familias, ellas se encontraban al tanto de todo lo que sucedía en sus hogares. Ellas destinaban prácticas de cuidado para con sus familias, al mismo tiempo que eran objeto de prácticas de cuidado por parte de madres, padres, hermanos, primos, parejas, familias políticas, etc.

Generalmente se trataba de los hogares y personas con quienes habían vivido previo al inicio de su experiencia en calle. Los contactos que establecen con sus familias eran frecuentes, tanto por Facebook, otras redes sociales, por teléfono e incluso por medio de otras personas. Se comunicaban con sus familias, les contaban cómo estaban y preguntaban por ellos, pero, sobre todo, por sus hijos. Intentaban, a diferencia de los varones, estar al tanto del mundo doméstico. Sabían qué sucedía con sus hijos y familiares, qué necesitaban, qué problemáticas se sucedían en aquel espacio diferente al de la calle, pero en vínculo constante.

En los casos donde sus hijos e hijas permanecían con sus familiares, la gran mayoría de estas mujeres mantenían vínculos con ellos. Incluso, y a diferencia de los varones de la calle, con frecuencia les llevaban dinero, bienes materiales, ropa, comida, pañales, hacían revisar los carnets de vacunación de sus hijos por que algún profesional de la salita, se endeudan para brindar a sus familias alguna ayuda económica, etc.

A pesar de la conflictividad que relataban al construir el inicio de la experiencia de calle como sinónimo de huida de esos hogares, con frecuencia salir de la calle implicaba la vuelta a estos mismos lugares que en algún momento habían resultado insoportables. De esta forma la mayoría de las mujeres establecían dinámicas que combinaban la calle, con el hogar familiar, instituciones, hospitales, hogares parroquiales, paradores, cárceles, etc. Así retornaban al campo doméstico para *"guardarse" / "rescatarse"*, salir de la calle, cuidar hijos, padres, madres, hermanos.

En decir, a diferencia de los varones, además de introducirse en el campo de la calle, generalmente, a edades más tardías, en su mayoría, ellas mantenían contacto y volvían con frecuencia a sus hogares de origen.

En un estudio realizado por Biaggio (2007) en varones adultos en situación de calle esta intermitencia y vínculo cercano con sus familias se ve con mucha menos frecuencia, reduciéndose incluso a un contacto anual. Así mismo, autores como Lucchini (1993) y

Gentile (2008) confirman la existencia de una mayor *"atracción"* por parte del hogar familiar para las niñas y adolescentes mujeres. Esto se manifiesta tanto en las salidas más tardías del hogar y en el sostenimiento de un vínculo más asiduo con su familia del que mantienen los varones cuando se encuentran en situación de calle.

Por otro lado, la dinámica que establecen entre ambos espacios da cuenta de la porosidad y convivencia entre ellos, como parte de un mapa de posibilidades mucho mayor dentro de sus procesos vitales. Cuando están en la calle llaman o se contactan con sus familias. Cuando están con sus familias se comunican por redes sociales con quienes han compartido la calle, incluso con el equipo de salud. Sucede también que vuelvan a comprar sustancias psicoactivas, o visitar a otros y otras que están en calle, a consumir, *"irse de gira"* unos días y volver a sus casas.

> *Una tarde mientras estaba en un centro de salud del barrio dentro de un consultorio, escucho una conversación en tono elevado en el pasillo. Salgo y veo a Azul que lloraba y pateaba el piso mientras una médica la miraba con cara de confusión y temor. Azul era bajita, tenía flequillo y pelo rapado a los costados, decía balbuceando que le dolía la lengua, la sacaba y señalaba con su mano. Quería que le dieran algo para el dolor. Cuando me vio, me señaló y comenzó a gritar "ella, ella". Me acerqué y acordamos entre las tres que me quedara en la consulta mientras la médica la revisaba. La médica ingresó a uno de los consultorios, Azul fue detrás de ella y de modo imperativo me dijo "vení". Entró y se sentó en la camilla. Seguía llorando. La médica refirió que necesitaba algunos insumos, que los buscaría y volvería pronto. Aproveché para conversar un poco con ella ya que hacía mucho tiempo no la veía: "Estoy viviendo en lo de mi hermana en Quilmes. Más de tres días no me cuelgo acá. Vine ayer a comprar, saludar a las pibas y me vuelvo… Mis tres hijos están con el papá. Cuando me cuelgo mucho mi hermana me avisa que ellos me quieren ver, que me extrañan… me parte el alma. Prefiero que estén en un lugar sano".*
>
> *En ese momento recordé que al mediodía había llamado a la salita alguien preguntando por ella, dijo ser su primo. Le conté y le dije, segura de haber hecho lo correcto, "viste que nosotros no damos información, así que quédate tranquila que no le dijimos nada. Lo que sí, nos dejó su teléfono por si querés llamarlo".*

Azul me miró. Me di cuenta que se había enojado. Resopló y golpeó la camilla con la mano: "¿Por qué no le dijeron que fui? Lo hacen preocuparse. Dame el número que lo voy a llamar después."

En ese sentido, los lazos familiares, socioafectivos, las redes de referencia con las que cuentan, si bien no logran retenerlas en el campo doméstico, están presentes y juegan un rol fundamental durante sus experiencias en la calle, incluso a la hora de *"rescatarse"*:

"Mi familia me dice que vuelva, que hace frío. Va a venir a buscarme mi hermana" (Celeste, 27 años).

"Mi hermano me viene a buscar siempre. Unos días antes de navidad, unos días antes de mi cumpleaños, y me voy a su casa a estar con él y mi hija" (Sol, 25 años).

"(Después de usar el teléfono de la salita para hablar con su mamá) Ayer a mi hijo de 3 años se le cayó la tele encima, no sé cómo está, están en el hospital con el papá. No tienen para comer. Me voy. Tengo que conseguir plata y a la noche me voy para allá. No sé qué voy a hacer, voy a tener que parar algún auto" (Tamara, 28 años).

"Hace un tiempo que no estaba por acá porque estaba con mi familia. Mi mamá se murió hace unos años y mi papá está enfermo, es grande, ¿viste? Me quedé con él a cuidarlo. Ahora vine, pero después me vuelvo. Me necesita" (Rochi, 33 años).

Al igual que en las investigaciones realizadas en población de niños, niñas y adolescentes en situación de calle, en la mayoría de los casos, salvo algunas excepciones, mantienen contacto frecuente con sus hogares e incluso vuelven de forma intermitente a ellos (García Silva, 2014; Gentile, 2017). El caso de las mujeres, jóvenes y adultas, en situación de calle de esta investigación, no es la excepción. La mayoría no solo mantiene un vínculo fluido con su familia de origen, sino que son convocadas para retornar a su hogar con el fin de cumplir con el rol que las familias esperan de ellas por el hecho de ser consideradas mujeres. Es decir, son convocadas desde los roles clásicos asociados a las mujeres, tanto para ejercer tareas de cuidado como para ser destinatarias del cuidado. Así, al igual que en el caso de los menores, alternan periodos de permanencia en su casa o en alguna casa y periodos en la calle.

La calle como campo:

En varias oportunidades habíamos intercambiado saludos con Camila. Sin embargo, nuestro primer encuentro fue en un consultorio cuando "su bestia", modo en el que nombraba a su pareja, le había lastimado una muñeca tras una discusión en la calle, donde otras personas intervinieron para quitárselo de encima. Camila tenía 20 años, hacía ocho años que estaba en la calle, los últimos tres en La Estrella. Se había criado en un barrio al sur del conurbano bonaerense, pero decía ya no ser de ahí. Cuando tenía un mes su mamá la había abandonado, quedando al cuidado de su abuela quien la crió. Sin embargo, cuando Camila tenía doce años su abuela falleció y su tío, con quien convivía también, comenzó a abusar de ella quien "era una nena, no sabía ni lo que era un cigarrillo, no entendía nada". Ante las amenazas de su mamá por internarla ya que "le gustaba andar con tipos grandes" decide ir a "vivir a la calle" donde comienza a dormir en distintas plazas de los barrios del sur porteño. En ese tiempo, teniendo 13 años, conoce a su pareja, un hombre 15 años mayor que ella, y se mudan juntos a donde él vivía, en un asentamiento del sur de la ciudad. Durante los cuatro años que duró la relación, él la mantuvo encerrada en la casa trabajando, haciendo bolsas de cartón. Ella trabajaba para que él "pudiera comprarse para fumar así no era tan agresivo…prefería que fumara así no se la agarraba conmigo". Sin embargo, durante esos años Camila relata una serie de situaciones calificables de tortura: golpes con fierros, violaciones por parte de él y sus amigos, dos partos en una cama sin ningún tipo de asistencia: "todavía me duele el cuerpo, me desgarré toda". En ambas situaciones sus hijos nacieron muertos.

Un día, cuando él la mandó a comprar, ella se "colgó" fumando y no volvió nunca más. Luego de un año viviendo nuevamente en la calle, Camila conoce al papá de su última hija y "se rescata". Mientras mantuvieron el proyecto de formar una familia y el proceso de embarazo Camila refiere "andar bien". Sin embargo, a los pocos meses del nacimiento, su hija muere. Eso la "destruye", finalizando la relación con su pareja y retornando nuevamente a la calle, pero esta vez en La Estrella.

> *Luego de una serie de desencuentros y nuevos episodios de violencia con "su bestia", Camila logra hacer una denuncia y resguardarse un tiempo en la casa donde vivía su mamá, junto a sus hermanos. Tiempo después su mamá nos comentó que se encontraba internada en una comunidad terapéutica. Meses más tarde, volvimos a encontrarnos en La Estrella. Actualmente combina sus días entre la casa familiar, la calle y el parador, mientras espera su futuro hijo: "el hombre de su vida".*

Además del sufrimiento y la violencia con que transcurren sus vidas, la historia de Camila, al igual que la de muchas otras, da cuenta de las complejas dinámicas que logran establecer. La casa de algún familiar, amigo/amiga, las comunidades terapéuticas y hogares, los paradores, son los lugares a los que acuden de forma intermitente con la calle. Así, los motivos que mencionábamos a la hora de iniciar las experiencias de calle no indican una ruptura total, en la mayoría de los casos se constituyen sólo como el inicio de un proceso más complejo caracterizado por idas y vueltas. La salida del hogar familiar a la calle es parte de un circuito más complejo donde se combina la participación en diferentes campos y espacios sociales de integración como característica principal de las experiencias que relatan estas mujeres.

Este aspecto también se repite en estudios latinoamericanos realizados en mujeres, niños, niñas y adolescentes en situación de calle. Según refieren los autores se trata de la existencia de un proceso con sucesivas alternancias entre la calle y la casa, caracterizado en ocasiones, por el aumento de la duración de la permanencia en calle a medida que pasa el tiempo, asociado a la consolidación de relaciones, aptitudes y recursos para desenvolverse en el entorno callejero (Lucchini, 1993; García Silva 2014; Gentile 2017; Tortosa, 2019; Silverira Sarmento y Pedroni, 2017).

A lo largo de sus vidas, la calle se convierte en una opción válida dentro del mapa de heterogéneos espacios vitales por los que transitan. Es así como ante diversos sucesos o situaciones, la calle se presenta siempre como posibilidad, y se configura como un campo social más en el que participar.

Los motivos a los que hacían alusión cuando recurrían nuevamente a la calle se relacionaba con el fallecimiento de algún referente afectivo, conflictos familiares y discusiones, violencia por parte de sus parejas, luego de estar privadas de su libertad o en

una comunidad terapéutica, incluso cuando volvían a La Estrella buscando a alguien o para consumir, venían a comprar y "se colgaban".

"Hace 5 años estoy en la calle. Después de que se murió mi papá estaba muy triste y un día me fui y no volví. Estaba viviendo en Provincia, alquilaba y trabajaba. Dejé todo y me fui. Y a mis hijos no los veo, pero hablo por Facebook. Están con el papá y la abuela" (Muna, 36 años).

"Me fui cuando mi nene más chico tenía unos meses. Sé que están bien (sus hijos), el papá se rescató...me contó mi hermana…Estaba acá en la calle con Brian, él me mataba a palos peor." (Ana, 27años)

Sin embargo, sea por conflictos vinculares, situaciones donde ven amenazadas sus vidas, prácticas de consumo, *"giras"* o el *"gusto"* por la calle, se constituyen siempre como parte del entramado de sus experiencias, como un espacio vital más.

"Cuando mi hija más grande tenía 3 años me enteré que el papá de mi nene más chico abusaba de ella. Fui a buscar ayuda en la justicia, pero no conseguí nada. Un día estaba upa mío y me dijo que le dolía la pochola. Se me borró el casete. Pensé que lo había matado. Cuando le conté a mi mamá lo que había hecho me dijo que me vaya, que la policía podía buscarme. Dejé a mi hija con ella y me fui con Santino que tenía 1 año y medio. Me fui a la calle. A los 8 días llamé y como no había pasado nada, él estaba bien, volví a mi casa. Pero cuando llegué mi mamá había dado en adopción a mi hija. Eso no hace una abuela, ¿Cómo podés ser tan hija de puta? Y me volví a ir con Santino (Celeste, 27 años)".

"De pendeja estuve en la calle. Ahora estoy desde Marcos, vine por problemas de pareja, por una separación. Él salió de la cárcel y vino a vivir acá, vine a buscarlo. Y me colgué. No vine por la droga. Pero ahora estoy en situación de calle y fumando pipa. ¿Qué? ¿No sabés? (con ironía)" (Rosa, 30 años).

Así, las dinámicas que establecen estas mujeres dan cuenta de su participación en simultáneo en varios campos sociales. A lo largo de sus vidas combinan y recurren de forma intermitente y de acuerdo a la situación, a los diferentes espacios con los que cuentan.

El espacio social, según Bourdieu está constituido por un conjunto de campos. Estos campos son microcosmos sociales relativamente autónomos, aunque articulados entre sí, con sus propias instituciones, reglas específicas y capitales que dan legitimidad, prestigio y autoridad a quienes participan allí (Chazarreta, 2009). Sin embargo, la obtención de estos capitales por parte de los sujetos con agencia conlleva relaciones entre ellos, conflictos, luchas y puja de intereses. En ese sentido, la calle es un campo donde ellas se muestran en tanto agentes en interrelación y disputa por la obtención de capitales que les permitan construir sus propias oportunidades allí.

Por otra parte, estas mujeres dan cuenta de un gran despliegue de situaciones de violencias de género y estructurales, que, por los motivos y circunstancias vistos hasta aquí, desbordan los espacios clásicos de integración, lazos territoriales y socioafectivas. De esta forma, cada campo pareciera funcionar por momentos como refugio del otro, claro que, con algún nivel de conflictividad, ya sea por las expectativas no cumplidas de algunos roles esperados, demandas familiares, riesgos vividos en la calle, nivel de sufrimiento que expresan, etc.

Entonces, es posible advertir que la calle se configura como un espacio en los márgenes donde las redes se amplían, pero sin perder las anteriores. Allí establecen vínculos, dinámicas, se presentan riesgos, pero también nuevas posibilidades, se construyen sentidos, que complejizan la trama social cotidiana en que desarrollan sus vidas. Las mujeres con las que compartí largas conversaciones relataban haber optado por la calle muchas veces a lo largo de sus vidas, como un lugar al que siempre se puede volver.

En este sentido, las transformaciones estructurales, el desempleo, la inestabilidad, precariedad laboral y la desigualdad que afectaron a las clases populares en las últimas décadas tanto, en la Argentina como a nivel regional, dieron lugar a una desigual distribución de los recursos materiales, institucionales y de propiedad. Estas transformaciones propias de la fase actual del capitalismo también impactaron en los espacios tradicionales de integración[39] de las clases populares, generando las condiciones para que las formas de integración callejeras tengan una mayor centralidad en los cursos de vida de las nuevas generaciones en los márgenes sociourbanos (Gentile, 2008; García

[39] Es posible afirmar que el conjunto de las formas clásicas de integración social no logra contenerlos.

Silva, 2014; Boy,2010; Bachiller, 2010; Borges da Silva, 2017; Di Iorio, 2016; Kesler,2014; Tortosa, 2020).

Sin embargo, el neoliberalismo no solo impacta a nivel macroestructural. Ortner (2016) refiere que los procesos propios del capitalismo tardío generan sujetos posmodernos desorientados en tiempo, desconectados de los procesos históricos, y en espacio, deslocalizados. Las nuevas condiciones de existencia se resumen a "nada a largo plazo", por eso los espacios de integración clásicos que formaban parte de la identidad del individuo y estructuraban sus subjetividades se encuentran desplazados, ramificándose en otros espacios de integración, como es la calle en esta investigación.

La calle, en tanto espacio de integración que brinda oportunidades simbólicas y materiales, nos permite evidenciar el modo en que las dimensiones estructurales y sociales, el capitalismo y el género, se materializan en las experiencias de estas mujeres, en tanto expresiones de su agencia y de la construcción de un neoliberalismo marginal. Tanto las dimensiones estructurales como las experiencias se afectan de forma dinámica, imprimiendo lo estructural su huella en la agencia y al revés, construyendo márgenes de acción flexibles y pasibles de ser modificados.

A continuación, abordaremos aquello que ofrece este campo, en particular en La Estrella, aquellos capitales y las estrategias que forman parte del juego dentro de un campo que no cuenta con límites precisos.

El gusto por la calle

> En *una de esas caminatas, mientras nos dirigíamos a una oficina estatal, le pregunté a Azul por qué había elegido La Estrella. Ella me contó que inicialmente no conocía el barrio, que siempre había parado cerca de la estación de tren que la llevaba al hogar familiar donde se crió en provincia, pero que había venido a la ciudad porque "hay más oportunidades, podía salir con el carro". "Hacer guita" en la ciudad era más fácil que en otros lugares. A su vez, me contó que de a poco empezó a meterse cada vez más en La Estrella, a pesar de las sugerencias de compañeros de calle que le aconsejaban no hacerlo. Sin embargo, el barrio la*

"llamaba", quería entrar igual. De ese entonces pasaron 15 años, ya la conocen todos en la calle y camina por todos lados. Se levanta la remera y me muestra la panza mientras repite "nunca ni una puñalada ni un tiro. No me meto con nadie, sé cómo manejarme. Yo hablo con respeto como te hablo a vos". Azul me mostraba que la calle y La Estrella particularmente, tenían algo que ofrecerle, "la llamaba", le permitían ser alguien, tener fama, que la conozcan y respeten.

Además de estructurar y otorgar sentidos alternativos a las trayectorias vitales, la calle brinda la posibilidad de encontrar los recursos materiales y simbólicos necesarios para garantizar la reproducción cotidiana de la vida (Gentile, 2017; García Silva, 2014; Di Iorio, 2016).

En ese sentido, tanto Nora como Mila relataban las grandes dificultades que tenían para acceder en sus casas a determinados bienes de consumo y el modo en que la calle ofrecía una respuesta:

"Cuando necesito algo y no lo tengo, voy a la calle y lo consigo" (Nora, 33 años).

"Cuando tenía 17 ya estaba re podrida, ni una toallita le podía pedir a mi vieja que ya me miraba con cara de orto. Un día ya no podía más, dije yo no vuelvo más a la escuela, todos me burlaban por las cosas que tenía. Y un pibe me dijo: ya fue, vamos a la calle, vamos a robar un supermercado así tenés tu plata y no dependés de nadie. Y fui. Me salió mal porque me agarraron. Después de ahí cada tanto caía" (Mila, 35 años).

La calle se construye de esta manera como un campo, un espacio de integración donde se disputan relaciones de poder, donde se ponen en juego capitales, materiales y simbólicos, se establecen códigos y reglas propias: dinámicas y situacionales. El *"saber manejarse"*, con quién estar, dónde parar, qué estrategias construir e implementar, cómo *"hacerse la fama"*, era frecuente en los relatos.

A su vez, permanecer allí y "*saber manejarse"* implicaba la existencia de cierto reconocimiento o sentido de pertenencia propio del campo de la calle en particular. Flavia recordaba que cuando comenzó a pasar más tiempo en la calle, después de haber estado presa y a raíz de su trabajo en la economía informal, veía con gran sorpresa que cada playón/esquina era *"un grupo social distinto… y yo quería estar ahí, pertenecer"*. Pero para eso era necesario desarrollar determinadas prácticas que le permitieran adquirir

cierto reconocimiento, *"el mejor es el que más roba o apuñala"*. Tanto Azul como Flavia, entre otras, hacían referencia a la necesidad de tener cierto capital simbólico reconocido y valorado por los demás, para lo cual era fundamental el conocimiento y manejo de prácticas propias del campo.

Sin embargo, ambas mostraban algo más, la calle no era un destino obligado ante la falta de otras opciones. Para ellas, como para muchas otras, aparecía como una decisión posible, desafiando aquellas perspectivas que las posicionan en lugar de víctimas estructurales sentenciadas a la calle, al no lugar[40].

Así se abre una hendija por donde mirar ese otro mundo, un campo del que participan y se apropian, productor de sentidos y subjetividades. Un destino que estas mujeres *"eligen"* y donde circula parte del deseo personal como expresaba Sandra:

> *"A mí me gusta la calle. Viene mi hermana y me dice vos no cambias más, pero esta es la vida que yo elegí, me gusta esta vida, estar acá con los crotos. Me voy a lo de mi hija y me quedo, pero después empiezo a sentir como algo en la cabeza, no sé, como que me agobio y me quiero ir, extraño a mis crotos. Si vos preguntás por mí, todos me conocen."*

En su análisis García Silva (2014) hace hincapié en la relación entre las condiciones de integración y las de producción de sentido que da la experiencia en calle, el sentido que otorga. Allí retoma a Geertz quien sostiene que los sujetos son seres simbólicos, que necesitan y buscan dar sentido a la existencia. Toda aproximación a los límites de la significación produce angustia y ansiedad en ellos. También retoma los aportes de Berger y Luckmann, y refiere que el conjunto de las instituciones, espacios clásicos de integración social, cumplen la función de dar sentido a las acciones particulares y regular toda la conducta de vida. Ante la crisis de las instituciones actuales, el autor señala la salida del hogar de los chicos en situación de calle como la manifestación de una necesidad y una búsqueda de sentido.

Sin negar las condiciones de extrema marginalidad y vulnerabilidad, la mayoría expresan que *"la que quiere sale",* o como decía Nora: "mis *propias decisiones me llevaron a la calle, quería estar en la calle, quería fumar… era como un ciclo que tenía que pasar,*

[40] Bauman, 1999.

hacerme dura". Incluso cuando no había dónde ir, a quién o a qué redes recurrir, y las calles de La Estrella parecían arenas movedizas desde mi perspectiva, estas mujeres se mostraban como hacedoras de sus destinos y posibilidades.

Las investigaciones mencionadas en esta etnografía que abordan el fenómeno plantean que en la experiencia de quienes se deciden a atravesar la calle intervienen tanto condiciones objetivas como disposiciones subjetivas entramadas entre sí. De esta manera, si bien las condiciones estructurales se vinculan con las experiencias simbólicas y los sentidos que construyen, a la hora de explicar el fenómeno, los autores disienten en la relevancia que adquiere uno u otro aspecto. Es decir, donde unos ven la fuerza de las estructuras expulsando a la población a las calles, otros ven la fuerza de la agencia de quienes deciden irse.

Así, algunas explicaciones se centran en los factores objetivos que determinan el inicio de la trayectoria en calle, denunciando las condiciones materiales y sociales como origen de la expulsión de sus hogares: *"la desintegración social, el desempleo, la pobreza, la desestructuración familiar y la violencia, esta última como un efecto que se deriva de todo lo anterior"* (Grima y Le Fur, 1999, Prtaesi, 1999 en García Silva, 2014). Sin embargo, es necesario tener en cuenta que no todas las personas que se encuentran en condiciones similares optan por la calle, por lo tanto, si bien puede aumentar el riesgo a que se construya como opción posible, en el caso de estas mujeres, se presenta como una más dentro de un abanico más amplio.

En este sentido, desde la teoría de la práctica, Ortner (2016) plantea que las condiciones estructurales actuales, construyen subjetividades particulares que, mediante sus prácticas, reproducen y/o transforman la misma estructura que los ha producido, siempre dentro del entramado de las múltiples relaciones. Destaca también, que ninguna de las variables es preponderante por sobre la otra, sino que hay una relación dinámica, potente, y a veces transformadora, entre las prácticas de las personas reales y las estructuras de la sociedad, la cultura y la historia (Ortner, 2016). Según la autora, es necesario recuperar la importancia de la subjetividad[41], es decir, la concepción del sujeto como un ser existencialmente complejo que siente piensa y reflexiona, que da y busca sentido. Desde

[41] "Conjunto de modos de percepción, afecto, pensamiento, deseo y temor que animan a los sujetos actuantes. Pero también me refiero a las formaciones culturales y sociales que dan forma, organizan y generan esos modos de afecto, pensamiento, etcétera" (Ortner, 2016, pp. 127).

este marco teórico *"ni los individuos ni las fuerzas sociales tienen preponderancia, sino que hay una relación dinámica, potente, y a veces transformadora, entre las prácticas de las personas reales y las estructuras de la sociedad, la cultura y la historia"* (Ortner, 2016, pp.155). Retomar aquellas subjetividades que intervienen en el fenómeno, sin perder de vista las circunstancias, nos permite rescatar el protagonismo de la población y su capacidad de agencia, recuperando los sentidos que atribuyen a sus acciones.

La subjetividad se presenta, entonces, como la base de la agencia, un elemento necesario para entender cómo las personas actúan en el mundo incluso cuando son el objeto de esas acciones. La agencia adopta la forma de deseos e intenciones específicos dentro de una matriz de subjetividad, de sentimientos, pensamientos y significados, construidos de acuerdo a las condiciones estructurales en que se desarrollan. La idea de agencia presupone una subjetividad compleja en la que el sujeto internaliza en parte y reflexiona en parte sobre una serie de circunstancias en las que se encuentra y contra las que reacciona. La agencia como elemento constitutivo de la estructura, es la capacidad de los sujetos de alterar las cosas (Ortner, 2016).

Tal como expresaban Nora y Sandra entre otras, ellas se *"hacen cargo"* de sí mismas y sus decisiones. Lejos de sentirse víctimas de la desigualdad, se muestran como agentes generadoras de su destino. Las experiencias relatadas por estas mujeres dan cuenta de que, ante las situaciones de sufrimiento, violencias, angustia y aburrimiento, ellas se animan a tomar decisiones iniciando recorridos diversos dentro de un nuevo campo social que les permite construir sentidos y redes. Lejos de querer romantizar la calle y las experiencias vividas en ella, permanecer allí implica grandes riesgos que conllevan un amplio abanico de sufrimientos y malestares, con un costo subjetivo muy alto.

Sin embargo, las experiencias a lo largo de este capítulo dan cuenta por un lado de las características estructurales propias del neoliberalismo actual y por el otro, de las subjetividades performadas producto y productoras de esas condiciones estructurales en que desarrollan sus vidas. Aquellas subjetividades propias del ethos neoliberal, adaptadas a las lógicas de mercado, preparadas para la competencia, la libre elección, la maximización del propio interés y el autogobierno (Medina-Vincent, 2016).

La calle y las experiencias de estas mujeres dan cuenta de historias compartidas, sufrimientos y riesgos en común. Sin embargo, también manifiestan el deseo y el gusto

por la calle. Un espacio de oportunidades con su propia racionalidad, donde desplegar prácticas determinadas e identidades particulares con su propia fama, donde por momentos, y como veremos más adelante, las condiciones estructurales se ponen en juego, se dejan ver o se esconden.

La historia de Lara, la primera de este apartado, puede ser el inicio de la experiencia en calle de muchas de ellas. Experiencias siempre en movimiento y en búsqueda. La búsqueda de redes que puedan contenerlas, alojarlas. La búsqueda por dar sentido o alguna explicación al sufrimiento. La búsqueda por ser alguien, ser respetada, que te conozcan, la búsqueda de posibilidades. Las calles y las configuraciones que se hacen de ellas son parte de esa búsqueda. En un mundo donde las posibilidades no son iguales para todos, donde la desigualdad es la característica macroeconómica por excelencia, estas mujeres en movimiento refieren crear sus propias posibilidades.

Las mujeres de la calle nos muestran puntos de continuidad en sus experiencias. La gran mayoría de ellas ha transitado sus infancias y adolescencias en el marco de grandes cambios socioeconómicos debido a la implementación de políticas neoliberales en la región. En nuestro país, los procesos neoliberales y sus fuertes crisis han generado el debilitamiento de los espacios clásicos de integración, que perdieron su capacidad de contener y construir sentidos para gran parte de la población.

En las experiencias y recorridos de estas mujeres, previo al inicio de su participación en el campo de la calle, la mayoría se había criado en lugares con altos índices de pobreza, dentro de familias con un elevado número de integrantes, con dificultades para acceder a derechos y necesidades básicas.

Por otra parte, el género también es un aspecto relevante que otorga un matiz particular al momento de hablar sobre este fenómeno. El desempeño obligado en sus familias de origen de los roles tradicionalmente asignados a las mujeres, la edad tardía - en relación a los varones en situación de calle - en que se van de allí, y los motivos por los que deciden iniciar sus experiencias en la calle, se vinculan, sobre todo, con esta dimensión. En este sentido, cabe destacar que, en su mayoría, referían haber realizado tareas de cuidado y domésticas desde muy temprana edad.

A su vez, las violencias sufridas al interior de sus familias de origen y su identificación como detonante de la expulsión a la calle, también se repetía como parte de las experiencias generizadas.

Sus experiencias previas al inicio de su participación en el campo de la calle se encuentran signadas por ambos condicionantes estructurales. Sin embargo, a lo largo del capítulo los datos etnográficos logran dar cuenta que, a pesar de las condiciones adversas, deciden y se garantizan a sí mismas las oportunidades que no obtienen en otros espacios de integración. Es decir, en sus experiencias, las dimensiones estructurales aparecen como el telón de fondo en el que ellas toman sus decisiones, sin considerarse víctimas de aquella estructura.

De esta manera, la calle se constituye como un espacio de posibilidad, como respuesta a las necesidades y padecimientos, como un campo que brinda oportunidades. Sin embargo, a lo largo del capítulo las mujeres dan cuenta de la convivencia en simultáneo de distintos campos, con límites porosos entre ellos. Así, los vínculos, las redes y estrategias van de uno a otro, generando la ilusión de que la calle no es un espacio de excepción, por el contrario, se construye como un espacio más, posible y legítimo, incluso para las mujeres. Los cambios, la simultaneidad y/o intermitencia de la participación de estas mujeres en los distintos campos en que desarrollan sus vidas, se ve marcada por diversas situaciones, conflictos y negociaciones en torno a la necesidad de rescatarse o no de acuerdo a las circunstancias.

Según Epele (2010) el rescate implica estrategias informales para regular y/o detener el consumo intensivo de drogas. En el caso de las mujeres de esta tesis, el *"rescatarse"* no siempre hace referencia a las prácticas de consumo, pero sí hace referencia a disminuir la participación en el campo de la calle. Las prácticas de consumo como veremos más adelante no son exclusivas de este campo, pero sí lo son los riesgos que viven allí, los cuales pueden, en ocasiones, ser exacerbados por las prácticas de consumo de sustancias psicoactivas.

El recorrido etnográfico hasta aquí da cuenta de aspectos que se reiteran en cada una de sus narrativas y las amalgaman como parte de una historia común. Es aquí donde el neoliberalismo y el género, en tanto dimensiones estructurales, se materializan de forma particular en un contexto de extrema vulnerabilidad como es la calle en La Estrella.

En este caso en particular, la subjetividad y la agencia de estas mujeres se reconstruye en las experiencias que relatan dando cuenta de las formas de autogobierno propias de aquel ethos. Así, las decisiones *"buenas"* o *"malas"* y el *"hacerse cargo de ellas"*, invisibiliza la dimensión estructural en que son tomadas. Podemos hablar entonces de una agencia

socialmente condicionada que, a su vez, reproduce y potencialmente transforma, en su afán por sobrevivir (pragmática vitalista), aquellas condiciones que la han generado.

A continuación, abordaremos, como parte de la subjetividad y agencia de estas mujeres, las estrategias que desarrollan en este campo y la puesta en juego de una racionalidad caracterizada por el uso del cálculo como matriz de pensamiento.

Capítulo 2: "La calle te llama"

Como hemos visto en el capítulo anterior, la calle se presenta para estas mujeres como un campo del que pueden participar mientras participan también, de forma simultánea, en otros. Sin embargo, como veremos a continuación, la calle cuenta con sus propias reglas de juego y ofrece capitales particulares, atravesados por la matriz neoliberal de pensamiento.

Si bien las mujeres logran generar estrategias y negociar en el marco de las lógicas planteadas, el género cobra un rol particular. Sus experiencias en la calle dan cuenta de una serie de riesgos y sufrimientos en sintonía con las formas de violencias generizadas.

Saber manejarse:

Una mañana, durante una recorrida por la Estrella, llegué al auto donde dormían de forma intermitente algunas personas. Era viejo y tenía algunos de sus vidrios rotos. Sobre el auto, cubriendo el techo, ventanas y parabrisas, había una serie de lonas, sábanas y acolchados sostenidos por piedras. Golpeé las manos, saludé y esperé a ver quién salía. Al igual que en otros autos donde dormían algunas de las mujeres, faltaban asientos y otras partes de su interior, quedando prácticamente el chasis y pocas autopartes más. En este caso, en su interior había un colchón y una montaña de ropa, paquetes de galletitas, botellas de plástico, bandejas plásticas sucias y pan. Al ver a Chuky me sorprendí, hacía mucho tiempo no la veía. Ella me explicó que andaba por "otros lados", pero había vuelto y recuperado el auto "…éstas me lo usan para coger (refiriéndose a otras mujeres de la calle)". Chuky corre las lonas como si fueran una cortina, sale del auto y me saluda con un beso. Es muy bajita y flaca, pero con un cuerpo fibroso y ágil. La veo despeinada y con cara de dormida. Me disculpo por haberla despertado. Entre sonrisas me dice: "Todo bien. Pero no me digas Chuky que sale la Chuky, eh… y mejor que no. Decime Rosa… Quiero ir a ver a Lucrecia, me dijo que te pregunte a vos porque está en el hospital. Ella es mi hermana de la calle, me enseñó todo…".

Desde el inicio de mi trabajo de campo, comprendí que no era lo mismo ser mujer y estar en la calle. Más allá de los heterogéneos sentidos y construcciones posibles sobre lo que significa ser mujer, era evidente para mí que las experiencias, prácticas y riesgos en las calles no eran iguales para varones y mujeres. Sin embargo, cuando charlaba sobre esta cuestión con Azul o Celeste, entre otras, disentían con mi apreciación y consideraban que era lo mismo si eras varón o mujer, lo importante en la calle era otra cosa: *"saber manejarse"*, saber qué hacer, cuándo y con quién.

Como decía Javi: *"ser de la calle es saber manejarse en la calle, saber cómo hablar. Cómo hablar con un transa y que no te duerman, que no te caguen a palos… miedo tenés siempre, nunca estás tranquilo".* Sin embargo, a diferencia de lo que referían gran parte de mis interlocutoras, para él ser mujer en la calle sí era distinto, tenían otros recursos de los cuales "aprovecharse".

En este sentido, Rosa aportaba una pista a la hora de pensar en esos otros recursos. Al igual que otras personas, ella hacía referencia a la existencia de una identidad particular, la identidad de calle, o como algunas y algunos nombraban: *"la identidad secreta"*[42]. Sin embargo, en el caso de las mujeres *"la identidad secreta"* cobraba un matiz distinto.

> *"Yo tengo como dos personalidades, la Negri y Beatriz. A veces sale una y a veces la otra. Cuando empecé a vender mis cosas, que ya no llegaba a pagar el alquiler, que me chupaba, ahí apareció la Negri. La Negri apareció en la calle… En la calle soy otra, me trasformo. ¿Viste que todos tenemos una parte masculina y otra femenina? Bueno, la Negri es más masculina. La odio a la Negri, a veces siento que quiere salir y me tengo que ir porque no quiero bardear".*

La calle como campo en el que se permanece, de forma intermitente o permanente, plantea la posibilidad de desarrollar otro modo de estar en el mundo. Ya sea como estrategia adaptativa, como forma de preservarse ante los riesgos del día a día, como forma de diferenciación o cuidado de aquel mundo *"más anti"* que se desarrolla cuando están en *"otros lados"* por fuera de la calle, este campo permite ir construyendo para ellas una *"identidad secreta"* generizada.

[42] Este aspecto también era mencionado por varones en situación de calle. Sin embargo, no será abordado ya que excede el objetivo de esta tesis.

Mediante prácticas, valores, saberes y experiencias, acordes a la caracterización de la calle como un lugar por excelencia masculino, algunas de las mujeres logran desarrollar una *"identidad secreta"* como un recurso con el que cuentan dentro de este campo. Así mismo, aquella identidad es la expresión de subjetividades flexibles con múltiples aspectos que se ponen en juego de acuerdo a la situación. Es decir, como expresaba Beatriz había algo de esas prácticas del campo que correspondían a cierta performance masculina o femenina puesta en juego de acuerdo a la ocasión.

La *"identidad secreta"* y la que no lo es despliegan formas de ser y estar. La heterogeneidad de esas formas se expresa en las prácticas cotidianas desarrolladas por las mujeres en este campo. Allí se disputan intereses, valores y capitales que reproducen la lógica neoliberal, al mismo tiempo que performan las subjetividades que contienen aquellas identidades.

En este sentido, como refiere Gago (2014), el neoliberalismo ha logrado inocular una racionalidad, no sólo abstracta ni macropolítica, sino puesta en juego por las subjetividades y las prácticas de la vida cotidiana. Según la autora, este sería específicamente el modo de reproducción del neoliberalismo desde abajo.

Rosa también daba cuenta de otro aspecto, la construcción de estas identidades ocurría en el marco de intercambios con otras y otros. En ese sentido la participación junto a otras personas, quienes *"enseñan el saber manejarse"* en la calle, expresa, por un lado, su sentido relacional y, por el otro, la relevancia de las redes, vínculos y solidaridades que se establecen. Así, las mujeres manifiestan un saber de calle basado en esas experiencias que han aprendido tanto por experimentación propia como por experiencias narradas por otras personas, aplicando en su cotidiano el *"saber manejarse"*, en tanto saber cómo reaccionar ante situaciones.

En este sentido, la experiencia de las mujeres me permitía asomarme al complejo universo de vínculos establecidos en la calle. Vínculos entre mujeres y varones que también se encontraban en calle, vecinos y vecinas de la Estrella y agentes estatales. Estos lazos establecidos permitían acceder a los medios necesarios para garantizar la reproducción de la vida, tanto en términos materiales como simbólicos.

Fama y respeto:

Al tiempo de conocer a Alberto en la salita, me presentó a Flor, su mamá. Inicialmente, pensé que se trataba de un vínculo de consanguinidad. Sin embargo, tiempo después Alberto me explicó de qué manera aquel vínculo había iniciado:

> *"Flor es mi mamá desde el 2003…2013, no me acuerdo, pero era pendejo y nuevo en la calle. Me levanté y ¡No, mal ahí! (se mira los pies). Me habían robado las zapatillas. Y ella me enseñó todo lo de la calle. Y te tenés que plantar, es así. Y si alguien se mete con ella, yo me tengo que meter… Por ejemplo, si viene una mina ahora y te bardea a vos, yo no da, miro, pelea de conchas. Pero si vienen dos o tres, ahí me meto, cachetazo y golpe en la nuca. Es mano a mano, pero si viene un guacho lo rompo todo, en la calle es así, a las piñas…Sos re moco vos. Ojalá hubieses sido mi amiguita de la calle. Andaríamos juntos, comeríamos juntos, pasaríamos frío…Mi mamá de calle y el marido son re pesados: ¡qué vení con nosotros, que veni! ¡Saliii! (hace que pega una patada al aire como echándolos)"*

En la calle se establecían vínculos de parentesco y amistad, muchas veces efímeros y de corta duración, otras veces prolongados en el tiempo. Algunos de estos vínculos establecidos en la calle se circunscribían solo a aquel espacio, sin embargo, muchos lo trascendían y continuaban en los otros espacios donde desarrollaban sus vidas.

En ocasiones, estos vínculos garantizan la supervivencia en la calle, compartiendo recursos materiales y simbólicos. Permitían el acceso a elementos de uso cotidiano, lugar para dormir, ducha, baño e incluso trabajo. Brindaban acompañamiento a las salitas del barrio, a la casa de algún familiar, o en alguna situación considerada de riesgo, incluso asistiendo en el alquiler de una habitación ante determinadas circunstancias como el embarazo.

La calle y las redes que se establecen aparecen como un territorio de afectos, donde otras personas devienen significativas para ellas y les brindan contención emocional. Estos vínculos brindan, de forma ocasional, cuidado y protección, al mismo tiempo que pueden establecer obligaciones en relación a retribuir de alguna forma lo recibido.

Sin embargo, al tratarse de vínculos ambiguos, dinámicos y situacionales, constantemente se generaban tensiones, riesgos y conflictos:

Luego de un tiempo de no encontrarla en la calle, Dani aparece una mañana en la puerta de la salita. Ella y Flavia estaban apoyadas sobre la cortina metálica a medio levantar, lo cual indicaba la inminente apertura institucional y el inicio del desayuno. Las dos sonrientes, se notaba que hacía horas estaban juntas. Hablaban y se reían, mientras pasaban de mano en mano una botella de plástico con un líquido naranja. Me acerqué a saludarlas y les pregunté por lo que estaban tomando. Comienzan a reír cómplices y Flavia responde "jugo, sin mi juguito no puedo arrancar". La persiana comienza a elevarse y Dani, que para ese entonces estaba en cuclillas, me extendió la mano, la agarré y la ayudé a incorporarse. Flavia acomodó la botella en la orilla de la puerta, en el límite entre la calle y el interior de la salita. Entramos las tres.

Me acerqué a donde se encontraba Mel y preparamos los elementos para el desayuno. Entre las dos transportamos las cosas a la mesa: saquitos de mate cocido, té, vasos de telgopor, termo con agua caliente, un plato con galletitas y azúcar. Mel las saluda y ambas responden a la vez mientras terminan de acomodarse. Se sientan una frente a la otra, Flavia mira de reojo la botella que permanece en ese pequeño espacio visible desde el interior, frontera con la calle. Comienzan a hablar de la noche anterior, sus palabras se me hacen difíciles de entender, siento que hablan como en código para que no comprenda del todo, por momentos son murmullos. Cuando me acerco con las últimas cosas a la mesa y me siento en una silla vacía, Dani que estaba a mi lado, toma con sus manos un colgante que tiene en el cuello, me lo muestra y me pregunta si sé lo que es. Le respondo que parece una estrella. Se para y hace poses de perfil con las manos en la cintura mientras ríe, "es una estrella como yo. Me la regaló un chico, yo estaba parada y él vino y me lo ató desde atrás, me dijo que quería que la tenga yo". Aproveché el buen clima para preguntarle a Flavia por Celeste, a quien no veía hacía unas semanas, a lo cual respondió: "no la quiero ni ver, porque cada vez que estoy con ella termino tomando de todo, que toma caramelito de acá y otro caramelito[43]. La vez pasada estaba re mal y yo no la voy a dejar tirada porque cuando yo estaba mal ella se quedó conmigo. Así que le dije a mi pareja que se

[43] Haciendo referencia al consumo de psicofármacos

fuera si quería, porque había uno que se la quería meter, pero que yo la iba a acompañar y la llevé a la casa. Después no me dejaba irme".

En ese momento aparece Lucrecia en la puerta, amaga con entrar, las ve y sigue caminando. Dani empieza a caminar rápido y sale por la puerta mientras grita "eee vení puta de mierda". Me quedé helada. Flavia seguía comiendo sin decir una palabra. Al instante Dani vuelve a entrar, le pregunto sobre lo que pasó y responde "le quiero romper la cabeza por zorra, se hace la buenita, casi me matan por su culpa. Después pregunta por qué todos se la agarran con ella. Ay todos con ella (imitándola de forma burlona)". Flavia sonríe sin levantar la mirada del vaso lleno de líquido.

Terminan de desayunar y Dani pregunta si hay alguien en la ducha. Mel indica que no y le comenta que no hay más shampoo, que se terminó. Flavia toma su mochila, la abre y saca de adentro un envase, le ofrece a Dani: "¿Querés shampoo? Tomá". Dani lo agarra y entra al baño. Flavia me mira mientras dice "Es feo ser amarreta (la mira a Mel, a quien habitualmente muchas de las mujeres tildan de esa forma) ...yo lo que tengo te lo doy, te comparto shampoo o ropa. Siempre le ofrezco al resto. Estamos todos en la calle, estamos en la misma. Yo si rescato algo de la basura, yo lo doy, pero me tiene que dar algo a cambio después".

A los pocos minutos entra otra chica. Alguna vez la había visto por la calle, sin embargo, nunca conversamos. Lleva un buzo fucsia con capucha en la mano. Se apoya sobre el mostrador y antes de que pudiera decir algo Flavia ya está a su lado. La mira, se aproxima y le dice con un tono serio y amenazante: "¿qué haces con ese buzo? Se hacen los vivos, es mío". La otra chica no la mira, baja la mirada, apoya el buzo en el mostrador, se lo da y le indica que lo encontró en la calle. Flavia grita que se lo dejó a Celeste, que ya la va a agarrar. La chica pide agua y sale. Flavia muy enojada continúa repitiendo: "te rastrillan, te sacan todo, si no te plantas, si no curtís la del barrio no te respetan. Acá adentro se hacen los buenitos, después te rastrillan, quieren que les des, yo me rompo el culo ¿qué te voy a dar si no tengo necesidad?"

Luego de que ambas se bañaran y se fueran de la salita, Mel se acercó molesta con lo que había sucedido durante el desayuno "Nadie les explicó que acá no pueden

comportarse así. Si no sos distante se aprovechan. Son terribles, se agarran a las piñas. Les pegan a los varones también".

Los vínculos construidos se establecen en el marco de un estado de alerta constante donde, de acuerdo a la situación y en consonancia a las subjetividades e identidades desarrolladas en el campo, se van estableciendo distintas prioridades: la obtención y mantenimiento de los recursos materiales, el uso de la "fama", "plantarse" como forma de estatus simbólico para obtener el respeto de los demás. El ser considerada *"gila"*, no reaccionar ante una provocación, no imponer respeto por medio del ejercicio de la violencia, puede poner en peligro todo lo anterior.

A su vez, existen una serie de códigos en relación a poder aceptar aquello que es ofrecido como forma de generar lazos de solidaridad y el desafío que implica pedir o tomar algo en la ausencia de aquel lazo preexistente. En ese sentido, el otro puede convertirse y mutar rápidamente de compañero a amenaza, donde, acorde al ethos neoliberal, las demás personas (incluso uno mismo) siempre se encuentran bajo la sospecha de querer *"aprovecharse"* de la situación.

Lo efímero de los vínculos puede traslucir en el enunciado *"En la calle parás sola"*, repetido una y otra vez por mis interlocutoras durante los relatos de los conflictos y peleas. Algunas pocas veces presencié estos episodios intentando intervenir ante la sensación de que difícilmente terminarían. En esas ocasiones me quedaba con una sensación de angustia, impactada por lo visto, con temblores, dolor de cabeza y el cuerpo tenso.

A los pocos días, la encuentro a Flavia sentada en una esquina sola. Tiene un corte en el brazo y varios puntos de sutura, parece reciente. Automáticamente a mi saludo responde "No estoy trabajando, solamente estoy tomando algo". Le pregunto si no es peligroso estar sola en una esquina y responde "para mí, para vos, para todos. Pero yo tengo gente adentro (del barrio), familia. Si me pasa algo se la van a ver con ellos. Todos me conocen acá". Me siento a su lado y me muestra el corte del brazo y un dedo que tenía lastimado y comienza a relatarme lo sucedido "Me lo hizo una piba porque yo estaba con un flaco. Con mi hermana de calle que siempre anda por acá, estábamos acá cuando salimos del hogar y justo pasó la piba que me cortó, ella no puede venir para este lado... Y le dimos (hace mímica de golpear con el puño), le dimos la cabeza con el cordón, pero no le hicimos nada…

a mí me gustaría que esté todo bien con la piba, que quede la cosa ahí. Si voy a hablar me va a tomar de gila, así que yo no le voy a hacer nada, pero si me vuelve a hacer algo, la mato".

Los vínculos establecidos con otras personas, sobre todo cuando existen conflictos, exponen a las mujeres de la calle a grandes riesgos que incluso pueden llevar a la muerte. Así mismo, estos vínculos configuran las zonas de La Estrella por las que pueden transitar o no, aunque sea de forma temporal.

De esta forma, los intercambios materiales y simbólicos, la *"fama"* y el *"respeto"* establecido por medio de la lógica de aguante aparecen como medios estructuradores de los vínculos entre personas de la calle.

Por otro lado, la *"fama"* pareciera tener una mayor relevancia a la hora de pensar en los vínculos que se establecen con vecinos, empleadores y agentes estatales. Celeste lo enunciaba de la siguiente manera:

"A mí me conocen todos acá. Por ejemplo, si querés denunciarme por robo van a pedir pruebas porque todos me conocen a mí. No me prostituyo ni robo… me costó, pero me hice querer… Por ejemplo, ahí vive (señala la casa) un señor que te deja bañarte. Cuando andas unos días por acá te dicen. Vos le pedís y él te deja. No te pide nada a cambie eh…El auto donde duermo ahora me lo dieron. Acá se maneja así, te tienen que dar permiso… él ya es el segundo auto que me da. A mí me quieren todos acá. Me hice querer. Me costó un montón porque la gente no confía. Ahora me cambio todos los días, me dan buena ropa y perfumes… no le dan a cualquiera. Es lo mismo si sos varón o mujer, están cansados porque les dan y después les chorean. Pero bueno, hace 6 años que estoy acá. El lugar donde estaba antes era peor… y acá te tenés que hacer la fama. Tenés que hacer las cosas bien. Acá muchas pibas hacen cualquier cosa por unos mangos. Por $50, $100 andan con casados. Y así te hacés la fama y listo. Además, destruís una familia… ellos pierden su familia. Además, si anduvo con una de estas te puede contagiar cualquier cosa. No lo perdonan".

La construcción de la *fama*, entendida como estatus social y simbólico, se trata de un proceso en el que se desarrollan una serie de prácticas a lo largo del tiempo con el fin de diferenciarse de los sentidos adjudicados a las personas de la calle en general, y a las

mujeres de la calle en particular. De esta forma, *"haciéndose la fama"* logran ser consideradas merecedoras de comida, ropa, trabajo, un lugar donde dormir, usar el baño, etc. La *"fama"* que construyen permite garantizar la supervivencia allí mediante la categorización de las mujeres en *"buenas"* y *"malas"*. Por su parte, el respeto, como en el caso de Flavia, aparece asociado a aquellas prácticas masculinas de ejercicio de la violencia con el objetivo de imponerse ante otros.

Por su parte, Marpsat (1999) indica la existencia de una *simpatía* suscitada por las mujeres, especialmente cuando ellas actúan acorde a los modelos de comportamiento ligados a los roles tradicionales de género. Señala que aquellas mujeres, niñas y adolescentes que han roto con el mandato social de permanecer en la casa como única trayectoria posible, obtienen mayor asistencia si se presentan como débiles, vulnerables, dependientes, más frágiles y emotivas.

Sin embargo, muchas de las estrategias para afrontar los riesgos implican la transformación del *habitus doméstico* transmitido en el proceso de socialización en tanto mujer. Es decir, *"para lograr sobrevivir en la calle, es necesario desarrollar capacidades, comportamientos, aptitudes corporales y saberes prácticos, más acordes a lo considerado (y aprehendido) socialmente como masculino"* (Gentile, 2008, p. 15).

A su vez, aquellas rupturas con los modelos socialmente aceptados de *identidad femenina* generan un doble rechazo social: son las *otras* de las mujeres de los barrios pobres, adoptando un mundo masculino y en él incorporan estrategias femeninas para enfrentar este doble rechazo (Camarotti y Romo-Avilés 2015; Diez, 2020).

Sin embargo, Gentile (2008) muestra que más allá de la ruptura con los modelos de roles sexuales vigentes, de acuerdo a la situación y necesidad de obtención de recursos, se ponen en juego las capacidades y habilidades aprehendidas en el ámbito del hogar, en el momento de su primera socialización. Las niñas y adolescentes mujeres obtienen mayores recursos al desarrollar actividades que impliquen una prolongación de su inserción en el hogar, o bien, como se dijo anteriormente cuando movilizan ante otros las ideas de fragilidad y vulnerabilidad, características asociadas socialmente a lo femenino. En otras palabras, las mujeres quedan conducidas a un doble juego de necesidades contradictorias. Así, de acuerdo a la ocasión, deben disimular su feminidad, y al mismo tiempo, ponerla

en evidencia, como estrategias a la hora de garantizarse la reproducción cotidiana de la vida en la calle.

Siguiendo este razonamiento, sus experiencias y las prácticas que desarrollan en uno y otro sentido se combinan, modifican y ensamblan de acuerdo a la situación, configurando pragmáticas vitalistas coherentes con aquel ethos neoliberal. De esta forma, la capacidad para garantizar la supervivencia en este campo requiere de la construcción de por lo menos dos posibles identidades, una secreta y otra que no, que logren dar cuenta de aquel saber-hacer flexible, que se adecúa a las situaciones por medio del cálculo. Así sus prácticas buscan mostrar u ocultar diferentes aspectos asociados a los estereotipos clásicos de género (Camarotti, 2015), combinando el uso de aquella dimensión desde la lógica del cálculo neoliberal que performa subjetividades en contextos de extrema marginalidad.

Es decir, las subjetividades, identidades, prácticas y sentidos de fama y respeto son expresión de aquel ethos neoliberal que exige la flexibilización, el uso u ocultamiento de determinados aspectos, dando cuenta así de una pragmática vitalista, entendida como forma de existir en el mundo, forma de crear experiencias que no las dejen morir ni resignarse a lo que toca, basadas en el cálculo y el oportunismo. Así, las mujeres de la calle aparecen como individuos atomizados, oportunistas respecto a la contingencia y cínicas para poder sobrevivir y prosperar.

En este sentido, la pragmática vitalista se vuelve fundamental a la hora de pensar el neoliberalismo marginal. Constituye la capacidad de construir, conquistar, liberar y defender el espacio, de calcular permanentemente las oportunidades. Reconocer esta vitalidad permite dejar de ver solo víctimas y como en el caso de las protagonistas de esta tesis, jerarquizar su voz y sus experiencias a la hora de crear sus propios destinos. Esto no expulsa la violencia de las relaciones sociales ni romantiza sus transacciones, pero tampoco las unilateraliza (Gago, 2014).

Como venimos mencionando, la pragmática vitalista para sobrevivir en este campo se traduce al armado de estrategias individuales basadas principalmente, en los lazos e intercambios que establecen con otros y otras: *amiguitos de calle, familia, ñeris, maridos,* vecinos, empleadores y agentes del estado. Aquellas redes les brindan los conocimientos necesarios en relación al *"saber manejarse"* y la posibilidad de construir una identidad

de calle, desplegando la propia *"fama"* y/o haciéndose respetar. Beatriz lo expresaba al hablar sobre La Negri, su otra identidad:

> *"yo a La Negri le debo mucho, le agradezco. La Negri me cuidó de que no me mataran, no me violaran, en la calle te quieren sacar todo lo que tenés. La Negri me cuidaba. Y a veces había gendarmes que me conocían y me decían larga eso, deja de fumar y dormí que yo te miro".*

La identidad, los vínculos establecidos con pares, vecinos, contar con familia en el barrio son elementos que protegen. Sin embargo, como veremos en el capítulo siguiente los vínculos con su familia primaria y de pareja que establecen con varones, cobran un rol fundamental en este campo. Así la *"fama"* (que te conozcan) y el *"respeto"* (que te reconozcan) aparecen en el campo de la calle como los valores predominantes a la hora de establecer redes, circuitos y vínculos. El primero más asociado a prácticas feminizadas, el segundo a la identidad secreta y sus prácticas masculinas.

Cotidiano en la calle:

Como observamos hasta aquí, las experiencias y prácticas de estas mujeres dan cuenta de una gran heterogeneidad de sentidos, formas e implicancias. Además, cuentan con la capacidad de variar con rapidez, lo cual las vuelve construcciones dinámicas. Más allá de lo anterior, sus cotidianos dan cuenta de ciertas repeticiones.

Las mujeres que permanecen en las calles de La Estrella habitualmente desarrollan estrategias de cuidado en relación a los lugares y personas con las que duermen. Es frecuente tanto, cuando *"paran solas",* como cuando lo hacen con sus parejas varones u otras personas, que duerman en autos, colchones o ranchos ubicados en las avenidas que hacen de frontera entre el barrio y el resto de la ciudad. Es decir, no duermen en el interior del barrio, a excepción de los autos ubicados en los playones, para lo cual, como indicaba Celeste, deben *"pedir permiso"*. Allí, participan de la economía informal, trabajando en ocasiones, para vecinos y vecinas que las conocen y les permiten permanecer en ese lugar. Así mismo, tanto para dormir como para el uso de baño, ducha y guardar pertenencias

cuentan con frecuencia con la casa de estos mismos vecinos, algún amigo, amiga o familiar que viva en las cercanías. [44]

Caminé por la primera diagonal paralela a la avenida hasta llegar al playón. Estaban Nora y Azul apoyadas sobre un auto abandonado que a su vez hacía de lugar de trabajo. Compartían un cigarrillo. No había notado lo alta que era Nora en comparación al resto. Me acerqué y saludé a cada una con un abrazo. La ropa de Nora tenía olor a suavizante. Tenía una cartera cruzada donde aún llevaba colgado el pañuelo verde que me había pedido que le regale. Mientras charlábamos noté, a unos metros sobre el cordón de la vereda, una bolsa de consorcio negra de donde salía un gran mechón de pelo atado con una colita. Se movía. Me sorprendí, volví a mirar y noté que por uno de los extremos se asomaban dos pies con ojotas. Hacía frío. "¿Quién está ahí?", pregunté. Nora respondió que era Alejandra. Automáticamente Alejandra sacó la cabeza de dentro de la bolsa, me miró, sonrió y volvió a su escondite. La saludé y le ofrecí que buscara ropa en la salita. Nora me interrumpió bruscamente "después yo le rescato algo. Ahora voy a limpiar la casa de una señora y paso… (A Azul) En la calle el que no consigue cosas o no tiene plata es porque se la fuma toda, en la calle conseguís todo". Mientras iba desplegando las preguntas habituales de cómo estaban y si necesitaban algo de la salita, Nora y Azul no paraban de saludar personas que circulaban por allí, vecinos y vecinas, gente que venía a comprar. "¡Hola mi amor!" "¿Qué onda mi vida?" Si alguien permanecía un poco más de tiempo mirándonos me presentaban: "Ella es de la salita". Azul se alejaba unos metros interactuaba brevemente con la persona, y volvía al lugar donde estábamos. En un momento pasó un varón, Nora dijo "Despues nos vemos" y empezó a caminar rápidamente, mientras le gritaba "Eh, dame mi plata que te rompo todo".

Ale continuaba sentada dentro de la bolsa. Nos quedamos solas con Azul y aproveché para preguntarle qué estaba haciendo ahí. "Trabajo. Antes que subirme

[44] Intermitentemente sucede que logran pagar alquileres solas, con sus parejas o que alguna otra persona de referencia se los pague (familiares, empleadores, clientes). Por lo general, la gestión de recursos estatales para este fin presenta grandes dificultades, tanto por los requisitos de documentación con la que no cuentan, como por la necesidad de sostener el proceso burocrático por un tiempo prolongado y rendir cuentas posteriormente. Generalmente, en los casos que logran realizar las gestiones correspondientes solo accedan a unos pocos cobros.

a cualquier auto es mejor esto, ¿no?... Yo no te voy a decir que hago las cosas bien tampoco, hice la calle, pero tenía clientes fijos. Con los peruanos nunca, ni aunque fuese uno, son muy malditos… Aprendés. Yo no hago nada sin que me paguen antes, porque a veces no te pagan. Pagame antes si querés que te haga algo. Pasa también que algunas se suben a los taxis y les roban la billetera. Después las ven en la calle y se bajan y las cagan a palos… son damnificados, ¿viste?... igual viste que no vengo tanto por acá. Vengo a veces, por ahí me cuelgo unos días y vuelvo. y ando buscando laburo de lo que sea, me gusta laburar siempre laburé, limpiando casas, culos…no consigo, ¿quién me va a dar laburo a mí? ¿voy a laburar un mes por cuánto?

Como veíamos antes, para obtener recursos materiales, el vínculo con otras personas, compañeros y compañeras de calle, vecinos y vecinas, agentes estatales y organizaciones barriales se vuelve fundamental. Así mismo, la participación de estas mujeres en actividades de la economía informal también cobra gran relevancia a la hora de gestionar la reproducción de la vida cotidiana. Las actividades que realizan son diversas, combinándose entre ellas y variando con gran frecuencia. Dentro de las opciones que mencionan, es posible observar actividades laborales como la limpieza o descacharreo en casas de vecinos del barrio, la búsqueda de objetos entre los deshechos para revender, trabajar para algún puestero de la feria, cuidar autos, la venta de sustancias psicoactivas[45], realizar pequeños hurtos y la prostitución.

Algunas de estas actividades reciben sanciones morales de parte de ellas mismas. Y no solo eso, más adelante abordaré el modo en que se gestionan las sanciones por parte de otros actores del territorio. Aquí, sin embargo, quisiera resaltar lo que ellas dicen sobre estas actividades *"muchas pibas hacen cualquier cosa por unos mangos", "es mejor antes que subirme a cualquier auto", "sé que no está bien robar".* A través de estos recortes pareciera que no todas las actividades tienen el mismo estatus dentro de las opciones que plantea la calle, siendo valoradas de distintas maneras, de acuerdo a ciertos estereotipos clásicos de lo que se espera de una *buena mujer*. La operación de separar a

[45] En este sentido, muchas de ellas desempeñan tareas de narcomenudeo, trabajan para familias o personas que producen o distribuyen. Otras, por el contrario, trabajan de forma independiente, ingresando al barrio a comprar para otras personas y cobrando ese servicio.

las mujeres en *buenas* y *malas* da cuenta del íntimo vínculo entre el género y el capitalismo desde la génesis de este último:

> *"Separar a la buena esposa, laboriosa y ahorrativa, de la prostituta derrochadora fue un requisito clave para la constitución de la familia que emergió con el cambio de siglo, puesto que dividir a las mujeres entre "buenas" y "malas", entre esposas y "putas", era una condición indispensable para que se aceptara el trabajo doméstico no remunerado y de esta forma garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo" (Federici, 2018, pp. 173).*

La calle, como campo por excelencia masculino, reproduce también esta lógica con sus actores. Como refieren muchas de mis interlocutoras, el estar en calle se asocia con *"hacer cualquiera"*, es decir, brinda la posibilidad de desarrollar actividades alejadas de los estereotipos femeninos clásicos y, por ende, necesariamente sancionadas de forma diferencial en comparación a los varones que se encuentran en condiciones similares.

Sin embargo, no solo los estándares morales determinan las actividades elegidas y los valores otorgados por ellas. El aspecto económico es considerado al momento de evaluar las opciones:

> *El rancho donde vive Machi es lo suficientemente grande para que entre un colchón de una plaza arriba de un pallet. El colchón sostiene una de las dos vallas de madera que hacen de pared. En el fondo, hay una mesita contra la segunda pared que es el paredón del cementerio. Frente a la primera valla hay otra que hace de tercera pared. Sobre ella hay un mueble pequeño con estantes que funciona de alacena, y un sillón individual. En lugar de techo hay una gran lona plástica enganchada a las vallas. Siempre me pregunté cómo no se llenaba de agua durante las lluvias y sospecho que bajo la lona habría alguna madera o estructura de soporte. Sin embargo, siempre que charlamos Machi no me invitaba a pasar. Charlábamos yo agachada desde la puerta hecha con frazadas como si fueran cortinas y ella sobre la cama. Sobre la mesa había siempre un mate, una pipa, cuadernos, un rosario, alimentos secos (fideos, arroz, bandejas plásticas). Ese día al acercarme noté sobre el paredón del cementerio ropa mojada secándose, una palangana con agua con restos de jabón y una máquina de afeitar en el piso, algunos cacharros apilados. "¿Estuviste limpiando?", le pregunté. "Meli (una de las tantas personas que permanecían largas horas en su rancho) lavó, ahora se fue a buscar la comida. Es temprano para el comedor, hay una panadería que ya nos*

conocen y nos regalan siempre lo del día anterior… ¡No me pises la uña!" Miro desconcertada, no entiendo de qué me habla. Se ríe y agrega "está mi uña en el piso. Ayer me las pegué con poxirán pero se me salió". Me agacho un poco más y veo en el piso una lámina pequeña de color rojo, la agarro y se la alcanzo. Dentro del rancho hay un vaho húmedo y caliente. Al estar solas me animo a preguntarle si ya no puede ir al playón. "Sí, está todo bien, la señora (su empleadora) me viene a ver. Pero ya no trabajo más, no es rentable. Está fea, no viene nadie a comprar y me la fumo toda. Gasto más de lo que gano y me endeudo… Si alguien me trae, fumo, pero no vendo".

De esta forma, Machi asignaba otros valores, alejados de la moral asociada al género, más cercanos a aspectos económicos como la *"rentabilidad"* de las actividades laborales desempeñadas y a la matriz de pensamiento del ethos neoliberal.

En ese sentido, el neoliberalismo como fase actual del capitalismo tardío ha instalado la crisis como régimen, con su consecuente agudización de la precariedad de la vida (Pérez Orozco, 2021). Las mujeres de la calle son una expresión de estos procesos, donde a su vez, aquello instalado *"desde arriba"* mediante el estado y sus políticas con el fin de reproducir el sistema, converge con los modos en que lo anterior se materializa en los territorios, reproduciendo el sistema *"desde abajo"*, incluso en las subjetividades. Así, el neoliberalismo desde abajo nos habla de la proliferación de modos de vida que reorganizan las nociones de libertad, cálculo y obediencia, performando subjetividades con racionalidad y afectividad acordes al ethos neoliberal (Gago, 2014).

Las calles de La Estrella se presentan en este punto como una forma posible de economía barroca y de rebusque, en el marco de las economías informales en la época actual. Según Gago (2014) las economías barrocas combinan elementos microempresariales, con fórmulas de progreso popular, con capacidad de negociación y disputa de recursos estatales, donde también se da la superposición de vínculos de parentesco y de lealtad ligados al territorio, así como formatos contractuales no tradicionales. Por su parte, Perez Orozco (2021) refiere que la economía del rebusque comprende diversas formas de subempleo e implica también, los movimientos migratorios como forma de rebuscar oportunidades en territorios lejanos.

De esta forma, la calle como espacio dentro del mercado, pero condenado a un lugar marginal y oculto, ofrece a estas mujeres ser parte de las cadenas productivas que allí se

desarrollan, desplegando estrategias performadas por los procesos estructurales que impone el neoliberalismo y el género.

Es decir, el tránsito y permanencia de las mujeres en la calle como fenómeno creciente podría estar hablándonos de una posible modificación cualitativa de los procesos de reproducción neoliberales con su consecuente profundización de la precarización de la vida. Las experiencias de estas mujeres en las calles de La Estrella dan cuenta de este campo como un espacio de posibilidades donde se articulan economías formales e informales, donde se despliegan economías barrocas y de rebusque, nos muestran el modo polimórfico en que se construye, también, el neoliberalismo desde abajo y de qué forma arraiga en las subjetividades.

Estas mujeres que, en su mayoría, no pertenecen a la Estrella, han migrado desde otros barrios vulnerables, transitan éste y otros barrios populares de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y participan como un eslabón más de las economías que allí se desarrollan. Sin embargo, las prácticas cotidianas y laborales de estas mujeres combinan, situacionalmente, aspectos subjetivos, estructurales y de género, con el fin de obtener aquello que desean y necesitan para garantizar la supervivencia. Son, de alguna manera, *"inversoras de sí"* (Gago, 2014).

Consumos:

No sólo las prácticas laborales estructuran el cotidiano de estas mujeres. Las prácticas de consumo también ocupan un lugar relevante. En relación al consumo se trata no solo de comida, ropa y elementos básicos de higiene y arreglo personal, como maquillajes, perfumes, esmaltes de uñas. La obtención y consumo de sustancias psicoactivas aparecen constantemente en las escenas cotidianas. En este sentido, las prácticas de consumo otorgan un lugar dentro de la estructura social de la calle haciendo que puedan diferenciarse (o no) de quienes son consideradas fisuras. *"La fisura no se baña, tiene mal olor. Ser fisura es dormir en la calle y estar sucia.".*

De esta forma, el consumo tiene un lugar jerarquizado a la hora de pensarse en torno a otros. La obtención de elementos de higiene, ropa y comida ocupan un rol fundamental para mantener cierta imagen personal que permita una distancia con aquellas otras llamadas "*fisuras"*.

Por su parte, las prácticas de consumo de sustancias psicoactivas, si bien se constituían como una práctica frecuente para la mayoría de las mujeres de la calle, en las experiencias que narraban aparecía de forma ambivalente. Por momentos, parecía ser una práctica con un sentido compartido, que otorgaba algún lugar valorado positivamente. En otros momentos, se configuraba como un aspecto a rechazar, diferenciándose del resto, y en muchos otros, generaba un gran sufrimiento.

> *Ese día por algún motivo el colectivo me dejó antes en la parada. Hacía un par de horas había llovido y la feria que tenía que atravesar a lo largo de una cuadra hasta mi destino, no estaba ni asomando. Caminé esa distancia apreciando el silencio poco habitual. Al llegar a la esquina pude ver en frente, alrededor de tres montículos de frazadas sobre colchones, próximos entre ellos, que se movían al ritmo en que respiraban. Tapaban en parte los murales de la pared: la cara de un pibe muy joven, su nombre y cuánto lo extrañaba su familia. Pasé por al lado y seguí, sentía mucho frío en las manos. Cuando llegué a la puerta de la salita, contra la persiana, sobre un colchón en el piso estaba Ana, cubierta parcialmente por una frazada. Estaba con el pantalón desabrochado, en parte descendido lo cual dejaba ver su ropa interior. Sabía que una vez que entrara a la salita el personal de limpieza o seguridad la iban a despertar para levantar la persiana y limpiar la calle, así que decidí hacerlo yo, e invitarla a entrar. Me agaché, noté que entre la frazada había bandejas y cubiertos de plástico, migas, restos de pan y preservativos. Me acerqué para poder apoyar mi mano en su hombro. Sentí el olor a cuerpo humano mezclado con la humedad de la lluvia y plástico quemado. "Ani", le dije, "buen día". Cuando sintió mi mano se despertó sobesaltada, abrió grandes los ojos y volvió a entrecerrarlos. "Ya vamos a abrir, podés entrar a desayunar". Empezó a moverse como entrando en calor, se apoyó sobre su antebrazo intentando incorporarse, agarró un pedazo de pan y se lo llevó a la boca, mientras mantenía aún los ojos cerrados. "Te espero", le dije, y entré a dejar mis cosas. Cerca de media hora más tarde Ana entró a la salita, se sentó y me senté con ella. Estaba*

despeinada, con cara de dormida. Empezó a comer galletitas que había sobre la mesa, tenía los dedos sucios y gruesos, la piel y uñas duras, con restos de esmalte, llevaba por lo menos tres anillos en cada mano. Estábamos solas. Le pregunté cómo estaba. "Me quiero internar" repitió, "yo no puedo estar en la calle, me la mando. No puedo estar acá y salir y no tener para dormir. Se me hace difícil, porque me convidan y agarro, pero salgo y me convidan una pipa y no puedo… estar en la calle me re zarpa … el otro día el cordobés me re salvo, no sabés, me agarró un justiciero. Le robé el celular a un boliviano y me agarró un flaco y me tenía en el piso. Vino el cordobés, hizo que me soltara y entramos a correr… yo sé que no está bien robar y además no fui a firmar…"

Con frecuencia las prácticas de consumo de sustancias exceden el escenario de la calle, sosteniéndose con diversa intensidad cuando retornan al hogar familiar u obtienen un alquiler.

Mis amigos del hogar me llevaron a vivir donde están alquilando, me re cuidan no me dejan salir sola a la calle porque saben que hago cualquiera. Yo colaboro con la comida, limpio. Los fines de semana me busca mi hermana y voy a la casa… Estoy fumando menos, fumo más marihuana, me gusta el mambo… mi problema no es el consumo, yo si quiero dejo de consumir".

Es decir, si bien el consumo de sustancias psicoactivas y las denominadas *giras*[46] , son de las prácticas que parecieran estructurar el cotidiano en la calle, no se trata de una práctica exclusiva de este campo ni determinante a la hora de decidir permanecer allí. Sin embargo, los potenciales riesgos asociados al campo de la calle se intensifican con estas prácticas, como bien lo indicaba Ana, *"la calle te zarpa"*.

Pero no solo eso, muchas de las mujeres asocian las prácticas de consumo de pasta base, psicofármacos y alcohol a la necesidad de estar *"tranquilas"* en la calle como mencionaban Ana y Azul:

"yo soy más de quedarme así, en el molde y me pongo toda nerviosa. Cuando fumo me calmo o con la medicación. La compro para estar más tranquila, acá se

[46] se caracterizan por ser salidas del hogar por varios días o semanas, durante las cuales los usuarios integran redes de dos o tres personas que en la mayoría de los casos son frágiles, de vínculos débiles y volátiles, y en otros estos vínculos son más fuertes, provienen de la infancia y lograron persistir en el tiempo (Epele, 2010).

consigue. Yo necesito la medicación, así estoy más calmada, en la calle dormís, pero no descansas, te tenés que estar cuidando siempre". "Y cuando consumo hago cosas que no me gustan, me acuerdo después y son cosas malas, a veces no me acuerdo". "La cabeza no me para nunca, doy un pipazo y sigue maquinando, lo que me pasó, mis hijos, mi vieja".

En ese sentido, existe una fuerte asociación entre los riesgos a los que se encuentran expuestas en este campo y las prácticas de consumo como forma de regularlos, por momentos aumentándolos, por momentos haciendo que el nivel de alerta que exige la permanencia en la calle sea tolerable.

En el encuentro con Ana nuestra charla continuó con un pedido, "me avisas antes del mediodía, que tengo tiempo de ir a firmar hasta hoy jueves". Le recuerdo que es miércoles. Se sorprende, me mira y agrega "¿me avisas mañana? Tengo miedo de no ir, fumo y me cuelgo". Al día siguiente la busqué temprano por la mañana, pregunté por ella. No volvimos a vernos hasta varias semanas más tarde.

Ana mostraba una característica particular de la calle y su cotidiano, la temporalidad no cronológica, ni lineal. La dificultad de pensar en el cotidiano como forma de proyectarse y planificar en el futuro a corto plazo dan cuenta de la inmediatez de la calle como presente constante, siempre en alerta, donde el día termina cuando el cuerpo pone el límite. Donde el cotidiano se desarrolla como una serie de prácticas con el objetivo de *"conseguir todo lo que necesitas"*.

Según Gago (2014), el neoliberalismo en nuestra región aporta un elemento clave que es la noción de "ciudadanía por consumo". Este concepto establece al consumo como forma de ciudadanía dentro de los procesos neoliberales actuales. Así, el consumo se sitúa en una posición relevante para nuevas modalidades de creación de valor y como la vía de democratización de las sociedades latinoamericanas. La ciudadanía por consumo se traduce en formas de penetración financiera extractivista de los sectores populares, vinculada a los dispositivos de consumo y endeudamiento que promueven nuevas formas de creación de valor en las periferias a través de una variedad de economías informales.

Es decir, se impulsa el imperativo de autoempresarialidad con el fin de generar nuevas formas de producir valor, más allá del empleo asalariado y de los parámetros de la legalidad. *"En el caso de los sectores pobres, el consumo está sostenido desde arriba por*

la idea de paliativo e impulsado por abajo por un dinamismo informal, capaz de agenciar modalidades laborales heterogéneas" (Gago, 2014).

En el caso de las mujeres de la calle en La Estrella, el consumo aparece como motor del cotidiano a la hora de garantizarse *"más oportunidades"* y *"todo lo que necesitan*", así el modo de ejercer ciudadanía desde los márgenes pareciera, por un lado, implicar una serie de prácticas que generen valor: tareas de la limpieza, cartoneo, cirujeo, feriante, cuidar autos, narcomenudeo y prostitución como forma de diferenciarse. Por el otro, como modo de pertenecer al campo, diferenciándose de otras, para controlar los riesgos a los que se exponen, regular aquello que sienten e incluso asociado a momentos de placer.

Sin embargo, cabe resaltar que este aspecto da cuenta de los límites difusos entre los diferentes campos en los que participan las mujeres. Las prácticas de consumo no son exclusivas de ninguno de los campos, aunque sí se configuran de forma particular en cada uno, adecuándose a las temporalidades y rutinas propias de cada espacio, generando riesgos específicos en cada lugar, y exponiéndolas a un sinfín de violencias.

Riesgos:

Para los vecinos y vecinas del barrio, en ocasiones, las personas de la calle se convertían en las causas de muchas de las problemáticas de allí, relacionadas con la inseguridad y el consumo de sustancias. *"Los querés ayudar y se aprovechan" "les das una mano y después te chorean hasta la ropa que dejas colgada" "si no te haces respetar te pasan por arriba" "no se quieren rescatar, te faltan el respeto" "se hacen los buenitos y después se fuman un pipazo así de grande"*. Estas frases resonaban una y otra vez durante las conversaciones con vecinos.

Sin embargo y a pesar de las regularidades en sus prácticas, como vimos en el apartado anterior, muchos de los sentidos que ellas otorgan a lo que hacen buscan des colectivizarlas, diferenciarse unas de las otras:

"Yo no soy como estas negras de mierda. A mí me gusta maquillarme, gasto $20 o $30 en un sweter en la feria para vestirme bien", "No soy como estas fisuras, tengo buen olor, buena pilcha, me baño todos los días", "Yo no robo, no me prostituyo".

En este sentido, el modo de construir las narrativas de sus experiencias también se encuentra atravesado por el ethos neoliberal. Así constantemente ellas reproducen sus experiencias como historias particulares, atomizadas, sin conexión unas con otras, sin historia. Esto responde a una de las técnicas fundamentales del neoliberalismo: la desterritorialización de lo político. A partir de la proyección en los sujetos de las reglas y requerimientos del mercado, la soberanía se reterritorializa en el cuerpo de cada quien. La soberanía así es definida como la relación con uno mismo, como control, organización y producción de un territorio que es el propio cuerpo. De esta forma, los procesos de reterritorialización son una expresión del giro paradigmático que caracteriza y performa subjetividades individuales como forma del ethos neoliberal (Gago, 2014).

En esta línea, Segato (2018) refiere que, ancestralmente, el cuerpo de las mujeres ha sido cognitivamente afín a la idea de territorio. Por lo tanto, estos procesos de reterritorialización ubican a las mujeres en el lugar de *"nuevo bien común"*. Esto significa que su cuerpo y su trabajo son mistificados como servicio personal y/o recurso natural, disponible para todos. A su vez, esta *"apropiación primaria"* (Federici, 2018) masculina del trabajo femenino, produjo un nuevo orden patriarcal que *"redujo a las mujeres a una doble dependencia: de sus empleadores y de los hombres"*.

En el campo de la calle, específicamente en La Estrella, la forma en que esto se materializa abarca un abanico amplio de prácticas y actores. Como veremos a continuación en relación a vecinos, y en el capítulo siguiente con sus vínculos de pareja y familiares. Como vimos anteriormente, los vínculos con personas en la calle, vecinos, vecinas y agentes estatales, sobre todo fuerzas de seguridad, en ocasiones, brindan protección y cuidado. Sin embargo, al mismo tiempo, se establecen relaciones de poder basadas en las desigualdades de género. En relación a los riesgos, tanto mujeres y varones relataban situaciones donde corría peligro su vida. Estas situaciones eran similares y se relacionaban con los robos, el narcotráfico, las relaciones con vecinos y fuerzas de seguridad.

El rechazo hacia las personas en situación de calle por parte de vecinos y vecinas no se expresa sólo en lo discursivo. A lo largo del trabajo de campo, vecinos y personas de la calle me han manifestado la preocupación que les generaban las golpizas que propiciaban grupos particulares de vecinos contra aquellos que duermen en la calle, en las fronteras del Barrio. En ocasiones también he podido observar que les tiren o ensucien las pertenencias cuando no las llevaban consigo. Estas acciones se veían intensificadas cada vez que se adjudicaba a las personas de la calle algún hecho delictivo. En el tiempo que realicé trabajo de campo, fueron prendidos fuego más de diez veces los ranchos o autos donde guardaban sus pertenencias y dormían, incluso algunas veces con ellos adentro.

Por otra parte, las fuerzas de seguridad y las políticas nacionales contra el narcotráfico también se constituyen en una amenaza, tal como relataba Azul durante una conversación que tuvimos en un consultorio de la salita:

> *"la última vez me agarró la brigada y quedé unos días adentro porque no tenía el documento. Ana estaba conmigo y la dejaron ahí por una causa… También te agarran y te dicen que les digas donde venden la droga, que si les decís te dan. Yo les digo que no, la droga me la consigo yo. Después te agarran los peruanos, filman todo eh, te mandan a matar. A Lucre por 5 gramos y la quisieron matar… Y Nora se quedó dormida y le robaron lo que había vendido. La están buscando, le quieren pegar un tiro, por eso se fue... En la calle te tenés que estar cuidando siempre. No sabes lo que es la calle. Antes estaba toda golpeada, de gira, embartulada, re puesta".*

Claramente en la calle bajar el nivel de alerta puede exponer a una gran cantidad de peligros tanto para mujeres como para varones. Sin embargo, Camila me señalaba un aspecto relevante como forma de experiencia generizada: para ella *"las mujeres en la calle no valen nada. En la calle las mujeres se hunden más"*. En este sentido, mis interlocutores varones expresaban una gran desconfianza hacia las mujeres. Una y otra vez repetían que son mentirosas, manipuladoras, que buscan provocar, incluso con la ropa que usan, que es para provocar y que ellos reaccionen.

> *Cuando conocí a Camila tenía 20 años, si bien estaba en calle desde muy temprana edad, en La Estrella se encontraba hacía un año aproximadamente. Camila era alta y flaca, siempre sonreía mucho. Se la veía muy suelta y cómoda en la calle,*

> *con una actitud que emanaba buen humor, pero siempre en movimiento, yendo y viniendo, haciendo changas, buscando comida. Sus presentaciones siempre venían acompañadas de un "acá todos me conocen, preguntales, saben que no tengo maldad". Paraba con su pareja, Chicho, con quien estaba hacía algunos meses. La conocí durante las recorridas por la calle y al tiempo empezó a acercarse a la salita a charlar sobre la situación de violencia que sufría por parte de él. Una mañana se acercó a la salita y comenzamos a charlar sobre cómo era la calle para las mujeres. A diferencia de lo que en diversas ocasiones Azul y Celeste expresaban, Camila relataba una experiencia que para ella se relacionaba solo con el hecho de ser mujer "acá son todos unos pito duro, me violaron 3 tipos al costado de la vía y me dejaron tirada ahí, pensaban que estaba muerta... Los vecinos pensaban que estaba muerta, me taparon con una sábana y ahí me dejaron".*

La experiencia de Camila no era diferente a la experiencia de muchas otras mujeres. Era frecuente el relato de haber subido a un auto mientras estaban trabajando y que las hayan tenido encerradas en una habitación durante días, torturándolas entre una o más personas, violándolas, golpeándolas, cortándoles el pelo incluso. También relataban violaciones en calle cuando, luego de *giras* (o no), caían dormidas. Sin embargo y a diferencia de mis interlocutoras anteriores, Camila relacionaba aquellos riesgos del campo con la dimensión de género, como una forma más de violencia hacia las mujeres y subjetividades feminizadas.

Las situaciones que relataban las mujeres con las que hablaba, en este punto, no tenían nada que ver con las situaciones que relataban los varones de la calle. Las mujeres sufrían sistemáticamente situaciones de violencia sexual, violaciones (incluso mientras duermen en la calle: *"se bajan de los autos, las violan y se van"*) y secuestros, relatos que daban cuenta de una extrema violencia y crueldad, un daño realmente enorme con recuerdos que las torturaban repitiéndose una y otra vez, incluso en sus sueños.

En este sentido, Segato (2018) refiere que existe cierta obligación por parte de las masculinidades hegemónicas cuando se trata de un cuerpo femenino en un espacio abierto, público. El ejercicio de la violencia por parte del perpetrador sucede porque debe hacerlo para demostrar que puede. Se trata de una exhibición de capacidad de dominio que debe ser reeditada con cierta regularidad y puede ser asociada a los gestos rituales de renovación de los votos de virilidad. A su vez, el mensaje es también hacia la víctima. Se

trata de una forma de adoctrinarla, de mostrarle que se encuentra en un espacio que no le pertenece.

En este apartado decidí no traer los relatos de mis interlocutoras, considero que no es necesario mostrar las situaciones de extrema crudeza en primera persona para dar cuenta del nivel de sufrimiento. A través de sus relatos, me quedaba claro que en la calle las mujeres se encuentran en una posición de inferioridad donde sus cuerpos les pertenecen a sus parejas varones o en caso de *"no ser la mujer de nadie"*, se trata de un cuerpo disponible para ser usado como un objeto al que se puede romper y hacer lo que venga en gana. Como señala Segato (2018) un *"nuevo bien común"*. Así lo expresaba José:

> *"No dan nada por los pibes que andan robando, mirá si van a dar algo por una piba que se sube a todos los autos. Es fácil si sos una mina hacer plata, si acá son todos unos pitos duros, te subís a un auto atrás de otro".*

Si bien la calle y el modo de permanecer allí les permite obtener todo lo que desean, tomar sus propias decisiones e incluso desarrollar otra identidad; los riesgos que asumen, el malestar y sufrimientos subjetivos están presentes y encarnan las formas más crueles. Se trata de la contracara de decidir, aunque sea de forma inconsciente, desafiar los estereotipos clásicos de género y darse la posibilidad de obtener aquello que desean por fuera de la vida hogareña. Por medio de la violencia sobre ellas se las sanciona por ocupar un campo que no les es propio y se las condena a la posición femenina, su clausura en esa posición como destino. El destino del cuerpo utilizado, reducido, sometido. Su feminización (Segato, 2018).

> *Una mañana llega Dani a la salita, no para de moverse y llorar, está descalza, lleva las zapatillas mojadas en la mano. Mientras esperamos que puedan recibirla para charlar en un consultorio, le ofrezco agua. Nos sentamos en los bancos contra la pared, sin embargo, permanece poco tiempo sentada, se para, se acurruca por momentos mientras se toca los brazos y me dice por lo bajo "me quiero ir, acá hay mucha envidia, mucha bronca, no podés estar tranquila, me quiero ir… en este barrio no hay posibilidad de nada". Vuelve a sentarse y sigue llorando, se inclina hacia adelante, se levanta y escupe en el tacho de basura. "No sé qué estoy esperando acá. Quiero internarme, no sé... A mí me mata la soledad. Acá estás muy sola, no podés estar con nadie, todos te tratan mal, te quieren pegar, las minas te*

cagan a palos, los pibes también si no querés estar con ellos, no quiero que me violen, que me maltraten. La gente te mira mal, no se acerca. No podés dormir, no descansás, tenés que estar siempre con un ojo abierto". Ante mi pregunta de si cuenta con algún lugar donde poder ir me responde: "Estoy mal, en recaída, vine hace 5 días. No me puedo ir ahora tengo que arreglar unas cosas, tengo para consumir…". Dani entra al consultorio con dos profesionales del equipo de salud y yo me dirijo tras el mostrador. Cuando llego Mel me pregunta si Dani está así por los problemas que tuvo en el barrio, aparentemente Nora, otra de las mujeres, la estaba buscando. Al rato Dani sale del consultorio, dice que va a buscar su documento y vuelve, sin embargo, esto no ocurre. Los días siguientes la veo transitar por las calles, responde a mi saludo, pero continúa sin detenerse a hablar.

No cabe duda de que el campo de la calle implica riesgos particulares para las mujeres. Riesgos generizados que se actualizan a la luz de los procesos neoliberales actuales, funcionando como forma de adoctrinamiento y sanción por estar en un lugar que a priori no les pertenece, pero que a su vez se les presenta como parte de la economía de rebusque del capitalismo tardío, como escenario donde puede practicarse el ejercicio de las violencias en la construcción de masculinidades hegemónicas y como forma de reproducir el ethos neoliberal en subjetividades *"responsables de sus decisiones"* y por tanto, responsables de aquello que padecen en la medida que no logran *"saber manejarse"* de forma adecuada.

A lo largo del capítulo vimos qué características particulares adopta la forma de transitar La Estrella para estas mujeres. Cómo desarrollan el cotidiano, qué prácticas realizan, qué riesgos asumen, qué sentidos otorgan a los vínculos que establecen y qué valores priman en la toma de decisiones. Así mismo, he podido observar con qué estrategias cuentan para garantizar lo necesario a la hora de sobrevivir en la calle. Las experiencias de las mujeres en situación de calle hablan de las estrategias que construyen a la hora de desarrollar el capital necesario para permanecer y participar de este campo.

El *"saber manejarse"* que ellas relatan en el capítulo da cuenta de una serie de estrategias heterogéneas y dinámicas, donde la agencia en tanto pragmática vitalista de estas mujeres nos muestra una vez más corresponder a subjetividades flexibles, que se autogobiernan que utilizan el cálculo a la hora de tomar decisiones adaptándose a las situaciones

cambiantes. De esta forma, los vínculos y lazos afectivos, que ocupan un rol clave en la construcción del *saber hacer* en calle, se reconfiguran de forma dinámica y situacional, como si se tratara de un presente contínuo, generando acuerdos y obligaciones siempre transitorias, con cierta lógica utilitaria.

Por otra parte, aquel *saber* da cuenta de la calle como un campo de disputa de capitales e intereses. Un campo con características particulares: temporalidades, prácticas cotidianas y moral propia. En el campo de la calle, las dimensiones que entran en juego cobran relevancia de forma situacional, intermitente y dinámica. Para la mayoría de mis interlocutoras[47], la dimensión de género aparecía a simple vista menos relevante en comparación a otras. Sin embargo, como se observa a lo largo del capítulo, si bien varones y mujeres desarrollaban aquel saber aprendido, las prácticas e identidades desplegadas difieren de acuerdo al género y los sentidos construidos en torno a él.

De esta manera, el transitar por las calles de La Estrella, se construye de forma diferenciales entre varones y mujeres: los aspectos que muestran u ocultan, que utilizan o no, se vincula con habilidades y valores socialmente generizados. Así, ellas refieren construir distintas identidades, flexibles, que se adaptan a la situación, en concordancia con subjetividades neoliberales, pero sobre todo, generizadas, masculinas y femeninas.

Es posible observar aquí como neoliberalismo y género se solapan y materializan en las experiencias de estas mujeres. Tanto la identidad secreta como la que no lo es, son contenidas por subjetividades flexibles que construyen con sus prácticas un saber-hacer de calle que, de forma situacional y por medio del cálculo, deciden qué aspectos mostrar u ocultar y así obtener aquello que desean, hacerse la *"fama"*.

El desarrollo de estas identidades y experiencias son la materialización de cómo se construye el neoliberalismo desde abajo en las subjetividades de estas mujeres en contextos de extrema marginalidad. Una vez más, el neoliberalismo performa subjetividades que, por medio de la pragmática vitalista y el cálculo, adoptan por momentos, de forma situacional, identidades feminizadas con capacidad de hacerse fama y/o identidades secretas masculinas que buscan imponer respeto.

[47] Algunas de las mujeres en situación de calle expresaban diferencias en este aspecto. Para algunas de ellas, sobre todo quienes problematizaban las violencias que vivían en calle, ser mujer en la calle no era lo mismo, "te toman de punto", "no vales nada". Esto se abordará más adelante.

En este sentido, el solapamiento del neoliberalismo con el género en el campo de la calle se constituye también en riesgos particulares para las mujeres. En este sentido, los procesos de ciudadanía por consumo y desterritorialización se solapan con el género reproduciendo, por un lado, el rol de ellas en tanto consumidoras que reproducen subjetividades individuales, atomizada que buscan diferenciarse del resto. Por el otro, ellas se constituyen en bienes de consumo para otros, en tanto mercancía y en tanto cuerpo disponible para renovar aquel contrato entre varones para reafirmar su masculinidad. Sin embargo, una vez más las estrategias y, dentro de ellas, los vínculos establecidos tanto dentro como fuera del campo desempeñan un rol jerarquizado: ofrecen protección y cuidado, al mismo tiempo que pueden exponerlas a nuevos riesgos.

Como ya mencioné, algunos de estos vínculos establecidos en la calle se circunscribían solo a aquel espacio, sin embargo, muchos lo trascendían y continuaban en los otros espacios donde desarrollaban sus vidas. Lo mismo ocurre al revés, los vínculos establecidos en campos ajenos a la calle también pueden continuarse allí. En ambos casos, los modos en que intervienen y entran en juego dan cuenta de su lugar relevante. A continuación, desarrollaré el modo en que funcionan los vínculos familiares y de pareja.

Capítulo 3: "Malas mujeres"

Hasta aquí hemos visto cómo las relaciones que establecen con otros y otras juegan un rol protagónico en el campo de la calle. Tanto para el pasaje de un campo al otro, como para transmitir estrategias que garanticen la permanencia segura en la calle, brindar protección y cuidado, garantizar recursos, generar compromisos y obligaciones, incluso tensiones y conflictos, los vínculos siempre están presentes en el cotidiano.

Sin embargo, en el caso de las mujeres en situación de calle en La Estrella los vínculos con sus familias de origen y con sus parejas tienen funciones específicas en el campo de la calle, totalmente diferentes al caso de los varones en su misma situación. A continuación, abordaremos estas particularidades como forma de reproducir las desigualdades de género en este campo.

Provocadoras, mentirosas y manipuladoras:

Como hemos abordado hasta aquí, los vínculos que establecen las mujeres en la calle, y no solo allí, cobran particular relevancia dentro del campo que aborda esta tesis en particular. En ese sentido, el vínculo con sus familias de origen y el establecimiento de relaciones amorosas/sexoafectivas, monogámicas y heterosexuales, juegan un rol protagónico en el cotidiano de la calle y las prácticas que allí desarrollan. Si bien en ocasiones, como el caso de los vínculos familiares, no son propios del campo de la calle, estas relaciones trascienden los espacios propios para intervenir de forma relevante, en los distintos espacios donde las mujeres participan. En primera instancia, aquellos vínculos ofrecen protección ante los riesgos relatados en el capítulo anterior. Así mismo, tienen un rol clave en aquellos momentos donde las mujeres deciden desplazarse entre uno y otro campo, es decir cuando se rescatan del campo de la calle o se van/escapan del ámbito doméstico.

En el caso de los vínculos con sus familias de origen, como hemos visto en parte en el capítulo uno, en ocasiones garantizan cuidados y protección que excede el campo de lo doméstico, reclamando a veces la vuelta a este campo. Sin embargo, en otras ocasiones,

los conflictos y tensiones allí desarrollados generan la expulsión al campo de la calle como forma de resolución de las violencias desatadas:

> *"Hace menos de 20 días habré llegado (a la calle). Todo mal con mi hermana. Estábamos con ella y mi pareja y yo me fui a comprar pasta base, allá en mi barrio. Cuando volví los encontré que me estaban ruchiando[48]. Armé un re bardo y él tenía una picana y un arma. Me cagaron a palos entre los dos. Me fui a la casa de mi hermano, lastimada y renga, con mi hija… Le dejé a él y a su pareja mi hija. Le vendí mi teléfono y me fui. Antes me tomé toda la medicación. Le dije que le pregunte a Gabriela (su hermana) lo que había pasado. Ahora está arrepentida, me anda buscando" (Celeste, 27 años)*

> *"A mi mamá la echaron de la casa donde vivía, ahora vive en lo de uno de sus novios. En año nuevo hicimos kilombo, nos peleamos y llamaron a la policía. Yo me fui… En mi casa se consume también, mi mamá nos compra. Ella tiene todas mis cosas, mi documento. Hoy la llamé (sonríe), se puso contenta cuando me escuchó… Igual ella es terrible" (Ana, 27 años).*

En sus experiencias, el tránsito por los espacios domésticos y la calle se encuentran signados por las relaciones significativas ambivalentes que conllevan una serie de afectos, intercambios, negociaciones, tensiones y conflictos. Este aspecto está presente también en los vínculos que establecen con sus parejas.

De esta forma, los vínculos de pareja también generan desplazamientos entre uno y otro campo. En este sentido, en ocasiones, los vínculos de pareja permiten plantear la posibilidad, aunque sea sólo en lo ideativo y discursivo, de poder construir un proyecto familiar que motorice *"salir de la calle"*.

Según Epele (2010) el concepto de rescate hace referencia a un proceso complejo que combina mandatos, acciones, decisiones e intervenciones de otros, es decir, supone en ocasiones, un vínculo social. Entre quienes intervienen en el recate se encuentran: parejas, familiares, amigos, profesionales de la salud, etc. En este sentido, el rescate por amor es el ejemplo paradigmático del rescate por la intervención de otro.

[48] La estaban engañando.

El rescate en general y el rescatarse a través de un vínculo afectivo ofrece por un lado otra alternativa que incluye el intento de resolver los riesgos de la calle. Por el otro, replica la retórica del amor romántico, que todo lo puede y de la mujer salvada/rescatada del peligro por el amor de un hombre.

Desde mi llegada al campo, los varones en situación de calle, con quienes muchas de estas mujeres establecían relaciones amorosas, fueron los primeros con quienes pude establecer un vínculo. Ellos eran quienes habitaban y permanecían en la salita del barrio de forma casi permanente y con un nivel de alerta mucho menor que ellas. Por lo tanto, comencé a compartir situaciones cotidianas e intercambios sobre diferentes tópicos, entre los que se encontraban *"las mujeres"*, y en particular *"las mujeres de la calle"*.

Si bien, yo también era considerada por ellos parte del universo de las primeras, mi condición de profesional, académica, sin capital adecuado para *"manejarme"* en la calle, permitía que el vínculo con estos varones se desarrollara de un modo distinto al que caracterizaba los vínculos entre las mujeres de la calle y ellos.

El hecho de ser percibida por ellos como mujer y *"nueva"* en el barrio ponía frente a mí el despliegue de lógicas, sentidos y mecanismos que daban cuenta de la presencia jerarquizada de los estereotipos clásicos de género. Con frecuencia se activaban con mi presencia una serie de prácticas de seducción, oferta de bienes materiales como teléfonos y dinero para que *"guarde y use"* en caso de necesitarlo, prácticas de protección, e incluso sospechas entre ellos de que yo podría estar *"provocándolos"*.

Además de expresar la obligación, según ellos, de tener que proveer y cuidar, las mujeres también generaban recelo en ellos. Eran para ellos personas en quienes no se podía confiar, provocadoras, manipuladoras, mentirosas, oportunistas y calculadoras, con el único fin de obtener algún beneficio a cualquier costo. Bien lo expresaba Javi:

> *"no confío en las mujeres, son manipuladoras. Son todas así. Yo me crié con mujeres y las veía a mis hermanas que les mentían a los novios y se iban a bailar. Después lloraban y les juraban que no… Además, tienen más derechos ahora y se aprovechan. Bah, no sé, eso pienso yo, corte, si usan cosas cortas que se banquen que les digan algo. Si se visten así es porque buscan que les digan cosas. Si no, se vestirían de otra manera o no pasarían por donde están los varones".*

En el caso de las mujeres de la calle particularmente, según ellos, el intento de beneficiarse incluía sobre todo la obtención de bienes materiales, dinero, sustancias, a cambio de sexo. Por lo cual eran acusadas de provocar y *"mirar a todos"*. *"Putas"*, eran quienes contaban con *"otros recursos"* los cuales *"aprovechaban"* y hacían *"otras cosas"* en la calle. Ellas, compañeras de consumo y otras prácticas masculinizadas, parecían tener un rol particular en la calle por el hecho de ser mujeres.

Tanto Ana, al inicio de mis registros de campo, como José a continuación, referían que cuando sos mujer y estás en la calle *"todos te quieren coger"*. Según él, cuando una mujer *"nueva"* llegaba a las calles del barrio, los varones de la calle (y no solo de la calle) desplegaban una serie de prácticas con el único objetivo de *"cogérsela"*; y agregaba, *"acá son todos tremendos violines. Cualquiera de estos giles rescata algo y la llevan a un telo. Se aprovechan y le dan de todo para que tome"*. Aquello constituía riesgos cotidianos para ellas, potenciales situaciones de violencia y sufrimiento como describí en el capítulo anterior.

Por el relato de mis interlocutores, parecía ser una suerte de competencia entre varones por dominar los cuerpos de las mujeres de la calle. Sin embargo, y a su vez, también se constituía para ellas, desde su perspectiva y la de los varones, en oportunidades para *"aprovechar, hacer guitar"* y obtener *"todo lo que necesitaban"*, incluso para robar al cliente en cuestión, lo cual lo convertía en *"un damnificado"* con legitimidad para ejercer justicia en otra ocasión.

Es decir, se generaba un contexto propicio donde, muchas de ellas, al contrario de percibirse vulneradas o en riesgo, se autopercibían en condiciones de aparente paridad a la hora de establecer intercambios. Así, no sólo podían hacerse de elementos materiales que garantizaran su supervivencia en la calle, sino de cierto poder, jerarquía, estatus, protección o la posibilidad de establecer vínculos más estables con varones: ser *"su mujer"* con todo lo que eso implica.

Si bien, esta aparente paridad jugaba un rol importante a la hora de relatar los intercambios, los estereotipos clásicos y roles de género no desaparecían, menos en el caso de los vínculos de pareja en el campo de la calle. En ese contexto, ser *"mujer de"* genera cierta *"fama"* y protección ante los riesgos mencionados. Así lo expresaba Junior:

"Ponele que estoy con mi pareja y vamos a fumar a la plaza y viene un guacho y te pide si le convidás y entonces como qué onda, me va a mirar como que: gordo estoy con vos, ¿qué onda este? Y yo ahí lo tengo que embocar".

La construcción de poder masculino y su sostenimiento en el campo de la calle, utiliza la matriz fundacional del patriarcado mediante la subordinación de los cuerpos feminizados. De esta manera, el honor y respeto masculino como mandato y pacto de poder entre pares, se sostiene en la medida que logren controlar, dominar y proteger de otros varones a sus mujeres, como si se tratara de un territorio propio. Este requisito se convierte en la prueba de pertenencia al universo masculino.

En sus relatos, todos estos varones y muchas de las mujeres (no todas) daban cuenta de la necesidad de contar con un varón que las proteja ante un escenario donde claramente no hay igualdad de condiciones. Los procesos actuales de desterritorialización y ciudadanía por consumo analizados en el capítulo anterior dan cuenta de cómo ambas estructuras -patriarcado y capitalismo- se combinan y materializan en el campo construyendo un neoliberalismo desde los márgenes que adopta, en el caso de las mujeres de la calle en La Estrella, formas generizadas.

Es por esto que, como parte de la propiedad de estos varones, muchas de las prácticas realizadas por las mujeres de la calle interpelaban y ponían en riesgo el capital construido por ellos. Según Alberto:

"yo me quiero rescatar, pero me cuesta si no tengo pareja. Cuando estoy en pareja no quiero que trabaje, yo la mantengo. Si corte, ponele, yo salgo con una chica, entonces le doy todo para que ande cheta, la trato de rescatar. ¿Sabés cuál es el problema? que es paquera".

Las mujeres de la calle, como parte del territorio de sus parejas, deben ser protegidas y a su vez controladas, como una de las formas por excelencia que tienen los varones de obtener/mantener el respeto y el honor. El honor del hombre comparado con el de sus oponentes se engrandece/disminuye según su capacidad para mantener la autoridad y el control sobre sus mujeres. El éxito del honor en el ámbito público depende del poder asociado al género, la familia y las relaciones de parentesco en el ámbito privado (Ortner, 2016)

En una ocasión Gaspar, quien vivía frente a la salita, inicialmente en un ranchito y luego en un carro que había podido adquirir haciendo changas -como entrar al barrio a comprar para consumidores que pasaban por la zona-, echó de ese sector del barrio a Lili, su ex pareja, al grito de que iba a romperle la cabeza sino se iba, que él ya había hecho mucho por ella: visitarla en la cárcel, buscarla cuando no aparecía, etc. Días más tarde le pregunté a Gaspar qué había ocurrido entre ellos a lo cual respondió:

"yo ya estuve 18 años preso, no me preocupa volver (refiriéndose a lo que podía hacerle a ella). A mí me costó mucho hacerme respetar en el barrio. No voy a perder el respeto por una pendeja de mierda. Acá ella es mi mujer, aunque no estemos juntos. No puede irse con cualquiera o subirse a cualquier auto. Vos no sabés las cosas que hice por ella, durante 3 años la saqué de la calle y para conseguir plata para ella robaba y así perdí el ojo… vos la ves así, toda tranquilita, se hace la buena, pero es terrible. No puede volver al barrio de ella porque hace bardo allá también y a una amiga de ella que era así loquita la descuartizaron… mientras tengo para consumir ella se queda, pero cuando se termina empieza a hacer cualquier cosa para conseguir. Yo quiero que esté bien, ¿qué te pensás? A mí no me gusta verla mal, me pone mal. O verla llorar. Porque le pasan muchas cosas en la calle y yo no me puedo seguir rompiendo el lomo para que esté conmigo".

Es decir, los vínculos de pareja establecidos exceden el tiempo que dure la relación, generando obligaciones, compromisos y sentimientos duraderos. Ana me lo contaba de la siguiente manera:

"el Antony fue mi gran amor. Yo todavía le pido a él, cuando estoy sola y tengo miedo le pido que me cuide. Si no me pasó nada todavía es porque él me cuida. Voy al cementerio a pedirle que me cuide, si él estuviera acá no dejaría que nadie me ponga una mano. Tuvimos una hija, te dije ¿no? Y ella siempre lo viene a ver al cementerio. Y le arregla la tumba y a veces me llama y me dice que se siente re zarpada que le robaron las cosas de la tumba al papá… Cuando quedé embarazada tenía 14. Y unos meses antes nació el Titi que es el hijo de Antony con Yamila, no sabes es igual a él, pero rubio, son como gemelos con Brisa (su hija). Y está la otra

> *hermana también. Y Brisa se lleva bien con ellos, los ama como a su papá. Son sus hermanos también".*

Por momentos son destinatarias de protección, por momentos *"son terribles"* y desafían el estatus de ellos, haciendo uso de *"sus recursos"* para obtener aquello que quieren, interpelando lo que se espera de ellas: sumisión, docilidad. Los vínculos de pareja monógamos y heteronormales presentan el interjuego constante de ser propiedad de su compañero varón y al mismo, ser amenaza o poner en riesgo la masculinidad hegemónica. Por lo tanto, el control, la vigilancia y el adoctrinamiento sobre ellas, sus cuerpos y prácticas se vuelve una obligación masculina.

Sin embargo, en el campo de la calle, no solo ellas podían atentar contra el respeto construido por ellos. En ocasiones, las prácticas de ellos y su potencial vínculo con otras mujeres, *"sus otras mujeres"*, interpelaban la *fama* de ellas en la calle, requiriendo el ejercicio de prácticas violentas hacia estas otras mujeres (no solo de la calle) que podían *"andar con sus maridos"*, haciéndolas *"quedar como una ruchi (cornuda) o una puta"*.

Además de reproducir los estereotipos tradicionales de género e ideas del amor romántico, los vínculos de pareja se caracterizan por desarrollarse en plazos breves de tiempo. Así rápidamente se consolidan vínculos sumamente intensos, estrechos, incondicionales y de amor profundo. Con frecuencia ellos son bastante mayores de edad. Como característica particular, estos vínculos exceden el período de tiempo en el que se mantiene la relación, tal como refería Azul mientras Braian, su expareja estaba detenido:

> *"estoy preocupada por él, quiero hacerme el documento para ir a verlo… lo tengo que ir a ver, soy su mujer, por más que estemos peleados"*.

Era sumamente habitual que cuando alguno de los varones se encontraba detenido u hospitalizado sus parejas actuales intentaran visitarlos y llevarles cosas. Por su parte, las ex parejas de ellos también mostraban preocupación e intentaban por diferentes medios establecer algún tipo de contacto. Cabe destacar que, en casos contrarios, cuando ellas se encontraban presas u hospitalizadas, no era para nada frecuente que ellos, tanto parejas actuales como anteriores, intentaran contactarlas.

En este sentido, la calle como territorio simbólico donde por excelencia se construye la masculinidad hegemónica en base al respeto y el ejercicio de la violencia, reproduce la desigualdad entre los géneros como uno de los pilares desde donde sostener y fortalecer

la virilidad desde la micropolítica, y reproducir y reactualizar las lógicas del sistema capitalista y heteropatriarcal.

Dispositivo de control familia-pareja:

Como refería Alberto al inicio del capítulo, rescatarse no era lo mismo sin pareja. Los vínculos de pareja creaban la ilusión de ser potenciales salvadores ante el sufrimiento, rescatar del consumo, de la calle, resolverlo todo. Así mismo y como veíamos en los capítulos anteriores, la consolidación, conflictos y rupturas podrían constituirse como aquellos hitos que motorizaban la salida o entrada de la calle. En los relatos acerca de sus experiencias, las mujeres evocaban la intermitencia con la calle estructurada por el armado de un proyecto de pareja, por la caída del mismo, para escapar de esas relaciones conflictivas o para recuperarlas.

Si bien ser *"mujer de"* no es lo mismo que no serlo, esta condición tensiona el espectro de prácticas que pueden desarrollar las mujeres, definiendo cuáles son adecuadas, cuáles no y en qué circunstancias, siendo también, una posible estrategia en la calle, como refería Erica:

> *"A una mujer sola la toman de punto, si no estás con un tipo se la agarran con vos. Aunque el chabón sea el más boludo y no haga nada, no se meten con vos si sos la mujer de alguien".*

Sin embargo, un aspecto clave que se construye tanto en los vínculos de pareja como con el de los vínculos con sus familias de origen, tiene que ver con la capacidad de estos vínculos de ofrecer a las mujeres formas de protección que trascienden el campo donde estas relaciones se establecen. En ambos campos estos vínculos se encuentran presentes controlando sus cuerpos, sus prácticas y su *"fama"*, independientemente de dónde se han originado.

> *Golpeo la puerta del baño y me abre Alelí. Le paso la ropa que había buscado para ella. Le pregunto cómo está y me responde "amanecida". Me muestra el corte que tiene en el cuello y el dedo que tiene lastimado. El corte del cuello parece estar cicatrizado, se ve una línea de extremo a extremo, con relieve. Ayer vino mi mamá y encontramos a la piba que me hizo esto. No se olvida más de nosotras… Ayer*

estaba con mi mamá y mi novio. Él se fue y nos dejó re tiradas, en la esquina, sin plata. No te voy a decir que hicimos las cosas bien, hice la calle".

Unos días más tarde Alelí vuelve con su novio a la salita. Me pide el teléfono para hablar con la defensoría y avisar que iba a ir a firmar al día siguiente. Como no atendieron en esa oficina, llamó a su mamá. Habló unos minutos con ella, preguntó cómo se encontraban todos, sus hijos y hermanos. Luego le pasó el teléfono a su novio quién saludó a su suegra y comenzó a contarle "lo mal" que Alelí se portaba, "no hacía caso". Luego él volvió a pasarle el teléfono a ella quien comenzó a insultar y discutir con alguien. A mi pedido de que se detuviera me respondió: "Sisi, perdón (corta la comunicación sin despedirse) Es que mi hermana me hace enojar, me habla de putarracas".

Tomando el proceso de acumulación originaria como inicio del capitalismo, Federici (2018) da cuenta de los diferentes hitos de la historia donde las mujeres y sus movimientos de resistencia han sido perseguidos bajo la justificación de la construcción de lo femenino como mágico, hereje, irracional. Así las mujeres siempre han sido seres que controlar necesariamente para garantizar el sostenimiento y desarrollo del sistema capitalista. De esta forma, el patriarcado o relación de género basado en la desigualdad, se convierte en la estructura política más arcaica y permanente de la humanidad donde la mujer y los cuerpos feminizados son vencidos, dominados y disciplinados. De esta forma, los procesos de acumulación propios del capitalismo se combinan con el patriarcado, siendo funcionales entre sí ambas estructuras, conteniendo una a la otra como condición necesaria para su desarrollo (Segato, 2018).

En el campo de la calle aquellas formas de control se actualizan a la luz de los procesos neoliberales actuales, como veíamos en el capítulo anterior. En este sentido, los mecanismos de control también toman formas particulares en relación a sus vínculos afectivos y la calle. En el campo de la calle, pareciera existir sobre ellas un dispositivo de control hermanado entre sus parejas y sus familias. Este aspecto da cuenta de cierta extensión de la tutela familiar sobre ellas en este otro espacio vital. Así, refuerza la afirmación de la existencia de límites porosos entre uno y otro campo. Por lo tanto, la violencia que sufren a causa de sus comportamientos incorrectos no solo se encuentra legitimada y validada, sino que se trata de todo un dispositivo articulado entre sus vínculos significativos. Ellos tienen la potestad de determinar el carácter de sus

comportamientos, adoctrinarlas, en caso de que sea necesario y *"ajusticiarlas"* frente a otros que las violentan por fuera de este aparato legítimo. A su vez, la información de los diferentes miembros que forman parte de este dispositivo circula de un campo al otro de forma constante.

Otro aspecto a destacar es que este dispositivo de control incluye a las familias políticas pasadas y actuales como veremos a continuación:

> *Mel la administrativa de la salita era vecina del barrio, conocía a muchas de las personas que concurrían allí. En ocasiones, conocía a sus vínculos significativos actuales o pasados, como el caso de Ana, que conocía a quien había sido su pareja años atrás:*
>
> *Mel- Yo te veía cara conocida. Seguro te vi…*
>
> *Ana- Sí, yo era la mujer del Antony. Brisa, mi hija mayor es hija de él.*
>
> *Mel- ¿Es negrita como era él?*
>
> *Ana- (se ríe) Naa, Brisa es igual a él pero más blanquita. El Antony fue mi gran amor. Yo todavía le pido a él, cuando estoy sola y tengo miedo le pido que me cuide. Si no me pasó nada todavía es porque él me cuida. Voy al cementerio a pedirle que me cuide, si él estuviera acá no dejaría que nadie me ponga una mano. Y Brisa siempre lo viene a ver (al cementerio). Le arregla la tumba y a veces me llama y me dice que se siente re zarpada que le robaron las cosas de la tumba al papá…. Y hace poco me lo encontré en el playón a Jamir (hermano de Antony) y me dijo "¿Qué hacés vos acá?". Sacó un fierro así (hace gesto con la mano) y me dijo: "Salí de acá que vos sos la mamá de mi sobrina, no te quiero ver acá con estos fisuras".*

En ese sentido, retomando lo dicho anteriormente, la lógica de acumulación actual refuerza y reinventa el control heteropatriarcal y capitalista sobre los cuerpos y las vidas de los cuerpos feminizados. En este sentido los cuerpos de las mujeres de la calle, en tanto hijas, hermanas, primas, parejas, etc, son necesariamente objeto de control en el campo para cumplir diferentes objetivos. Por un lado, permiten reactualizar el mandato de masculinidad por parte de los varones a los que de algún modo *"pertenecen"*, por el otro como forma de afianzar el honor y el respeto familiar y también el de sus parejas (actuales

y pasadas), por último, como forma de expresar un mensaje hacia el campo en general sobre quién tiene el control y qué es lo que se controla.

Para finalizar, cabe resaltar que, como aspecto común de las formas de control abordadas hasta aquí es el sentido que se les otorga a estos mecanismos dentro del campo. Tanto para las mujeres en situación de calle como para el resto de los actores mencionados anteriormente las formas de control son traducidas como formas de cuidado.

En este sentido, el género en tanto estructurador, por momentos se muestra y legitima la desigualdad entre los géneros como aspecto natural que construye a las mujeres como seres irracionales que deben ser subsumidos en tanto constructor del honor familiar y masculino. Sin embargo, como veremos en el siguiente apartado, muchas de las prácticas que estas mujeres desarrollan desafían los estereotipos clásicos del género y las convierten en *"malas mujeres"*. Se recrea así, cierta idea ficcional de paridad que no tiene efecto de realidad, sino que recrudece los mecanismos de control para, no solo enviar mensajes de forma horizontal y garantizar el *"respeto"* de los actores, sino también para enviar mensajes de adoctrinamiento de forma vertical.

La triple sospecha:

El consumo de sustancias psicoactivas es un aspecto clave de las prácticas desarrolladas en el campo y que justifica el control sobre ellas, recreando un sentido ficcional de igualdad e invisibiliza las relaciones de poder a la hora de pensar los vínculos de parejas. En reiteradas oportunidades, algunos varones me han referido que el consumo de pasta base *"excita a las mujeres"*. Según José:

> *"son todas la mujer del que tenga 5 gm. Algunas cobran 1000 o una bolsa. Si hablas con una de estas pibas te va a decir y bueno, comprame la bolsa vos. ¿Qué van a hacer si lo único que saben hacer es abrir las piernas? Por una bolsa hacen cualquier cosa… las minas son más drogadictas que los varones. Es re difícil andar con una de estas, tenés que hacer mucha guita porque cuando se termina la plata, se termina el consumo y se les termina el amor".*

Retomando lo anterior, la obligatoriedad de dominación, control y vigilancia sobre los cuerpos y prácticas de las mujeres de la calle, tanto sea por medio de la protección como

de la violencia y sometimiento, podrían dar cuenta de cierta expresión del mandato de reafirmación de la masculinidad y heterosexualidad en los varones de la calle. Este último reforzado y legitimado sobre este sentido ambiguo de igualdad que, tanto ellas como ellos sostienen a la hora de desarrollar intercambios y tomar decisiones.

Sin embargo, no es el único sentido que juega un rol clave en la legitimación de la dominación ejercida sobre ellas.

> *Un día Marcos entró a la salita y me encontró sentada en un banco largo contra la pared. Se sentó al lado, mientras se sacaba y ponía la gorra, intentaba acomodarla, resoplaba. Le pregunté qué le pasaba y me respondió: "estoy re embroncado, con los trámites y con Rochi. La estúpida perdió la mochila con los documentos… ayer discutimos en la calle y le pegué". No pude emitir sonido y él continuó. "El domingo la mamá de ella la vino a buscar para llevarla a la casa, re lejos. Igual para mí me miente, anda en algo. Volvió el lunes y cuando nos fuimos de acá le pregunté si tenía plata y me dijo que no. Yo quería alquilar una habitación para dormir porque llovía, entonces iba de mi hermano a buscar plata y ropa. Entonces me dice que tiene 400 pesos pero que se quiere drogar, y empieza que vamos a la villa, quiero ir a la villa (la imita y hace gestos con su mano sobre la sien de que lo enloquece) … Le pasa todo el tiempo, siempre a la noche o madrugada y arranca así cuando estamos durmiendo y le digo ¿qué te pasa nena? ¿estás loca? Y la dejo que se vaya, al toque la voy a buscar… Así que ese día estuvimos en la villa, yo tomando algo y ella fumando. Me quedé con ella para cuidarla, hacerle la segunda. Y así hasta que se terminó la plata. Y ella no se quería ir, empezamos a discutir y le pegué. Le pegué poco, pero ella empezó a gritar que me iba a denunciar. Armó un escándalo. Cayó la policía y casi me llevan, pero me fui corriendo… Me saca esta piba, me busca para que me ponga loco, me provoca. Y yo aguanto hasta que no puedo más. Y no sé dónde está ahora, no la vi más. La extraño, pero si viene no le voy a dar ni cabida".*

El sentido de cierta impulsividad y falta de racionalidad que construyen ellos sobre ellas, opera como una forma más de legitimar la desigualdad entre los géneros en la calle. El control y vigilancia se convierte en una necesidad imperante para garantizar el cuidado de ellas ya que son capaces de *"cualquier cosa"* con tal de consumir. Si bien este sentido de imposibilidad de autocontrol opera por parte de las instituciones tanto sobre ellos como

ellas, a nivel de los vínculos interpersonales aparece como un rasgo generizado. Es decir, parece solo adjudicársele a ellas y no al contrario.

En este sentido, Epele (2010) refiere que los vínculos entre usuarios y usuarias de drogas e instituciones de salud se ven estructurados por lógicas de sospecha y desconfianza mutua. Ambas son entendidas como el conjunto de prácticas simbólicas que definen las propiedades de los vínculos y las posiciones entre los usuarios de drogas y las instituciones del estado. Las prácticas incluidas dentro de estas categorías incluyen la desconfianza, la duda, la sospecha, el deslizamiento y la inversión del significado en la lectura de los mensajes, entre otras.

Como hemos visto hasta aquí, en aquello que referían los varones de la calle, ellas eran destinatarias de una serie de descripciones que reproducían la sospecha, desconfianza, irracionalidad e impulsividad como características propias de las mujeres solo por el hecho de serlo. Este aspecto además de legitimar el control sobre ellas para dominar su naturaleza, replicaban las lógicas estatales de las cuales son víctimas los hombres y mujeres de la calle en tanto consumidores de sustancias psicoactivas.

Es decir, la sospecha que replican las instituciones sobre los usuarios de drogas se replica en los vínculos entre ellos, con mayor intensidad en los vínculos entre ellos y ellas, donde además de esta sospecha se apoya sobre la desigualdad de géneros, la necesidad de tutelarlas e infantilizarlas.

Por el contrario, en los relatos de ellas, ellos no eran víctimas de estas mismas lógicas, no eran seres irracionales que pierden el control. Aparecen más bien como quienes se aprovechan de los bienes que ellas obtienen, y disponen de ellos como si fueran propios. Además de la extensión del rol de vigilancia y control sobre estos últimos y las formas en que son obtenidos.

> *Nora entra a la salita y va directo al comedor, una habitación que está al lado de la sala de espera. Es muy oscura porque no funciona la persiana eléctrica, tiene una mezcla de olor a humedad y mugre. Casi no logro distinguir quién es de lo rápido que pasa. Me acerco a la puerta del comedor, me asomo y pregunto si está todo bien. Me mira mientras llora y me pide cargar el celular, mientras repite: "Vine acá porque quiero estar sola". Le pregunto si prefiere que me vaya y me dice que no. Se sienta en un banco largo, enchufa el celular, apoya la espalda en la pared. Llora, pero sin gesticular demasiado con la cara, solo veo las*

lágrimas que caen una tras otra. Me cuenta que se despertó y su marido, Darío, con quien está en pareja hace alrededor de un mes, ya no estaba. Agrega: "me robó la plata que me había puesto en la media, esperó a que me durmiera. Y recién cuando fui al tranza vi que tenía el mp4 que le regalé y mis anteojos. Le pregunté quién te dio esto y me dijo tu marido". Se la veía muy enojada y triste, mientras continúa llorando con la mirada hacia abajo repite "me rompe todo, me tira las cosas. A mí me cuesta mucho trabajo comprarme las cosas y este flaco me las fisura o las rompe. Pone excusas después, ¿qué se piensa?, que se las sacaron, que se le cayeron al agua, que se yo". Me sorprende porque unos días previos Azul me relató una situación similar con su pareja, Brian: ya no estaban juntos porque él continúa fumando pasta base y ella no quiere. Dijo estar cansada de ganar plata y que él la use para ese fin. Además, refería que había cierta desigualdad en cuanto a las actividades laborales y el control sobre ellas, él casi no trabajaba y la "hacía prostituirse" Durante la pelea él le rompió sus cosas y le tiró la ropa a la calle.

Es decir, el control sobre las prácticas de ellas abarcaba las prácticas de consumo, las laborales como mostraba Azul y sus bienes materiales, pudiendo "*fisurarlos"* o romperlos. El modo de construir este control expansivo sobre ellas implicaba prácticas de subalternización, sometimiento físico y discursivo. Atribuirles la irracionalidad y falta de control, legitimaba la obligación de ser tuteladas por alguien que pudiera *"cuidarlas"* de aquellos riesgos propios de la vida en la calle.

La desigualdad de género en este campo se basa en una lógica de triple sospecha sobre las mujeres: La sospecha propia de la subjetividad neoliberal que utiliza el cálculo y el oportunismo como matriz de pensamiento, construyendo al otro (independientemente del género) siempre como amenaza; la sospecha que construye el patriarcado sobre las mujeres en general y la sospecha que recae sobre las personas que consumen sustancias.

Según Pérez Orozco (2021) el capitalismo ha logrado instalarse por medio de la invisibilización de esferas económicas informales. Las mujeres son aquel otro oculto que logra garantizar la reproducción de la vida, sobre todo cuando el sistema atenta contra ella. En este sentido, la autora trae la figura emblemática de madre, esposa dedicada a sus labores dentro de la familia nuclear. Este modelo de mujer ha tenido siempre como imagen especular a la otra, la puta, que gana dinero. El estigma de la puta funcionado

como mecanismo de control para todas las mujeres, impone la sospecha constante de si hacemos cosas por algo distinto al amor. Bajo este modelo, cualquier mujer que ocupa el terreno de lo público, el mercado, ocupa la posición de la otra, la mala mujer.

Esta triple sospecha sobre las mujeres de calle las construye como figura emblemática de las malas mujeres en un contexto de extrema vulnerabilidad. Estas mujeres son las *otras* de las mujeres pobres, las que no participan de la economía de los cuidados, las *"paqueras", "las malas madres que no se ocupan de sus hijos*[49]*"* y, como veremos a continuación, las malas víctimas que se defienden.

La mala víctima:

Como venimos observando a lo largo de los capítulos, los vínculos y redes que establecen, las prácticas asociadas al consumo y la violencia estructuran el cotidiano de estas mujeres en el campo de la calle. En el caso de los vínculos de pareja, las prácticas asociadas al consumo, con frecuencia, generan conflictos. Ya sea por los modos de participación en la economía informal (prostitución, venta de cosas, uso del dinero), como por la obligación de proteger/controlar por parte de los varones. Las dinámicas que se establecen refuerzan estereotipos clásicos de género y legitiman la violencia como mecanismo de control y adoctrinamiento sobre los cuerpos de las mujeres.

A lo largo de mi trabajo de campo un aspecto que se repetía una y otra vez en los relatos de las mujeres de la calle era que todas habían estado o estaban actualmente en una relación violenta. Incluso muchas de ellas relataban haber tenido más de una pareja violenta como veremos a continuación:

Nora entró a la salita y se dirigió a la mesa donde estaba el desayuno, se sentó en una silla mirando a la puerta, mientras se tocaba la cabeza. No era la primera vez que me contaba que Darío le había pegado. Cuando le pregunté si estaba bien,

[49] Si bien la gran mayoría de las mujeres de la calle de esta tesis tenían hijos, generalmente mantenían contacto con ellos y con quienes los cuidaban. Incluso, y a diferencia de los varones de la calle, con frecuencia les llevaban dinero, bienes materiales, ropa, comida, pañales, hacían revisar los carnets de vacunación de sus hijos por que algún profesional de la salita, se endeudan para brindar a sus familias alguna ayuda económica, etc. Este aspecto no será abordado en esta tesis ya que excede el objetivo de la misma.

empezó a llorar y a mostrarme los brazos llenos de moretones "me desperté y abajo de la frazada me dijo que me iba a matar, que era una puta. Mira el chichón que tengo en la cabeza, tocá". Había otras personas en la mesa, todos varones. Ante el relato de Nora ni siquiera levantaron la cabeza, manteniendo la vista todo el tiempo hacia la mesa.

Fuimos juntas a un consultorio a conversar. Nos sentamos una al lado de la otra. Nora tenía el pelo corto y despeinado, con flequillo que le llegaba casi a los ojos, teñido de rubio. Las manos muy sucias, la piel se veía gruesa. Agarró un poco de alcohol en gel y mientras se frotaba las manos se limpiaba las lágrimas con la remera, pasándose el brazo por la cara "yo lo quiero a Darío, no lo quiero dejar. Reacciona así de la nada. Y yo estoy mal desde que estoy con él, hago cosas que no están bien, apuñalé a una piba, yo no soy así… Jony (ex pareja de Nora, actual pareja de Ana) me cagaba a palos, me molía mucho peor, una vez me apuñaló y me dejaba la cara toda hinchada".

Ese día luego de que Nora se fuera, uno de los varones que estaba desayunando en la mesa, con quien yo no había conversado más que un par de veces se me acercó antes de retirarse de la salita y me dijo: "Él le pega, pero ella también es masoquista que se queda".

Días más tarde Darío y Nora volvieron juntos a la salita, pero la relación comenzó a tener episodios de violencia cada vez más frecuentes, alternados por supuesto con periodos sin conflictos. Empezaban a discutir siempre sobre el cumplimiento o no de la monogamia y los celos que generaban diversas situaciones: "anda cornudo" / "así que soy cornudo", "él puede salir toda la noche y me hace historia", "No juego con él acá para que Darío no haga quilombo, no quiero que me echen por su culpa". En ocasiones cuando la situación escalaba en insultos y potenciales violencias físicas algún profesional del equipo intervenía apelando a las normas institucionales y el encuadre del centro de salud, lo cual generaba respuestas solo de Darío haciendo referencia a que eran "problemas de pareja" y nadie debía meterse.

Luego de no verla por varias semanas fui donde Nora trabaja en el playón. La encontré junto a otra mujer. Tenía un ojo violeta. Le pregunté qué le había pasado

en el ojo. Me miró con sorpresa, se miró en un espejo retrovisor del auto donde estaba apoyada y me dijo: "me pegó un boludo, adiviná".

- *Hace mucho tiempo no te veía, ¿dónde andabas?*
- *Me fui de mi vieja unos días. Está todo mal, como siempre. La vez pasada fui a buscar mis cosas al auto y me había roto y tirado todo. Me corrió con un fierro y justo pasaba el colectivo. Me subí descalza, no llegué ni a ponerme las zapatillas. Y llegué descalza a la casa de mi mamá.*
- *Che pero cada vez empeora más…*
- *Yo le dije que vamos a terminar los dos en el hospital y el boludo me dice que mejor, que por lo menos ahí vamos a estar juntos. (Se larga a llorar) Me rompe todo y a mi me cuesta mucho trabajo comprarme las cosas.*

En eso veo detrás mío que por el pasillo que desemboca en el playón viene Darío. Trae un palo de metal larguísimo en la mano. Sentí cómo las piernas se me tensionaban y me latía cada vez más rápido el corazón, tuve miedo. Pasó la primera vez a cinco metros de nosotras, yo trataba de no mirarlo demasiado. Entre ellos se sostuvieron la mirada a lo largo de todo el trayecto hasta que él desapareció por el pasillo de enfrente.

Nora siguió relatándome que con "el fierro" le había hecho varias heridas y que no creía que tuviera sentido hacer una denuncia, porque "¿Qué va a pasar? ¿Poner una perimetral en la calle? ¿Va a ir preso?" Darío volvió a pasar gritando: "¿Para qué le hablás si no entiende? Es una mogólica". Nora automáticamente le grita: "Dale, vení, sidoso". Él no se acercaba y continuaba caminando, le pedí a Nora que parara. Cuando Darío desapareció por otro pasillo Nora me contó que en el playón no podía hacerle nada porque "saltaban por ella" los demás: sus empleadores y familiares de ellos, y que Darío sabía eso.

Como hemos abordado en este capítulo, los mecanismos de control, vigilancia y adoctrinamiento sobre las prácticas y cuerpos de las mujeres se basan principalmente en el ejercicio de diferentes violencias por parte de ellos. Violencia física, económica, sexual, psicológica y simbólica se expresan en los relatos, pero de un modo legitimado por la idea de cierta naturaleza en las mujeres en general y, en particular, en las mujeres

de la calle que consumen sustancias psicoactivas. Así, se construye como necesidad el proteger/controlar a estas mujeres que son *"locas y terribles".*

Sin embargo, como veíamos en el capítulo anterior, las violencias ejercidas hacia las mujeres como formas de dominación no solo eran un modo de mostrarles el campo de ajenidad donde se encuentran; sino que también los varones podían brindar un mensaje de reafirmación de su masculinidad a sus pares varones, como veremos a continuación.

> *La trabajadora social y la psicóloga estaban en la oficina del fondo. Cuando llegué ese día me contaron lo que había pasado el día anterior. Marcos había ido a la salita insultando a Rochi a los gritos, diciendo que "esa hija de puta" nunca más se iba a olvidar de lo que le había hecho. Cuando lo convocaron a hablar en un lugar más privado, la trabajadora social lo acompañó a un consultorio y él rompió en llanto. Le dijo que habían estado consumiendo con Rochi en la calle el día anterior, que luego él no quiso consumir más y se fue a dormir debajo de la autopista, donde paran. Como no podía dormir, volvió a buscarla y la encontró con otra persona. Intentó golpear a quien estaba con ella, pero él logró escapar. Ella por el contrario permaneció ahí. Marcos rompió una botella de vidrio y la apuñaló en el abdomen. Dice que desde ese entonces no la ha vuelto a ver, que está preocupado. Mientras lloraba refería que tenía miedo de que lo denuncie o le haya pasado algo.*
>
> *Ambas profesionales parecían estar preocupadas, habían intentado obtener algún dato sobre dónde se encontraba Rochi. Sin embargo, hasta ese momento no había registro de ella en ningún efector de salud de la zona. Supimos que su salud física se encontraba en buen estado cuando volvimos a verla con él a los pocos días.*

Según Segato (2018), en los hechos de violencia hacia las mujeres, el perpetrador emite sus mensajes a lo largo de dos ejes de interlocución. En el eje vertical, habla a la víctima. Su discurso adquiere un cariz punitivo y el agresor un perfil de moralizador social porque, en ese imaginario compartido, el destino de la mujer es ser contenida, censurada, disciplinada, reducida, por el gesto violento de quien reencarna, por medio de este acto, la función soberana. En el eje horizontal, el agresor se dirige a sus pares, y lo hace de varias formas: les solicita ingreso en su sociedad, compite con ellos, mostrando que merece por su agresividad ocupar un lugar en la hermandad viril.

En este sentido, la autora agrega que el mandato de masculinidad es un pacto que necesita de víctimas sacrificiales. La mujer juega un papel funcional ahí por el lugar en el que es colocada. Así, el mandato de masculinidad que promete la ilusión de adquirir la posición de prestigio masculina obliga a los hombres a abdicar de su capacidad de empatía y exhibir potencia y capacidad de crueldad (Segato, 2018)

Retomando la situación mencionada, con frecuencia se vislumbra cierto acuerdo tácito entre los varones en relación al potencial vínculo que puede establecerse con la mujer de otro varón. Al igual que Marcos, generalmente ningún varón refería llevar a cabo ninguna represalia contra los varones con quienes eran engañados. Esa parte era destinada casi exclusivamente a *"sus mujeres"*, incluso ante la sospecha o algún cruce de miradas considerado inadecuado. Por el contrario, en caso de ser ellas quienes descubrían una infidelidad de parte de ellos, también la represalia era destinada a la tercera en discordia. Las pocas veces que me relataron un intento de destinar las acciones a ellos, finalmente las mujeres terminaban recibiendo una golpiza intensa.

Además de lograr finalizar el vínculo e iniciar otro como modo de resolver muchas de estas relaciones conflictivas, las mujeres de la calle recurrían a otras formas de resolución como la protección por parte de otros actores (familia, amigos y empleadores), limitar o discontinuar la permanencia en calle o en algunas zonas del barrio, el ejercicio de prácticas de violencia/defensa, las denuncias en instituciones del estado e incluso, en situaciones extremas y excepcionales, el homicidio. A continuación, desarrollaré algunas de estas situaciones.

> *Mientras conversábamos en el playón Camila me muestra su muñeca derecha, se la veía inflamada y enrojecida. Me cuenta que su pareja la golpeó y que se lo tuvieron que "sacar de encima". En ese forcejeo se lastimó la muñeca: "Mira que estuve con hijos de puta, pero como este, ninguno. Me va a matar. Se me pone adelante y yo ya empieza a temblar y lloro, le pido que no me pegue. El es muy celoso y acá son todos muy pito duro. No puedo tardar ni cuando voy a buscar comida al comedor…pedí ayuda en la iglesia y me dijeron que tengo que hacer un tratamiento por el consumo, después le contaron a él, casi me mata… me quiero separar, me da asco… igual yo también soy terrible, cuando está en pedo le pego, aprovecho".*

Dos semanas más tarde Camila me iría a buscar a la salita. Viene a contarme que enfrentó a "su bestia". Desde ese entonces él la persigue por todos lados, la agarra de los pelos y la arrastra por el piso, le dice que ella lo está provocando por ignorarlo, "lo prueba" para ver hasta dónde llega. Incluso los amigos de él le dicen eso y le sugieren que se vaya del barrio. Camila está indignada, le parece injusto que ella se tenga que ir. Me dice que quiere que él cambie, no para estar con ella, sino para que la deje en paz. Él la amenaza con matarla si se entera de que lo denuncia. Sin embargo, refiere querer hacerlo. Ese día, desde la salita Camila pudo realizar la denuncia e ir a vivir por un tiempo a casa de su madre.

Si bien no se trata de la estrategia más frecuente, acudir a alguna institución a realizar una denuncia es parte de las alternativas posibles. Sin embargo, no se trata de un proceso accesible para estas mujeres, ni fácil de sostener en simultáneo con la calle.

Por otro lado, parte de las estrategias utilizadas por estas mujeres para la resolución de los conflictos tienen que ver con incorporar y poner en práctica acciones que distan mucho del estereotipo de la buena víctima. Camila enfrenta a su *"Bestia"*, lo golpea y desafía, intenta hacer uso de la posición de aparente paridad a pesar de no contar con las mismas condiciones. Chicho, quien doblaba la edad y se había criado en el barrio, era conocido y temido por todos, tenía una gran capital simbólico y social a resguardar. Luego de varios meses cuando Camila volvió al barrio, Chicho la encontró en la calle y la golpeó hasta que intervino personal de las fuerzas de seguridad que se encontraban a pocos metros. Este episodio desencadenó su detención y un posterior proceso judicial.

En algunas oportunidades, el ejercicio de la violencia por parte de ellas llegaba a extremos excepcionales como en el caso de Soledad:

Soledad tenía 28 años cuando empezó a venir a la salita con su pareja, padre de su segundo hijo. Él era del barrio, bastante mayor que ella y conocido para el equipo de salud quien recordaba algunos episodios de violencia y conflictos con una de sus hijas.

Al principio se acercan porque necesitan gestionar algunos informes. Al parecer los hijos de Soledad estaban al cuidado de su madre y ella quiere recuperarlos. En simultáneo realizaban consultas frecuentes con un abogado por esta cuestión. Por ese motivo, vinieron con frecuencia a la salita durante por lo menos un mes y

medio. Siempre concurrían juntos, sin embargo, con ella charlábamos solas en un consultorio o en la vereda. Muchas veces él intentaba meterse en la conversación o saber de qué hablábamos, pero lográbamos sortear sus preguntas con facilidad. En esos encuentros Soledad me contaba que se sentía muy sola, que su mamá y el resto de su familia la odiaban, querían que se muera. También me decía que su pareja, cada vez que discutían usaba eso "en su contra", diciéndole que no tenía a nadie más que a él.

Un día Soledad vino muy angustiada. Mientras charlábamos me dice que necesita medicación porque está muy ansiosa y que empezó a tartamudear. Ese día, las palabras de Soledad se trababan a lo largo de la conversación. Dice que ella tenía muchas cosas, auto, casa y perdió todo por su pareja: "Ahora tengo valijas con ropa nada más. Solo mi tía me da bola. Estoy re sola, no cuento con nadie porque no les gusta él". También me dice que le tiene mucho miedo: "me dice yo a vos te voy a matar, yo creo que es verdad". Me quiero ir, pero no quiero perder más cosas. Tengo las valijas con ropa en la casa de un amigo de él, donde vamos a dormir".

Luego de ese día no vinieron por un tiempo, lo cual me preocupó después de que me comentara sus temores. Sin embargo, sabía por algunas de las personas que concurrían al centro, que se encontraban haciendo los trámites por los que habían venido a consultar, pero estaban bien.

Un día volvieron a almorzar. Mientras comían junto a otras personas en la misma mesa, uno de los varones le dice a él: "que bien se los ve a ustedes, están más arreglados, más tranquilos. A vos se te ve como relajado". Automáticamente Soledad responde, mientras abraza a su pareja: "es porque tiene una buena mujer". Todos se ríen.

Al día siguiente, a pocas cuadras de la salita una de sus trabajadoras ve en una esquina que había muchos patrulleros y policías, había alguien tirado en el piso. No pudo ver, pero estaba segura de que conocíamos a quien yacía ahí. A las horas, desde una de las organizaciones del barrio, nos contaron que Soledad había apuñalado a su pareja en la calle y él había fallecido. Estaban discutiendo a los

gritos, ella le pedía que la dejara en paz. Avanzó y se alejó de él, luego volvió sobre sus pasos, lo apuñaló y se fue corriendo.

Dorlin (2018) describe la existencia de un dispositivo de poder denominado *"dispositivo defensivo"* que, sobre la base estructural del capitalismo, la raza y el género, traza una línea de demarcación entre, por un lado, los sujetos dignos de defenderse y los sujetos defendidos, y por el otro, aquellos que al defenderse se convierten en peligrosos, amenazantes. A estos cuerpos vulnerables o violentables no les corresponden más que *"subjetividades sin armas en las manos"*, solo viven o sobreviven. En caso de atreverse a utilizar la autodefensa, ella misma conducirá a mayor violencia, incluso llevando a la propia muerte.

Según la autora, la *"buena mujer"* y la *"buena víctima"* están intrínsecamente vinculadas. En la consolidación del patriarcado blanco hegemónico, las mujeres blancas se constituyeron en mujeres dignas de respeto en tanto lograran delegar la propia defensa a un tercero, el marido o la ley. Así, la *"buena mujer"* se encuentra bajo la omnipotencia legal, económica y sexual de su marido, pudiendo ser asociada inmediatamente a la *"buena víctima: vulnerable, frágil y sin capacidad de autodefenderse".*

En este sentido, Elsa Dorlin (2018) refiere que las mujeres asumen un riesgo entendido como natural, solo por el riesgo de corresponder a identidades feminizadas. Así asumen el riesgo inherente y despliegan una serie de estrategias que se sintetizan en la actitud de no llamar la atención: *"sonreír ante una interpelación en la vía pública, para no dar origen al conflicto, bajar la mirada, apurar el paso, tener siempre la llave en la mano, etc"*. De esta forma, las mujeres de esta tesis coinciden con el estereotipo opuesto, ellas no solo llaman la atención, luchan, hablan, no se perciben víctimas generalmente, toman acciones en pos de hacer frente a la violencia con medios que intentan ser similares a los usados por los varones.

Ellas cuestionan el estereotipo clásico de la mujer como cuerpo que debe ser defendido, ya sea por medio de establecer vínculos sexoafectivos con varones, como estableciendo relaciones con otros actores, familiares, como por mano propia, ellas procuran su propia defensa, están en movimiento constante, en alerta. Encarnan, de acuerdo al cálculo, identidades y prácticas masculinas. Así se convierten en cuerpos que deben ser adoctrinados en tanto *"malas mujeres"* y *"malas víctimas"*. Tal como indica Ortner

(2016) son castigadas por su transgresión moral, por el exceso de agencia, por osar garantizarse a sí mismas las oportunidades estructuralmente negadas.

Si bien la pragmática vitalista, *"sus decisiones"*, les permiten tomar el espacio público, a su vez, deben pagar altos costos por desafiar aquello esperable de acuerdo al género socialmente asignado. En este sentido, los vínculos mencionados, por momentos, disminuyen los riesgos a los que se exponen. A su vez, en ocasiones se convierten en el principal riesgo. Así, de forma dinámica, la participación en el campo doméstico y el de la calle, los circuitos que transitan, las estrategias que despliegan giran con frecuencia sobre este eje.

Así mismo, ocurre cuando se trata de ellas, un fenómeno particular diferencial en términos del género que da cuenta del sistema patriarcal actualizando sus mecanismos de control incluso ante las modificaciones y debilitamiento de los lazos sociales y los espacios de integración como consecuencia del neoliberalismo.

De esta manera, a pesar de la incapacidad de los espacios clásicos de integración y de las relaciones propias de esos campos, para retenerlas allí, estas últimas no desaparecen. Por el contrario, y a diferencia de lo que ocurre en el caso de los varones de la calle, los vínculos significativos toman diversas formas, permanecen trasladándose a los otros espacios y reproduciendo la desigualdad aún allí. Protegiendo/controlando a sus mujeres que tienen la marca de propiedad en sus cuerpos inherentemente del campo en que ella se haya producido.

A lo largo del capítulo, es posible observar los sentidos construidos sobre las mujeres en general, y sobre las mujeres en situación de calle en particular. Aquí el patriarcado signa aquellos sentidos adjudicados que las construyen como seres en los cuales no se puede confiar. *"Provocadoras"*, *"manipuladoras"*, y a la vez *"impulsivas"* e *"irracionales"*, son destinatarias de una triple sospecha por el hecho de ser mujeres, consumidoras de paco y portadoras de una alteridad no hegemónica en tiempos neoliberales.

De esta forma, las mujeres de la calle se constituyen como la figura paradigmática de la *"mala mujer"*, ocupando espacios que no le pertenecen, desarrollando pragmáticas vitalistas que utilizan de forma situacional performances y prácticas masculinas. El uso de estrategias dislocadas en términos de experiencias generizadas masculinas, es decir, que a priori no les son propias, convierte el ejercicio de la violencia por parte de estas

mujeres, como una forma ilegítima de la autodefensa, por ende, sancionada. En este sentido, sobre la idea de *"mala mujer"* se construye también la de la *"mala víctima"*. Sobre estas construcciones de sentido fuertemente arraigadas hacia esta población es que se legitiman las prácticas de violencia y los dispositivos de control.

Aquí la violencia y el aparato de dominación que se construye tiene una función normalizadora, adoctrinar a estas mujeres. Envía mensajes de forma vertical hacia las mujeres de la calle (y las mujeres en general) sobre los costos que conlleva desafiar los mandatos tradicionales del género. Así mismo, refuerza el contrato de masculinidad entre varones y de la institución familiar en tanto reproductora de las desigualdades de género que impone el patriarcado. De esta manera, la violencia se torna instrumental, restablece el orden adecuándose al campo de la calle, es decir, actualizando sus dispositivos a las formas heterogéneas en que se construye el capitalismo desde abajo.

Conclusiones: Lo extraordinario y sus recurrencias

Hace 15 días que me fui a la casa de mi papá,
pero cada vez que me voy (de la calle) *siento que me sacan algo mío,*
una parte de mi vida…Cada vez que me voy de acá siento
que me arrancan un pedazo de mi alma (Cata, 32 años).

Las mujeres en situación de calle son una de las mayores expresiones de desigualdad social actual. Si bien dentro del universo de personas en aquella situación no son mayoría en términos numéricos, el aumento de su presencia y las características particulares en relación a las prácticas diferenciales que desarrollan en la calle, podrían dar cuenta de los cambios estructurales actuales del capitalismo y los modos de producción material y subjetivo.

A partir de la premisa anterior he estructurado el recorrido de esta tesis buscando dar posibles respuestas al interrogante sobre los modos en que el capitalismo desde abajo y los márgenes, junto a la dimensión de género, se materializan en el cotidiano de estas mujeres performando sus subjetividades y sus decisiones. En este sentido, en cada uno de los capítulos he buscado generar aportes con el fin de complejizar la lectura sobre el fenómeno de la calle y las mujeres que deciden atravesar este campo masculinizado.

De esta forma, he buscado, por un lado, tensionar sobre aspectos presentes en la bibliografía actual en relación a una interpretación sobre el fenómeno de la calle como un estado de excepción y desafiliación. Por el otro, también he buscado interpelar las perspectivas victimistas vigentes a la hora de pensar la pobreza y el género.

Inicialmente, me atrevo a afirmar que la calle para las mujeres de esta tesis no se presenta como una situación excepcional, por el contrario, da cuenta de la convivencia que existe entre dicho campo social y otros. De esta manera, la calle aparece como una estrategia utilitaria de las subjetividades neoliberales en contextos de extrema vulnerabilidad y pobreza para auto procurarse las oportunidades que estructuralmente les son negadas.

A lo largo del primer capítulo, en sus relatos en relación a sus inicios, salidas y retornos al campo de la calle, las experiencias y episodios mencionados parecen repetirse como parte de una historia común. Sin embargo, las narrativas siempre construidas en términos individuales otorgaban a las decisiones de cada quien un lugar jerarquizado que oculta y minimiza aquellos aspectos estructurales. La responsabilidad absoluta que ellas mismas

ponen en valor da cuenta de una matriz de pensamiento particular. Aquí radica el triunfo fundamental del capitalismo: el triunfo en el campo de las subjetividades.

En este sentido, sus experiencias una y otra vez entran en tensión con las perspectivas teóricas victimistas que abordan el fenómeno de la pobreza y el género en el campo de las ciencias sociales.

Encontrar constantemente mujeres en situaciones extremas de sufrimiento y violencia, pero que a pesar de todo adjudicaban la responsabilidad a sus propias decisiones, inicialmente generaba contradicciones en mí misma. Cómo era posible que, ante semejantes trayectorias de vida, ante situaciones de abuso, maltrato, falta de intervenciones estatales que garanticen el cuidado sobre estas niñas y jóvenes, ellas pudieran no sentirse víctimas de las injusticias sociales, de la desigualdad, de la pobreza, de la falta de acceso a derechos.

Con el objetivo de superar aquellas contradicciones, intenté focalizarme en no discutir este aspecto, sino en pensar posibles lecturas de estas expresiones. Ellas buscaban no ser víctimas, querían dar cuenta de su agencia, sus decisiones y el mérito que hacían para ello: la calle las llamaba, era una elección. La calle se configuraba como un espacio de integración posible entre otros.

Por lo tanto, las condiciones estructurales no logran explicar de forma exhaustiva el fenómeno de las personas en situación de calle en general, ni el de las mujeres en esa situación en particular. Sin embargo, no todas las mujeres que se encuentran en condiciones similares optan por la calle. Es así como la existencia de quienes sí lo hacen y el aumento en términos numéricos de este fenómeno me imponía superar lo estructural para poder pensar en otras variables posibles. Ellas expresaban ser protagonistas.

Si bien, sostengo con convicción que las condiciones estructurales determinan las posibilidades para la agencia, a la vez veía necesario revalorizar la voz de aquellas mujeres como expresión de la subjetividad neoliberal actual. Estas formas de subjetividad reproducen el sistema, lo legitiman, invisibilizan la pobreza estructural, al mismo tiempo que reivindican la potencia de la propia agencia como motor.

En otras palabras, en sus experiencias he podido observar cómo las dimensiones estructurales y la agencia se reproducen y refuerzan unas a otras en tanto expresión del capitalismo tardío en el cotidiano. La fase actual capitalista presenta la crisis como régimen y la profundización de la precarización de la vida para algunos sectores. Así, los

cotidianos y las experiencias de estos sectores adoptan formas particulares de acuerdo a los territorios donde se anclan. Este condicionamiento no cercena la agencia, solo crea determinadas posibilidades coherentes con las dimensiones estructurales en cuestión.

El campo de la calle brindaba la posibilidad de desplegar aquellas agencias y subjetividades portadoras de una matriz de pensamiento que utiliza el cálculo y el oportunismo a la hora de generarse las propias oportunidades, materiales y simbólicas. Se trataba de un espacio más que podía convivir en simultáneo con otros, ampliando redes y recursos.

Por su parte en el capítulo dos, la calle aparece como un espacio de oportunidades con su propia racionalidad, sociabilidad y economía. La fama y el respeto son allí los capitales simbólicos necesarios para construir oportunidades, desplegar prácticas determinadas e identidades particulares. Sus experiencias cotidianas dan cuenta de las estrategias que construyen para permanecer y participar de este campo, estrategias evaluadas siempre de acuerdo a la situación particular.

En este sentido, la calle para estas mujeres podría constituirse en una de las formas que adopta el neoliberalismo desde abajo. En este caso, la diversidad de prácticas productivas (narcomenudeo, prostitución, limpieza, venta de ropa en ferias, etc), los entrecruzamientos entre la formalidad e informalidad, legalidad e ilegalidad, el aspecto migratorio que caracteriza a estas mujeres que provienen de otros barrios en busca de mejores oportunidades, podrían dar cuenta de la calle, no solo como una forma más de construcción neoliberal en los territorios, sino además como parte de la economía barroca (Gago, 2014) y de rebusque (Perez Orozco, 2021) global. Las categorías anteriores nos permiten encuadrar de cierto modo este campo desde una perspectiva económica, dentro de lógicas productivas y reproductivas. En simultáneo, la dimensión sexuada de la experiencia matiza las posibles lecturas, las prácticas que realizan, las identidades que construyen, los vínculos y las interacciones.

La experiencia puede ser entendida así, como el aprendizaje de lecciones del pasado susceptibles de ser aplicadas imaginativamente al futuro. Se encuentra conectada con el *"saber cómo"* reaccionar ante situaciones, y con la totalidad de la gama de hábitos formados por la interacción con el yo y el mundo. Las mujeres expresan un saber de calle

basado en esas experiencias que han aprendido tanto por experimentación propia como por experiencias narradas por otras personas y las cuales aplican en su cotidiano.

Las experiencias cotidianas en la calle dan cuenta de subjetividades feminizadas y masculinizadas con capacidad de agencia que logran por momentos poner al servicio de sí aspectos estructurales. Como hemos visto, ellas hacen uso de estos aspectos, los muestras/ocultan de forma situacional a través del uso del cálculo y el oportunismo. Por momentos construyen estrategias que convocan identidades, prácticas y valores femeninos, por momentos masculinos, de acuerdo a la ocasión y a los vínculos que se ponen en juego, negocian y tensan. Las estrategias que construyen en base a la puesta en juego de forma utilitaria de lo estructural buscan construir fama y respeto, redes y protección, obtener elementos y desplegar prácticas que garanticen la reproducción de la vida en este campo, disminuyendo los potenciales riesgos.

Por otro lado, hemos visto que la calle plantea riesgos heterogéneos para ellas. Incluso muchas veces las estrategias para evitar ciertos riesgos las exponen a otros. En este sentido, el *saber manejarse* es la categoría nativa que expresa la puesta en acto del análisis de la situación y sus riesgos, dando cuenta de subjetividades flexibles que pueden adaptarse y desarrollar estrategias situadas. En el *saber manejarse* ellas hacen una evaluación de la situación para obtener lo que consideran como el mayor beneficio con el mínimo costo posible, tomando decisiones y haciéndose cargo, no siendo víctimas de la estructura sino utilizándola *"a su favor"*. Sin embargo, es fundamental no perder de vista los costos a pagar, sufrimientos y riesgos que implican permanecer y participar en un campo que, a priori, es de ajenidad para ellas.

Entonces, la calle como campo nos habla de la desigualdad estructural en la región, de la precarización máxima de la vida y de la lucha de sectores sociales por sobrevivir. Ante un sistema que atenta contra la vida, las subjetividades ponen en juego una agencia que manifiesta una pragmática vitalista que pugna constantemente por no morir, por garantizarse a sí mismas las oportunidades y hacer mérito por ellas. Tanto el éxito -medido en términos de consumo y la capacidad de acceder a bienes materiales socialmente valorados- como el fracaso son siempre una responsabilidad individual.

Esto no es ingenuo, como hemos visto las formas que adoptan los relatos donde las mujeres reconstruyen sus decisiones invisibiliza todas las dimensiones que atraviesan los procesos vitales de las personas y el modo en que las condiciones estructurales y

materiales, sumado a la cuota de azar, impactan sobre las condiciones de posibilidad para desarrollar la vida.

El relato neoliberal plantea que todo es posible, que el éxito es sinónimo de voluntad y, por ende, responsabilidad única del sujeto. Esta narrativa impregnada de ethos neoliberal es coherente con las subjetividades, son una expresión de ellas. Así las mujeres de esta tesis, a pesar de estar expuestas a los sufrimientos más salvajes, se adjudican la responsabilidad a sí mismas y sus decisiones, ya sean buenas o malas.

En este sentido, el modo de construir las narrativas reproduce sus experiencias como historias particulares, atomizadas, sin conexión unas con otras, sin historia, respondiendo así, a una de las técnicas fundamentales del neoliberalismo: la desterritorialización de lo político. A partir de la proyección en los sujetos de las reglas y requerimientos del mercado, la soberanía se reterritorializa en el cuerpo de cada quien. La soberanía así es definida como la relación con uno mismo, como control, organización y producción de un territorio que es el propio cuerpo.

Por otro lado, para algunas de ellas el género marca sus experiencias. Como hemos visto, algunas refieren que no es lo mismo ser mujer o varón en la calle: ellas *"no valen nada"*. A lo largo del capítulo tres, he intentado desarrollar los modos en que se reactualiza el heteropatriarcado a la luz del capitalismo tardío, en este campo en particular.

Según Segato (2018) el patriarcado o relación de género basado en la desigualdad es la estructura política más arcaica y permanente de la humanidad donde la mujer y los cuerpos feminizados son vencidos, dominados y disciplinados. La subordinación de los *"cuerpos débiles"* tiene una funcionalidad en el sostenimiento del pacto de poder. Es así como en los riesgos que estas mujeres sufren en la calle se expresan las formas contemporáneas del poder, el mandato de pares o cofrades masculinos que, a su vez, exige una prueba de pertenencia al grupo.

En el caso de las mujeres en situación de calle de esta tesis, la pragmática vitalista: *"sus decisiones"*, les permite construir una serie de experiencias heterogéneas, que, si bien les permite tomar el espacio público, a su vez, les obliga a pagar altos costos por desafiar aquello esperable de acuerdo al género socialmente asignado. Ellas logran desarrollar estrategias (no siempre efectivas) para reducir y/o evitar estos riesgos. Algunas, como he mencionado, incluyen las identidades performadas masculinas y femeninas, otras se basan en el establecimiento de vínculos tanto dentro como fuera del campo.

De esta forma, los vínculos también reproducen las características que impone la matriz de pensamiento neoliberal: son flexibles, dinámicos, efímeros, mutan. Estos vínculos establecidos en la calle ofrecen protección y cuidado, garantizan recursos, y muchas veces generan la idea de merecer cierta retribución. Al mismo tiempo, también las exponen a riesgos.

En este caso, los vínculos familiares y de pareja ocupan un lugar fundamental en el campo y fuera de él. Reproducen mecanismos de control que basan su accionar en la lógica de la triple sospecha: por el hecho de ser mujeres en general, consideradas malas mujeres en lo particular y adictas. Se trata entonces de las formas que toma el patriarcado en el campo de la calle y del modo en que la agencia femenina se reproduce como amenaza que debe ser controlada a través del tutelaje legitimado en estereotipos clásicos y en los mecanismos neoliberales de individuación de los sufrimientos y las responsabilidades.

Como sostiene Ortner (2016) en el caso de la agencia femenina lo que se castiga es tanto la transgresión moral como el exceso de agencia. Los dispositivos vinculares de control envían mensajes hacia los pares de quienes ejercen el dominio y también, de forma vertical, a ellas. Se trata de la actualización de formas de adoctrinamiento en la calle como parte del costo a pagar por desafiar los estereotipos tradicionales y permanecer en un campo que les es ajeno.

De esta manera, se refuerza la idea de *"mala mujer"* y *"mala víctima"* dentro de los estereotipos clásicos que se encuentran presentes en el campo de la calle. Allí, el género aparece como marca de subordinación que legitima el control. Sin embargo, por momentos es negada como tal, tanto por ellas como por otros actores, creando cierta idea ficcional de paridad coherente con la reterritorialización individualista sobre los cuerpos.

Las experiencias de estas mujeres son heterogéneas, no lineales, dan cuenta del gusto, del placer, del sufrimiento, de las contradicciones, y también de los sistemas de opresión. En ellas se combinan diversas capas estructurales donde el neoliberalismo y el género se apoyan uno sobre el otro, se materializan e impregnan en el cotidiano de la población. La calle se muestra así, como un campo que convive con otros, con límites porosos donde los vínculos significativos toman diversas formas, permanecen trasladándose de un espacio a otro.

Se trata de una de las heterogéneas formas que toma el capitalismo desde abajo, constituyéndose en un espacio posible y legítimo para determinados sectores sociales. La calle como campo legitimo para una parte de la población nos habla de un cambio en las estructuras actuales donde ante la precarización de la vida, el debilitamiento de los espacios de integración clásicos, la caída del estado de bienestar y sus instituciones, esta opción es una posibilidad más.

La calle no se presenta como un espacio de excepción para ellas, como un lugar de pérdida, donde se cae, donde se produce un arrasamiento del sujeto, pérdida de habilidades, etc. También es un espacio de integración, de producción, de oportunidades y ganancias. En la calle los lazos sociales no siempre se pierden, por el contrario, se amplían, se flexibilizan, se discontinúan, pero no se rompen. Es la forma posible de autoemprender en un sector en extrema vulnerabilidad, reproduciendo la lógica de la feminización de las migraciones en busca de mejores oportunidades. De alguna manera, se trata de la reproducción en pequeña escala de las cadenas globales del cuidado como reverso de las cadenas globales del valor.

Según León (2022) las dinámicas de producción y servicios propias de la globalización neoliberal se caracterizan por la fragmentación y deslocalización de procesos que pasaron a adoptar una forma de eslabones que recorren el mundo. Se asocia este fenómeno con los procesos de crisis y la feminización de las migraciones. Si bien en el caso de las mujeres en situación de calle no se trata de migraciones transnacionales, los procesos migratorios que sí ocurren en busca de oportunidades y la continuidad con sus vínculos familiares y formas de cuidado que ellas adoptan, podrían presentar semejanzas pasibles de ser estudiadas en el futuro.

Otro aspecto a ser contemplado en futuras investigaciones tiene que ver con el rol del Estado y las políticas públicas destinadas a esta población. En tanto agente del Estado he podido observar características particulares que se dan en esta dinámica. En ocasiones donde las acompañaba a gestionar recursos a alguna oficina estatal o cuando consideraban que yo podía facilitar algo, sus relatos hacían foco en dar cuenta del lugar de *"buena víctima"* y de ser merecedoras de aquello que podía ser otorgado.

Por otra parte, las mujeres en situación de calle se encuentran bastante alejadas de aquel sujeto que las políticas públicas y el Estado imaginan como potencial destinatario. No se

trata solo de personas en situación de calle, ni de mujeres pobres que maternan de forma tradicional, ni solo de mujeres víctimas de violencia de género, tampoco de personas con problemáticas de consumo de sustancias psicoactivas. En este sentido, el Estado tiene un tratamiento focalizado para las poblaciones pensando las marcas de subordinación de forma fragmentaria lo cual no se traduce en una mirada integral sobre las situaciones. Al mismo tiempo que la política pública y sus formas de acceso se vuelven una herramienta que reproduce la subjetividad neoliberal individualizando las problemáticas y exigiendo constatar el mérito realizado.

Pocos días antes de finalizar la escritura de esta tesis me encontré con dos de las mujeres de la calle con quienes compartí muchos momentos. Mientras charlábamos sobre cuestiones amorosas, Beatriz o La Negri, como la conocían en La Estrella, enunció lo siguiente:

- *"Cuando siento que me ahogo, que no sé qué hacer, vengo acá a hablar con la Negri* (su identidad secreta)*. La Negri me ayudó mucho a mí. Pero ella se queda acá. No quiero que se venga conmigo a mi casa, no sabés lo que sería eso..."*

  Aproveché la ocasión y le pregunté a Cata si a ella también le sucedía que en la calle *"era otra"*

- *"Siii, re, la otra Cata. Esa es el personaje, el personaje de la calle, del consumo, es como una coraza que te hace dura".*

A lo largo de estas páginas intenté dar cuenta de una dimensión del sufrimiento humano atravesada por la estructura y por la agencia de forma dialéctica. Después del tiempo compartido con estas mujeres y el vínculo que hemos construido, no puedo afirmar que no sean víctimas. Sin embargo, tampoco puedo afirmar lo contrario.
Solo siento decir que las condiciones en que transitan sus existencias son extremadamente complejas y duras. Sin embargo, deciden agenciarse sobre ellas. Víctimas de un neoliberalismo salvaje que performa subjetividades responsables de sí, incluso en las máximas circunstancias de adversidad, o agentes que encarnan la resistencia por sobrevivir al capitalismo y el patriarcado; sin duda, estas mujeres despliegan un gran abanico de estrategias que luchan por no dejarse morir en silencio.

En esta tesis ha intentado dar cuenta de sus decisiones como la expresión de subjetividades performadas por la estructura. Así el campo de las subjetividades aparece como el lugar donde agencia y estructura confluyen, dejando su huella y tomando formas determinadas. Aquí radica la clave para pensar en los modos de hacer frente al inminente triunfo del neoliberalismo. La batalla no debe ser en otro plano que no sea el de la subjetividad.

Bibliografía

Aguilar, P. (2011). La feminización de la pobreza: conceptualizaciones actuales y potencialidades analíticas. Katálysis, 14(1), 126-133. ISSN 1414-4980.

Althabe, F., Colomar, M., Gibbons, L., Belizán, J. y Buekens, P. (2008). Tabaquismo durante el embarazo en Argentina y Uruguay. Medicina, 68(1), 48-54. ISSN 0025-7680.

Anderson, Nels.1923. The Hobo: The Sociology of the Homeless Man. University Of Chicago Press.

Aranja, X. y Germán, I. (2005). Las personas usuarias de drogas especialmente vulnerables y los derechos humanos: personas usuarias con patología dual y mujeres usuarias de drogas. Eguzkilore, 19, 169-215. ISSN 0210-9700.

Auyero, J. (2001). Las políticas sociales de los pobres, las prácticas clientelisticas del peronismo. Manantial.

Azpurúa, F. (2005). La escuela de Chicago: sus aportes para la investigación de las ciencias sociales. Sapiens: Revista Universitaria de Investigación, 6(2): 25-36. ISSN 1317-5815.

Bachiller, S. (2010). Exclusión, aislamiento social y personas sin hogar. Aportes desde el método etnográfico. Revista de Servicios Sociales, 47, 63-73. ISSN 1134-7147.

Biaggio, M. (2007). Persona en situación de calle: Una aproximación al análisis del proceso de clasificación y aplicación de categorías sociales. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Biaggio, M. (2010). De estigmas e injurias: cuando las prácticas discriminatorias se hacen presentes de forma cotidiana en la vida de las personas en situación de calle. Cuhso, 19 (1). https://doi.org/10.7770/cuhso-v19n1-art307.

Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. Revista Latinoamericana de población, 5(8), 5-31. ISSN 2175-8581.

Borges da Silva (2017). Mulheres em situacao de rua: um estudo entropológico da relacao entre identidades estigmatizadas e o acesso aois diretos em Recife-Pe. V Seminário Internacional Enlacando sexualidades. ISSN 2238-9008

Bourdieu, P. (2011). La ilusión biográfica. Actas de Sociología, 56, 121-126. http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.24484938e.2011.56.29460.

Bourgois, P. (2005). Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador. En Ferrándiz, F. y Feixa, C. Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia. Anthropos.

Bourgois, P. (2010). En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem. Siglo veintiuno editores.

Boy, M. (2009). Personas que viven en la calle: un problema político en construcción. Ciudad de Buenos Aires, 2007-2009. Cuhso, 19(1), 53-66. DOI:10.7770/cuhso-V19N1-art308.

Boy, M. (2010). Personas que viven en la calle: un análisis de las políticas implementadas para su atención. Ciudad de Buenos Aires. 1997-2009. Tesis de Maestría, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Breilh, J. (2010). La epidemiología crítica: una nueva forma de mirar la salud en el espacio urbano. Salud Colectiva, 6(1), 83-101. https://doi.org/10.18294/sc.2010.359

Butler, J. (2006). Deshacer el género. Paidós.

Butler, J. (2007). El género en disputa. Paidós.

Cabral, P. (2020). Conflictos, violencias y delitos en perspectiva de género: etnográfico sobre varones y mujeres jóvenes de la periferia de la ciudad de La Plata. Tesis. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1852/te.1852.pdf

Camarotti, A. C. y Romo-Avilés, N. (2015). Haciendo género en un mundo de varones: el consume de pasta base de cocaína entre las mujeres de la ciudad de Buenos Aires. La Aljaba Revista de Estudios de la Mujer, 19, 229-235.

Camarotti, A., Romo-Avilés, N. y Jiménez Bautista, F. (2016). Vulnerabilidad y prácticas de cuidado en mujeres consumidoras de pasta base del área metropolitana de Buenos Aires. Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina, 62(2), 96-107.

Campari, G. y Paiva, V. (2019). Personas en situación de calle en la Ciudad de Buenos Aires. Características, causas de ingreso y estrategias de vida. 2016-2018. VII Congreso Nacional de Geografía de Universidades Públicas y XXI Jornadas de Geografía de la UNLP. ISSN 2362-4221.

Carrasco, T. (2012). La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea. Estudios Avanzados, 17, 181-184. ISSN 0718-5022.

Castel, R. (1995). De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso. Revista Archipiélago, 21, 27-36. ISSN 0214-2686.

Castilla, V. y Lorenzo, G. (2012). Emociones en suspenso: maternidad y consume de pasta base/paco en barrios marginales de Buenos Aires. Cuadernos de Antropología Social, 36, 69-89. https://doi.org/10.34096/cas.i36.1352.

CEPAL. (2016). Panorama Social de América Latina, 2015. (4 de octubre de 2021). https://bit.ly/ 2ZVZ7xE.

Chant, S. (2003). New contributions to the analysis of poverty. Methodological and conceptual challenges to understanding poverty from a gender perspective. (4 de octubre de 2021). https://bit.ly/2ZeWVlL .

Chazarreta, Adriana (2009). Espacio físico jerarquizado y espacio social desde la perpectiva de Pierre Bourdieu en Guaymallen. V Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Cruz Santana, J. (2017). El concepto de experiencia en Victor W. Turner, E. P. Thompson y Anthony Giddens: Un diálogo entre antropología social, historia y sociología. Sociología Histórica, 7, 345-375. http://orcid.org/0000-0002-7550-2465.

Di Iorio, J., Seidmann, S., Gueglio, C., y Rigueiral, G. (2016). Intervenciones psicosociales con personas en situación de calle: El cuidado como categoría de análisis. Psicoperspectivas, 15(3), 123-134. http://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol15-Issue3-fulltext-838.

Diez, M., Pawlowicz, M., Vissicchio, F., Amendolaro, R., Barla, J., Muñiz, A. y Arrúa, L. (2020). Entre la invisibilidad y el estigma: consumo de sustancias psicoactivas en mujeres embarazadas y puérperas de tres hospitales generales de Argentina. Salud Colectiva UNLA. https://doi.org/10.18294/sc.2020.2509

Dorlin, E. (2018). Defenderse. Una filosofía de la violencia. Hekht Libros.

Duret, P. y Roussel, P. (2012). El cuerpo y sus sociologías. Ciencias Sociales y Educación, 2(3), 167-200. ISSN 2256-5000

Epele, M. (2010). Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud. Paidós.

Faur, E y Pereyra, F. (2018). Gramáticas del cuidado. En Piovani, J. y Salvia, A. (2018). La Argentina en el siglo XXI. Siglo veintiuno editores.

Fernandez Unsain, R. (2018). A barriga erótica: intersecções entre saúde, gênero, alimentação e sexualidade entre a comunidade homossexual de "ursos" na cidade de São Paulo, Brasil. Trabalho de conclusão de curso (Doutorado). Universidade Federal de São Paulo.

Gaboriau, P. (1993). Clochard, l' universo d' un groupe de sans-abri parisiens. Editions Julliard.

Gago, V. (2014). La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular. Tinta limón.

Gago, V. (2017). Y a-t-il une guerre « dans » le corps des femmes ? Finance, territoires et violence. a journée d'étude. Ce que femme fait à Philosopher. (12 de diciembre de 2021). https://www.contretemps.eu.

Galende E. (2008). Los fundamentos de Salud Mental, en Psicofármacos y Salud Mental. La ilusión de no ser. Paidós

García Silva, R. (2014). Los chicos en la calle. Llegar, vivir y salir de la intemperie urbana. Espacio editorial.

Gentile, M. F. (2008). Ser niña o niño y estar en la calle. Género y sociabilidad. En Pojomovsky, J. Cruzar la calle. TOMO 2: Vínculo con las instituciones y relaciones de género en niños, niñas y adolescentes en situación de calle. Ed. Espacio.

Gentile, M. F. (2017). Biografías callejeras: cursos de vida de jóvenes en condiciones de desigualdad. Grupo Editor Universitario.

Guber, R. (2014). Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad y de antropólogas de campo.

Guber, R. (2016). Experiencia de Halcón. Editorial Sudamericana.

Guber, R. (2016). La etnografia. Método, campo y reflexividad. Siglo XXI.

Heller, A. (1994). Sociología de la vida cotidiana. Editorial Península.
Informe Preliminar Censo Popular Personas en Situación de Calle 2017. (20 de febrero de 2022). https://es.scribd.com/document/354297066/2017-07-Informe-Censo-Popular-Personas-en-Situacion-de-Calle-Informe-Preliminar-1%C2%- BA-CPPSC#from_embed

Informe Preliminar Censo Popular Personas en Situación de Calle 2019. (20 de febrero de 2022). https://acij.org.ar/wp-content/uploads/2019/07/416580426-Informe-Ejecutivo-CPPSC-2019.pdf

Instituto de Vivienda de la Ciudad. (2018). Informe de aproximación diagnóstica. Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Jay, M. (2009). Cantos de experiencia: variaciones modernas sobre un tema transversal. Paidós.

Kessler G. (2014). Controversias sobre la desigualdad: Argentina, 2003-2013. Fondo de Cultura Económica.

Lagarde, M. (1996). La perspectiva de género. Horas y Horas.

Lenta, M. (2013). Niñas, niños y adolescentes en situación de calle: discursos sobre la infancia y procesos de subjetivación. Tesis de maestría, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

León, M. (2022). La economía del cuidado y las injusticias económicas contra las mujeres. Association québécoise des organismos de coopération internationale.

Lichtenberger, A., López, M. y Cremonte, M. (2015). Intervención breve para promover la abstinencia de consumo de alcohol en mujeres gestantes: Una reflexión crítica. PSIENCIA, Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica, 7, 428-437. Doi: 10.5872/psiencia/7.3.122.

Lindenboim, J. (2010). Ajuste y pobreza a fines del siglo XX. En TORRADO, S., El costo social del ajuste (Argentina 1976-2002). Edhasa.

Llorens, M. (2005). Niños con experiencia de vida en calle. Paidós.

Llort Suárez, A., Ferrando Esquerré, S., Borrás Cabacés, T. y Purroy Aritzeta, I. (2013) El doble estigma de la mujer consumidora de drogas: estudio cualitativo sobre un grupo de autoapoyo de mujeres con problemas de abuso de sustancias. Cuadernos de Trabajo Social, 20, 9-22. Doi:10.14198/ALTERN2013.20.01.

López, M., Arán Filippetti, V. y Cremonte, M. (2015). Consumo de alcohol antes y durante la gestación en Argentina: prevalencia y factores de riesgo. Revista Panamericana de Salud Pública, 37(4/5), 211-217. ISSN 1020-4989.

Lucchini, R. (1993). Enfant de la rue. Identité, sociabilité, drogue. Librairie Droz

Maffia D. (2011). El ocultamiento de las mujeres en el consumo de sustancias psicoactivas. Buenos Aires: Unidad de Seguimiento de Políticas Públicas en Adicciones, Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Mansilla, J. C. (2017). Crítica al paradigma prohibicionista. En Arrieta, E. (2017) Un libro sobre drogas. El gato y la caja.

Marpsat, M. (1999). Un avantage sous contrainte. Le risque moindre pour les femmes de se trouver sans abri. Revue Population, 54(6), 885-932.

Medina-Mora y M., Rojas, G. (2003). Mujer, pobreza y adicciones. Perinatología y Reproducción Humana, 17(4), 230-244. DOI:10.13140/RG.2.1.3650.9284

Ortner, S. (2016). Antropología y teoría social: cultura, poder y agencia. UNSAM Edita.

Palleres, G. (2004). Conjugando el presente. Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires. Sociedad Argentina de Antropología. Tesis de licenciatura.

Parga, J. (2012). Etnografía sobre la equidad de género en la atención del uso problemático de sustancias: un análisis sobre la "adherencia" al tratamiento. Tesis de Maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Pasamonik, G. (2009). Salud, infancia y adolescencia: prácticas de atención de niños, niñas y adolescentes en situación de calle en la ciudad de Buenos Aires. Anuario de Investigación, 16, 257-266. ISSN 1851-1686.

Patini Lancellotti, H. (2016). Do povo da rua à população carcerária: mulheres, rua e prisão. ARACÊ – Direitos Humanos em Revista, 3, 10.

Perelman, M. y Trufó, M. (2015). Entre la saturación y la inclusión. Los operativos territoriales de seguridad del gobierno nacional en barrios pobres de la Región Metropolitana de Buenos Aires (2010-2014). Revista Cartografías del Sur, (2), 135 – 162. https://doi.org/10.35428/cds.v0i2.18

Pérez Orozco, A. (2021). Subversión feminista de la economía. Marat-traficantes de sueños.

Raspal, T. (2012). El Plan Unidad Cinturón Sur. Impactos de una nueva política de seguridad en un gran conjunto urbano de la Ciudad de Buenos Aires. Revista Invi, 27(74), 123 – 143. http://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582012000100004

Rius, P.V. (2008). Reseña de "La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea" de Javier Auyero. Argumentos, 21(57), 221-224. ISSN 0187-5795.

Rizzini, I. y Fonseca, C. (2002). As meninas e o universo do trabalho doméstico no brasil. Aspectos históricos, culturais e tendências atuais. OIT-IPEC.

Romo Avilés N. (2010). La mirada del género en el abordaje de los usos y abusos de drogas. Revista Española de Drogodependencias, 35(3), 269-272. ISSN 0213-7615.

Rosés, D. (2014). Reseña: La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense. Anuario digital, Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Arte UNR, 26. http://dx.doi.org/10.35305/aeh.v0i26.164.

Rossal, M., Arguiñarena, A., Castelli, L., Clavijo, I., Garibaldi, C., Godoy, P. Lescano, J. Matto, M. Y Martinez, E. (2019). Aproximaciones cualitativas al fenómeno del consumo de pasta base de cocaína. Universidad de la República Uruguay. Junta Nacional de Drogas.

Rubinich, L. (2008). Van los linyeras. Apuntes de Investigación del CECYP, 13, 53-99. ISSN 0329-2142.

Saizar, M. (2002). Homeless en Buenos Aires. Nuevas formas de exclusión social. Scripta Ethnologica, 24, 59-80. ISSN 1669-0990.

Scheper-Hughes, N. (1997). La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil. Editorial Ariel.

Segato, R. (2014). Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres. Sociedade e Estado, 29(2), 341-371. DOI:10.1590/S0102-69922014000200003.

Segato, R. (2018). La guerra contra las mujeres. Prometeo.

Seidmann, S., Di Iorio, J., Azzollini, S. y Rigueiral, G. (2015). Sociabilidades en los márgenes: prácticas y representaciones sociales de personas en situación de calle en la ciudad de Buenos Aires. Anuario de Investigaciones UBA, 22, 253-261. ISSN 0329-5885.

Setién, L. y Parga, J. (2018). Disciplinamientos y estrategias biopolíticas de control de los cuerpos de mujeres usuarias de sustancias psicoactivas. Horizontes en intervenciones sociales. Teseo.

Silveira Sarmento, C. (2017). Gênero na rua: um estudo antropológico com as mulheres em situação de rua em Porto Alegre. Universidade Federal do Rio Grande do Sul.

Silveira Sarmento, C. y Pedroni, G. (2017). Vulnerabilidade e resistencia: um estudo as mulheres em situacao de rua em porto alegre. Seminário Internacional Fazendo Gênero 11 & 13th Women's Worlds Congress (Anais Eletrônicos). Doi 2019-11-22T18:44:28Z.

Simmel, G. (1977). El pobre. Sociología. Estudios sobre las formas de socialización. Revista de Occidente.

Torrado, S. (2010). Modelos de acumulación, regímenes de gobierno y estructura social. En Torrado, S. El costo social del ajuste (Argentina 1976-2002). Edhasa

Tortosa, P. (2020). "Mujeres en situacion de calle. Trayectorias de salud y de lucha". TeseoPress.

Trueba (2008). Teoría de los campos y campo de las prácticas corporales educativas. ISEF. Instituto Alberto Langlade de Uruguay.

Viotti, N. (2008). Una sociología de la deriva. Apuntes de investigación del CECYP, Fundación del sur, 13. ISSN 0329-2142.

Wacquant, L. (2001) Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio. Manantial.

Zajac, J. (2017). Los centinelas del Cinturón Sur: La actividad policial de la Gendarmería Nacional Argentina en los barrios del sur de la CABA. I Jornadas de estudios sociales sobre delito, violencia y policía, 20 y 21 de abril de 2017, La Plata y Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.10392/ev.10392.pdf

Zaldúa, G. y Lenta, M.M. (2011). Niños, niñas y adolescentes excluidos y procesos de subjetivación: Una perspectiva desde los protagonistas. Anuario de investigaciones, 18, 311-320. ISSN 1851-1686.